

A dark, grainy photograph of a tunnel. The scene is dimly lit, with a bright light source at the end of the tunnel creating a strong silhouette effect. In the foreground, a person is walking away from the camera towards the light. To the left, another person is standing, possibly holding a camera or a light. The tunnel walls are visible on the left, and a horizontal pipe or structure is at the top. The overall mood is somber and mysterious.

# Más vale nunca

Daniel Tórtora

DANIEL ALEJANDRO TORTORA

# Más vale nunca

*“El pueblo es pueblo cuando empuja, no cuando sigue”* Paulo Freire

## CAPÍTULO I

Supe que definitivamente era el final. Sólo me entristecía que no fuese más trágico, que se marchase así nomás, como el otoño, con alguna lluvia, con apenas un poco más de frío.

La parejita trepó los escalones de la estación escoltada por los familiares y algunos vecinos. Se dirigieron hacia el único banco que se mantenía en pie y apoyaron los bolsos y la valija en el piso. Don Anselmo destapó el termo y comenzó la ronda de mate con Elvirita.

Simularon sonrisas y algunas bromas, los amigos apartaron del grupo a Alberto, seguramente para darle consejos. Elena tomó a Elvirita con las manos y la repasó de arriba abajo, negándose a aceptar que quien se iría a vivir a la ciudad, —y ya no regresaría—, era su hija.

El mate pasó de Juan a Elena, de Elena a Ramón, de Ramón al Chuno y así hasta acabar nuevamente la ronda en Don Anselmo. Esta vez el tren no se hizo esperar como cuando se marcharon las hijas de Clara. Aquella tarde sí que debieron aguardar, sin embargo hoy llegó en hora. Juan tuvo que arrancar a Elvirita de los brazos de Elena y Don Anselmo intervino tomando a su esposa por los hombros.

Los domingos no son buenos para las despedidas, mucho menos por la tarde. Cuando el tren arrancó, cerré la ventana y me fui a acostar.

Unos fuertes golpes en la puerta me despertaron, pero tardé en reaccionar hasta que se repitieron acompañados por los gritos del Negro.

—Abra maestro, somos nosotros, los pecadores, vamos abra.

—Va, va. Ya va. —Les abrí la puerta mirando hacia abajo y refregándome los ojos. El Negro traía un paquete en la mano. Detrás de él entró Raúl con las manos en los bolsillos y mirando hacia todas partes.

—Hola profesor. ¿Dormía?

—Un poco. Pasá Raúl, pasá y cerrá la puerta.

El Negro ya se había sentado y mientras desenvolvía el paquete con tortafritas me señaló el mate que había quedado allí desde la noche anterior. Fui hasta la cocina a calentar agua. Me quedé esperando que se me pasara la modorra, además no tenía muchas ganas de hablar.

—¿Y maestro, falta mucho con eso?

—Ya va Negro, está calentándose. —Regresé a la pieza y apoyé la pava sobre la silla, después me senté en la cama.

El Negro fue el encargado de preparar el mate. —¿Vio que se las tomó Elvirita y Juan? —dijo, guiñándome un ojo.

—Sí, los vi desde la ventana.

—Por eso el poeta anda medio tristón, vio, le tenía unas ganas a Elvirita.

Nos reímos.

—¿Es verdad lo que dice el amigo, Raúl? —pregunté.

—No le haga caso, son inventos del Negro —contestó Raúl.

—Dale, qué no, las puñetas que te habrás hecho con Elvirita, guacho, a mí me vas a decir —se defendió el Negro.

Nos reímos un buen rato con eso. El Negro siguió hostigándolo y yo haciendo de partenaire. Raúl se abandonó al papel de víctima y optó por escuchar las barbaridades que decía su amigo. Casi no tuvimos otro tema de qué hablar. Alrededor de las dos de la mañana, el Negro se paró de repente, se sacudió los restos de tortafritas que le habían quedado sobre la barba y la camisa y mirando a Raúl le dijo —vamos poeta, mañana tengo que laburar.

—Vamos —respondió su amigo.

Los acompañé hasta la calle, pensé que había dormido demasiado para acostarme tan temprano. El Negro cruzó la calle y fue a orinar contra un árbol, de espaldas a nosotros. Raúl encendió un pucho y le pegó una chupada interminable. El Negro seguía de espalda, de pronto nos miró y gritó.

—Disculpen, eh. —Y se tiró un pedo.

Me reí mirándolo a Raúl que negaba con la cabeza, pensaría que ese no podía ser amigo nuestro.

—¿Te vas a acostar Raúl? —pregunté todavía riéndome.

—No, todavía no.

—¿Lo acompañamos al Negro y vamos a dar una vuelta por ahí? —ofrecí.

—Vamos, pero primero pasemos por casa.

## CAPÍTULO II

Cuando el tren se detuvo, me apresuré a descender. Busqué algún punto de referencia para guiarme, pero lo único que encontré sobre los árboles fueron los techos, la antena de un radioaficionado y la cruz de la iglesia. Caminé hasta el borde de la escalerita que estaba rodeada por macetones repletos de flores que ya empezaban a marchitarse. Me quedé un instante observando el panorama, después miré el reloj, eran la seis y cuarto, entonces crucé la plaza desierta y opté por caminar hasta la escuela.

La escuela estaba a unas cuadradas, imposible perderse. Desde la plaza podía vérselo, era un edificio prolijamente pintado, moderno, que no encajaba con las casas que lo rodeaban. Subí los seis escalones que separaban la puerta de la vereda y leí el cartel que estaba pegado en el vidrio "*atención al público de 9hs. a 12hs.*" —Qué bien— pensé. Debería buscar un hotel, ya que presagiaba que a esa hora sería imposible encontrar a alguien.

Una hora más tarde pude ubicarme en el único hotel que tenía el pueblo, comer algo, bañarme y acostarme, aún restaba una semana para que comenzasen las clases y tendría tiempo para escribirle a mi familia.

Me desperté temprano, me duché sin apuro y bajé a desayunar en el hall del hotel. Una mujer vieja me sirvió un café con leche con tres facturas. Le di las gracias pero no me respondió. Me apresuré a desayunar y salí para el colegio. Las pocas personas que me cruzaba se quedaban mirándome como si yo fuese un dibujito animado, algunos no me quitaban los ojos hasta que me perdían de vista, yo miraba para adelante con aire de personaje importante, me sentía Charles Bronson.

Caminé sin apuro, mostrándome. El colegio estaba a sólo tres cuadras del hotel. Al llegar a la esquina donde debía doblar procuré recordar las palabras que me habían dicho en el Consejo. *"Cuando llega, se presenta en el colegio y les comunica que usted es el profesor de historia y geografía que pidieron, pero los papeles no los entrega, me entendió."* Subí las escaleritas, atravesé el corredor y caminé hasta otra puerta, cuando la abrí me encontré, a la derecha, con un aula. Miré hacia todos lados buscando a alguien que pudiera atenderme, pero como no había nadie golpeé con los nudillos. Una voz de mujer gritó "adelante". Abrí con cuidado y metí solamente la cabeza. Era una mujer de alrededor de cuarenta años o tal vez algunos más, me miraba sorprendida, como si Charles Bronson realmente hubiese entrado, después se puso de pie.

—Pase, pase, adelante.

—Buen día, soy el profesor de historia y geografía —me presenté. —Ah sí, sí, siéntese. Por acá tengo sus datos. —Leyó una carpeta que

tenía sobre la mesa y dijo —Alejandro Roboni. El señor Alejandro Roboni —repitió recalcando el "señor".

—Ragoni —dije.

—¿Cómo? —preguntó.

—Alejandro Ragoni.

—¿Ragoni? —repitió.

—Sí, Ragoni, como se pronuncia.

—Entonces acá lo pusieron mal —se excusó y comenzó a borrarlo—.

¿Sabe que el lunes comienzan las clases?

—Sí, ya me lo comunicaron.

—Bueno, si desea saber algo más o alguna otra preguntita —comenzó a decir.

—Quisiera conocer mis horarios, saber quién me va a entregar los programas y si se puede visitar la escuela.

De repente la mujer me echó una mirada de furia, como si le hubiese pedido vaya a saber qué cosa y me respondió pausada pero marcialmente. —

El lunes debe venir a las ocho de la mañana y ahí va a conocer sus horarios.

Los programas deberá retirarlos en la municipalidad de lunes a viernes de ocho a trece horas y al colegio no va a poder visitarlo porque sólo está abierta la secretaria, que es esta aula, y ya la conoce.

Sin responderle comencé a ponerme de pie, le iba a dar las gracias de mala gana y a marcharme cuando se abrió la puerta y entró una adolescente que se quedó clavada cuando me vio. —Perdón —dijo.

—Pasá Susana, pasá.

—Hola mamá —saludó la chica.

La mujer me señaló con el dedo y le dijo a su hija con voz socarrona

—el joven es el nuevo profesor de historia y geografía que vas a tener desde el lunes. El señor Raboni, ¿así era, no?

—Ragoni —le contesté, mirando a su hija y pensando que si ésta era la secretaria como sería la directora. Más tarde me enteraría que ella también era la directora.

—Disculpe que no me presenté — me dijo con una voz mucho más amigable—, me llamo Clara Prieto, pero todos me llaman Clara, solamente. —A mí llámeme

Alejandro, es más fácil.

Salí del colegio y me encontré con el olor inconfundible del aire que baja de las montañas. Lo degusté pausadamente, con los ojos cerrados. Calculé un par de horas para el mediodía y pensé en caminar para reconocer un poco más el pueblo.

Cuando regresé al hotel había recorrido los mismos lugares que ya conocía, sólo que descubriéndolos menos ajenos, eran rincones que ya empezaban a pertenecerme. En realidad apenas me atreví a caminar una cuadra paralela a la plaza hasta llegar a las vías, ahí me detuve para observar el embudo de árboles que estrangulaban la calle. Sólo unos pocos autos y algunas personas le imprimían movimiento al paisaje. Caminé costeando los rieles, mirando el piso, descubriendo el movimiento de algunas lauchas debajo de los yuyos que se amontonaban sobre el terraplén de la vía. Fui a la plaza y busqué un banco reparado de ese viento que traía aromas de los lugares que atravesaba. Me senté bajo un árbol. Me quedé mirando el manchón de pasto que lo rodeaba, entonces pensé en la piba que hoy me había mirado desde esos ojos marrones, después agité la cabeza con duda y disimulo procurando congregiar todos los pensamientos en la tarea que tenía por delante.

### CAPÍTULO III

Como siempre, cruzamos la plaza y tomamos a la izquierda hasta llegar a la zona antigua del pueblo. Caminamos en silencio, disfrutábamos el silencio. Cuando llegamos a la ruta, en donde se unía con las vías, nos desviamos por el caminito de tierra hasta la antigua estación de servicio. Veinte minutos nos llevó esa caminata. Cuando llegamos, me senté sobre la piedra que todavía tenía escrito "GOMERIA". Raúl dio algunos pasos con las manos en los bolsillos y mirando el cielo. Yo lo observaba. Sacó el atado de cigarrillos, sacó un cigarrillo, se lo puso en la boca sin encenderlo, dio unos pasos más, giró y me dijo —¿Impagable, no?

Miré hacia arriba y distinguí la cruz del sur. Él encendió el cigarrillo y alzó la cabeza nuevamente escupiéndole una bocanada blanca al cielo. Así nos quedamos unos minutos hasta que bajó la mirada, le pegó otra chupada al pucho y volvió a decir —parece que mi tía le prescribió a mi vieja por un trabajo para mí en la municipalidad de Patagones.

No le respondí, seguí mirando el cielo y haciéndome el distraído. —No sé qué hacer —volvió a decir dándome la espalda. Aguardó un buen rato para continuar. Yo persistía en el cielo mientras lo inquiría con la indiferencia, estaba ansioso por hablar.—Acá ya no se puede hacer nada. A la municipalidad la transfirieron, el banco ya cerró la sucursal, el colegio y ahora el tren..., la gente se está rajando.

—Es verdad —acoté.

—¿Usted qué va hacer?

—Nada, ¿qué querés que haga, una marcha? —respondí.

—De algo tiene que vivir. ¿A carnear chanchos no va ir, no?

—No, claro que no.

Raúl empezó a ponerse nervioso, yo simulaba estar ausente. —¿De qué va a trabajar?

Me quedé callado, mirándolo, esperando que él diese la respuesta. Sonreía para provocarlo.

Había algo de verdad en lo que había dicho el Negro, Raúl andaba medio tristón. —En una de esas me conseguís un trabajito en Carmen de Patagones.

Se quedó meditando unos segundos, revoleó el cigarrillo hacia la ruta, tosió un par de veces. —Y en una de esas, quién dice.

Nos quedamos otro rato mirando ese cielo brillante, todas esas estrellas que la ciudad se traga y escupe sobre estos lugares. Hoy la noche, sin luna, reventaba de estrellas y parecía caérsenos encima. Desde más allá, desde donde la oscuridad y las siluetas de los árboles tejían formas extrañas, nos llegaba el olor de los árboles, un olor profundo, era un paisaje húmedo, refrescante. —Volvamos —le dije, y me paré.

Raúl asintió. Regresamos en silencio. Esta vez no lo disfrutamos. Supuse que ocultaba algo o que lo había guardado para decírmelo después. Recién se despachó en la puerta de casa. —¿Profesor?

—Sí, ¿qué pasa Raúl, tenés algo para decirme?

—Hoy recibí carta de Susana, bah, en realidad le escribió a mi madre.

—¿Qué cuenta? —le pregunté conociendo la respuesta y disimulando.

—Se casa, está embarazada —respondió.

—Qué pena, no voy a poder mandarle ningún regalo.

—Usted profesor, —dudó un instante, miró para otro lado como esperando ayuda, finalmente dijo

—. Usted profesor tendría que haberle hablado, ella se cansó de...

—Bueno Raúl, ya está, basta con eso por favor. Somos grandecitos eh —lo interrumpí.

Hizo algunos “sí” con la cabeza dándome a entender que comprendía, que lo disculpara. —

¿Tomamos unos mates, profesor?

—No, hoy no, estoy cansado, mejor me voy a dormir.

## CAPÍTULO IV

Estaba parado entre una mujer joven, bastante elegante, y un tipo grandote, campechano, con barba rojiza y tupida que no aparentaba tener más de cuarenta años. Frente a mí otras dos mujeres que no parecían ser profesoras. Las dos tenían polleritas largas y miradas lavadas, se entretenían haciéndoles señas a la profesora que estaba a mi lado. Evidentemente, las señas, se referían a mí, pero no les llevé el apunte. Más allá, debajo de la tarima, cinco hileras de jóvenes asomaban sus cabecitas. No serían más de cincuenta, como mucho sesenta, todos, absolutamente todos, observando a Charles Bronson, que cada tanto les entregaba alguna sonrisa.

Clara apareció de atrás del cortinado y se adelantó hasta el micrófono. Les incrustó sus ojos a los pobrecitos como si los contara para ver si faltaba alguno, y tal vez hacía eso. Clara tomó el micrófono y comenzó con el discurso que habría traído preparado y estudiado. Después de diez minutos de discurso, el barbudo que estaba a mi lado, acercó su boca hasta mi oído y dijo: —esto es más aburrido que un concierto de Bartoc en un cumpleaños de quince. —Agaché la cabeza para no sonreír. Ya sobre el final, llegaron los agradecimientos y reconocimientos para todas las fuerzas vivas del pueblo: la municipalidad, los bomberos, la Iglesia, Dios y los Santos Evangelios. Después nos miró a todos, abrió una hoja que traía doblada en su mano derecha, se colocó de perfil al micrófono, me apuntó con su cuerpo y su nariz y se mandó hacia mi presentación. Ahora también me miraban los profesores y los alumnos que me ensartaban sus dudas desde sus ojos crueles de adolescentes. Cuando fue a pronunciar mi nombre, agaché la cabeza “El señor Alejandro Ragoni se incorpora desde hoy al cuadro de profesores en reemplazo del profesor Eduardo Mastrandrea en las cátedras de historia y geografía. Escuché aplausos, el barbudo me palmoteó la espalda, la profesora me extendió la mano y las dos mujeres que tenía enfrente me ofrecieron una sonrisa un poco más amplia. La directora me hizo un gesto para que

avanzara. Me estremecí. Caminé mirándola con mueca de agradecimiento.

Tomé el micrófono y noté la transpiración helada que se desprendía de mi axila y bajaba por el brazo. —Gracias., gracias a todos —repetí girando la cabeza hacia los profesores—. Espero no defraudarlos ni defraudarme y poder transmitirles mis pensamientos. —Sentí que resbalaba una gota helada al costado de mi oreja, había querido decir conocimientos y dije pensamientos, me sentí un desdichado, entonces continué—. A pesar de mi poca experiencia...

La directora, que advirtió mi nerviosismo se apresuró a tomar el micrófono y me dijo mirando a los alumnos. —Claro que va a poder, nosotros lo vamos a apoyar. Todos queremos aprender. Va a ver qué hermosa familia es Humiquel.

Entonces percibí algunas sonrisas vagamente malignas y disimuladas que estaban lejos de querer brindarme aquella ayuda, pero también reparé en otras miradas más tiernas, entre ellas la que ya había conocido. Clara metió la mano izquierda en el bolsillo y sacó un sobre, lo abrió lentamente, extrajo una hoja doblada, guardó nuevamente el sobre vacío en el bolsillo derecho y me miró. Después de sonreírme, acercó el micrófono a su boca y comenzó a recitar. Me sentí ridículo. Recitaba algo que pretendía ser una poesía de bienvenida. Cuando terminó todos aplaudimos. Clara volvió a mirarme y dijo—. Este es un pequeño recuerdo de su primer día de clases en Humiquel, fue escrito por el poeta de nuestro colegio, el alumno Raúl Viñas. —Se acercó hacia donde estaba yo y me estiró la hoja que guardé prolijamente en el bolsillo del saco. Di las gracias nuevamente y aguardé que alguien me dijera qué hacer.

La directora me indicó que la siguiese. No sabía por qué pero había comenzado a simpatizarme, la corrí como un perrito por todo el corredor hasta el aula donde me había atendido la semana anterior y me invitó a entrar. Detrás de mí, las voces de los chicos comenzaban a hacerse otra vez lejanas.

—Tome asiento —me ordenó.

Después comenzó a buscar algo dentro de una carpeta, la cerró, abrió

un cajón, también lo cerró con fastidio, me miró, volvió a abrir la carpeta y a remover papeles. Cuando ya me estaba poniendo nervioso dijo en voz baja, —acá está, acá tiene los horarios, Alejandro.

—Gracias.

—¿Fue a buscar los programas? —preguntó.

—Sí, fui el jueves.

—¿Y, qué tal?

—Bien —respondí.

—¿Pero los leyó, no?

—Leí el primer capítulo de cada uno para preparar las clases —

expliqué.

—Está bien, ahora le queda leer los horarios. Dentro de veinte minutos comienza la segunda hora y creo que tiene historia con tercer año, así que a renegar con Artigas y el Chacho Peñalosa, eh.

—A renegar con Sarmiento y con Rivadavia, —respondí con una sonrisa.



—Bueno, vamos que lo acompaño al aula de profesores. Esta vez caminó a mi lado, antes de llegar nos atajó la profesora que había estado parada junto a mí en el escenario, traía un borrador, una hoja como la que me habían entregado y una sonrisa que posiblemente utilizara cada vez que debía encontrarse con Clara.

—Clara, tengo dos horarios superpuestos el jueves.

—A ver, dame — lo miró—, sí, es verdad, dejámelo y pasá a buscarlo antes de retirarte. Luego nos miró alternadamente y me dijo señalándome a la profesora—. Laura Uribe es la profesora de matemáticas, es un amor de profesora, también es de Buenos Aires, como usted, así que van a llevarse bien. —Se marchó.

Después de haber pasado el primer día en mi trabajo me sentí reconfortado. El hotel y la soledad eran lo que más me pesaba. Clara, con toda saña, se había tomado la molestia de dividirme las horas de modo tal que tuviera que ir todos los días. Realmente me había comenzado a sentir diferente. Se había puesto en marcha el viejo proyecto de irme de Buenos Aires a trabajar a cualquier otro lugar y el haber consumado la primer experiencia me gratificaba. Me miré en el espejito del ropero y no me reconocí, era otro Alejandro el que me observaba desde allí, era un Alejandro más comprometido con su vida, menos insignificante. Tomé las dos corbatas que había traído, me las probé frente al espejo y las eché sobre la cama. Después me senté, palpé las sábanas, metí la mano en el bolsillo del saco y encontré la poesía que me había dado Clara. Me puse a leerla en voz alta:

*Fresco azul, río circunspecto. Luna, cirio cotidiano.*

*Este revés de progreso urbano, desangra ardor amarillo agrario, cerniendo luz profana a cambio, de un brillo tenebroso, lapidario. Tu sol violeta, un poco embalsamado, y el aire tosco y gris,  
sin siesta.*

*Mi lámpara naranja,  
movediza*

*y el verde crepitar sobre las crestas, acorralando mis hábitos, mis defeciones,  
con un letargo próximo al exceso y al multiplicar de los colores.*

Leí otra vez la hoja en voz más baja mientras imaginaba a este pibe. Después tiré la hoja sobre la mesita de luz y recordé las palabras de la directora "*fue escrito por el poeta de nuestro colegio, el alumno Raúl Viñas*", Raúl Viñas, pensé, el poeta Raúl Viñas... ¡Qué hijo de puta!

Sentado junto al ventanal del hotel, la madrugada, mansamente, me sorprendió con todos los recuerdos de mi infancia y de mi adolescencia. Fue un descubrimiento que me hizo experimentar el placer y esa siniestra turbulencia que alberga la revancha.

Siempre creí que nada de nada podría sucederme, nada excepto trabajar, desandar el camino de mi padre, quizás casarme, tener hijos y algunas vacaciones en la costa o en la sierra con la familia. Por eso, esto que me sucedía me era extraño, me parecía más que un sueño una vivencia ajena expuesta al primer golpe de realidad. Encendí un cigarrillo con la mirada colgada en la oscuridad del cuarto que apenas se desgarraba cuando algún auto cruzaba la ruta, entonces aguardé que la memoria más cercana me atrapase. Dócilmente memoricé todo lo que había ocurrido en estos últimos días y me dije que era mucho más de lo que hubiese esperado o imaginado. Pitó el

cigarrillo como si ese humo que penetraba fuesen pociones de felicidad, entonces dejé reposar la mirada en la oscuridad y al abrigo del silencio. Alguien, alguna vez, me había dicho que las noches eran las mejores compañeras de los solitarios, sin embargo yo amaba la noche, pero no la soledad, entonces renació la imagen de mi padre machacándome con el discurso del que ahora sólo recordaba frases *"La noche es para los vagos, que viven haciendo proyectos que jamás podrán cumplir, porque todo lo que se construye por la noche, al otro día, es sólo un montón de delirios."* Recordé a mi padre con ese dolor tan íntimo que me producían sus reproches. Busqué en la vastedad que asomaba desde la ventana otras imágenes, pero sólo encontré el vacío y el susurro de un viento que fue arrinconándome el sueño y las certezas necesarias para quedarme aquí.

## CAPÍTULO V

Me levanté pesadamente. Un dolor inusual me cubría toda la frente, la vista y, cuando me movía, también toda la parte superior de la cabeza. Busqué con la mirada los zapatos, sabía que estaban debajo de la cama, quise inclinarme pero el dolor se expandió y alcé la cabeza inmediatamente apoyándola entre las manos. No sé cuánto tiempo me quedé en esa posición, tal vez me dormité un par de veces. Necesité mucha voluntad para pararme. Fui al baño, me mojé la cara tres o cuatro veces y regresé a sentarme en la cama.

Sabía que tarde o temprano debería hablar con Clara, al menos para que me indicase cómo hacer los trámites para poder ubicarme en otra escuela, en una de esas no era exagerado buscar en Patagones. Sabía lo que no deseaba, sabía que por nada del mundo iba a regresar a Buenos Aires. De esta manera también me mantendría cerca de Raúl, del Negro, de Clara y porque no del recuerdo de aquellos años que se habían instalado con tanta fuerza en mi memoria.

Me arreglé lo mejor que pude y me aplasté el pelo con la mano varias veces. Fui hasta la mesita de luz y tome del cajón la foto que nos habíamos sacado en la fiesta de graduación de Susana. Ella estaba en el centro, su hermana y yo la secundábamos y Raúl con la profesora de matemáticas completaban la foto. La miré durante un tiempo, como queriéndole imprimir movimiento, después la guardé en la billetera.

Salí de casa y caminé hacia la zona comercial, así llamábamos a los alrededores de la plaza, a pesar de que la mayoría de los comercios ya estaban cerrados, algunos porque habían quebrado y otros por la sencilla razón de que sus hijos no habían querido continuar la tarea de sus padres. El pueblo no generaba nuevos recursos y la ilusión de las grandes ciudades los atraían transformando a estos pueblos en rincones en extinción. Caminé por la plaza sosteniendo esa tristeza que venía acompañándome desde hacía un tiempo. El aire estaba impregnado de aromas que ya ni reconocía. Advertí mi envejecimiento que avanzaba junto con el del pueblo al que había visto crecer de la mano de la industria frutícola y textil que había quedado abandonada a unos pocos productores estoicos que contribuían a que el pueblo no desapareciera. Crucé hacia el edificio que había funcionado como municipalidad y ahora sólo una mesa, una silla y doña Elena lo ocupaban. Las paredes estaban descascaradas y había comenzado a florecer, por algunos rincones, el antiguo color amarillo. Casi llegando a la esquina, debajo de las ventanas donde en un principio habían funcionado las oficinas de impuestos, luego los despachos oficiales de capitanes y coroneles y ahora nidos de palomas y murciélagos, aparecía escrito con aerosol rojo "Cardozo Vive", que

nadie se había tomado la molestia de tapar.

Seguí caminando y crucé en dirección a la escuela, saludé a Pedro que estaba sentado en la puerta de la verdulería y a Karina, que tantos dolores de cabeza me había traído con sus problemas.

Karina se me acercó, me dio un beso y me preguntó qué iba a pasar con el colegio. Me encogí de hombros, no tuve otra reacción, le dije que aún no sabía con certeza qué sucedería, aunque imaginaba que algo debía cambiar. Le pedí disculpas por mi apuro, pero insistió en acompañarme hasta la puerta de la casa de Clara, así que le hice algunas preguntitas de rigor y cuando le pregunté qué había pensado hacer cuando terminara de estudiar, me contestó, —irme, como todos. Mi prima ya me dijo que me fuese para allá, ella está en Bahía Blanca, ¿sabía no?

Le contesté que no.

Cuando estábamos acercándonos a lo de Clara comenzó a despedirse, me dio otro beso suave, absolutamente adolescente y después corrió para la plaza. Pensé en encender un cigarrillo pero me arrepentí, salté la puertita de la entrada, crucé la galería dominada desde el rincón por la virgen del Carmen y golpeé la puerta. Clara abrió enseguida, me saludó con la misma sonrisa que caía de sus labios cuando estaba contenta o como en los viejos tiempos cuando nos encontraba con Susana sentados en la plaza o en el fondo de su casa.

—Pasá Alejandro. Qué raro vos a esta hora —me saludó.

—Hola, permiso

—Pasá, pasá.

—Si estaba haciendo algo vengo en otro momento —me disculpé de antemano.

—No, no, sólo estaba leyendo. —Señaló la Biblia que estaba arriba de la mesa—. ¿Querés tomar algo fresco?

—No, está bien, es sólo un minuto.

—¿Café, té? —insistió.

—No, no, gracias, tomé en casa, no se moleste, sólo pasaba un minuto.

—Claro, antes te quedabas todo el día, comías con nosotros, ahora que estoy sola ni te acercás para ver si estoy muerta, como si yo tuviese la culpa de todo, —dijo un poco entristeciéndose, después siguió—, la culpa fue tuya, yo te lo había anticipado, pero vos no quisiste escucharme.

—Usted también, Clara, con eso, por eso no vengo, porque me dan, me dan y me dan manija, ya estoy podrido con tanta manija, al final...

—¿Venías a preguntarme algo? —preguntó.

Me chocó la brusquedad con la que me cambió de tema, traté de controlarme—. No, sólo quería saber si había alguna noticia, si la escuela continúa, para saber qué hacer. Se me ocurrió que usted podía saber algo.

—Mirá —me dijo tomándome la mano—, por lo poco que me enteré, parecería que no hay presupuesto, pero —hizo un pausa como si quisiera medir las palabras—, aparentemente puede ser que lo del colegio sea progresivo. —Después dudó, como si hubiese escogido mal la palabra y volvió a decir—, a ver si me explico mejor, se irían quitando un año por vez para que los que ya comenzaron terminen aquí. Así y todo, eso está en veremos, depende de otras cosas.

—Bueno, pero al menos queda alguna esperanza.

Clara me miró con ternura, como si necesitase perdonar mi inocencia y luego de un instante dijo —. Verdaderamente Alejandro, no te comprendo, hasta un chico de primario se da cuenta que acá no hay nada más que hacer, ahora, cuando el tren deje de pasar y el colegio de funcionar como secundario, vamos a quedar los viejos y los árboles.

—Y yo —le dije con bronca.

—¿Sabés qué escribió Susana? —Volvió a cambiarme el tema.  
—Me contó Raúl. Me dijo que se casa. —Preferí obviar el embarazo.  
—Sí, dentro de veinte días, no creo que pueda viajar, además andamos medias enojadas, Raúl ya te habrá contado.  
—Algo me contó —mentí.  
—Bueno..., c' est la vide, dicen, no.  
No dije nada.  
—Te sirvo algo fresco, aceptáme algo —volvió a insistir con la invitación.  
—Está bien, un poco de limonada, pero un poquito nada más.  
Cuando Clara se fue para la cocina, busqué la billetera y saqué la foto, me quedé simulando mirarla pero en realidad ojeaba la puerta de la cocina. Clara regresó con la jarra y dos vasos, los puso sobre la mesa, los llenó con cuidado de no derramar sobre el mueble y vino a sentarse a mi lado. —¿Qué estás mirando? —preguntó con curiosidad.  
Se la mostré sin contestar. La tomó, la miró un largo rato, me pareció que se le humedecían los ojos y que las mejillas se le ponían coloradas mientras tomaba de a traguitos de líquido, yo entretanto trataba de adivinar sus gestos.  
—Cómo pasa el tiempo —dijo en voz muy baja.  
—¿Recuerda la fiesta?  
—Cómo me voy a olvidar, no sabés como lloré esa noche, había usado el mismo vestido que me puse cuando Susana cumplió quince años, vos todavía no habías llegado.  
Se quedó callada un momento, volvió a mirar la foto y la vi llorar como aquella vez, pero ahora con la angustia de la pérdida irreparable, con un llanto más resignado y más silencioso.  
Le dejé la foto y me fui.

## CAPÍTULO VI

Mi nueva forma de vida me resultaba algo tediosa: el hotel, el colegio todos los días, las horas vacías de la tarde, aunque lo peor era la noche. Por varios motivos la noche me inspiraba melancolía, cuando escuchaba el sonido de algún tren pensaba en regresar, sólo la tranquilidad, la sensación de estar haciendo algo distinto y un par de ojos amarrados podían retenerme aquí.

Por las tardes solía escaparme a caminar. Luego de esas largas meditaciones a las que me entregaba en la terraza, salía a conocer el pueblo. Y también a hacerme conocer. Siempre recorría el mismo tramo, atravesaba la plaza, caminaba por la cuadra del colegio rebautizada Eva Perón, aunque en algunas casas todavía figuraba Rivadavia, y continuaba cinco o seis cuadras más hasta la ruta. Del otro lado, las calles generalmente eran de tierra y las casas mucho más precarias. En esa zona se encontraban los criaderos, las hilanderías y la nueva fábrica de cerámica, más allá, sobre un verde parejo y más monótono, las plantaciones de cerezas, manzanas y ciruelas. Todo eso lo veía desde este lado de la ruta, nunca la había cruzado, sin embargo hoy, a pesar del frío, crucé la ruta y me quedé sentado sobre una piedra esperando que el sol desapareciera detrás de los manzanos, desde allí se podía ver la línea verde por encima de los techitos metálicos. Cuando la oscuridad comenzó a quitarle tonos al paisaje, pegué la vuelta por la calle que daba a la parte posterior de la escuela. Caminé despacio, repasando mentalmente todo lo que me había ocurrido en los últimos días. Encendí otro cigarrillo, pensé que estaba fumando demasiado, sería el ocio. Las casas iban encendiendo las luces y comenzaba a escucharse los sonidos de los televisores. Volví a meditar qué era lo que estaba buscando ahí, solo, ¿qué quería probar? ¿Por qué no

agarraba mis cosas y me mandaba a mudar de una vez por todas?. Al cruzar en una esquina me llamó la atención una luz que con violencia se prolongaba sobre el asfalto, también escuché algunas voces y risas. Me dirigí hacia allí buscando encontrar algo diferente. Era un local. Sobre la entrada, un cartel ocupaba todo el frente "UNIDAD BASICA 17 DE OCTUBRE". Me estaba aproximando cuando salió un grupito de personas, entre ellas una mujer y un chico de catorce o quince años que me miró sonriendo. —¡Profe! ¿Qué anda haciendo por acá, viene a afiliarse?

—Buenas noches —saludé a todo el grupo y le acaricié la cabeza al pibe.

—Pase profe, pase, —insistió el pibe arrastrándome hacia el interior del local. En el fondo había tres tipos, sentados alrededor de una mesa; reconocí inmediatamente al profesor barbudo que se puso de pie al verme llegar arrastrado por el pibe. Se me acercó y me presentó a los otros dos tipos que me miraban con curiosidad.

—El compañero Acuña y el compañero Cardozo —dijo.

Les di la mano, le repetí mi nombre, el profesor, entretanto, lo llamó al pibe, le dijo algo al oído y éste salió corriendo.

—Sientesé compañero —me dijo Cardozo señalándome una silla.

—No se molesten, sólo ando de paso, sigan con lo suyo.

—Faltaba más compañero, quédese, íbamos a tomar unos verdes.

Pensé que esta era la única manera de conocer gente, al menos gente que no se iba a acostar a las nueve de la noche. Me senté y muy pronto nos trabamos en una larga conversación. Hablamos de todo, desde Buenos Aires hasta historia argentina, pasando por política y fútbol. Procuré no opinar demasiado, no entrar en ninguna discusión ni manifestar mis ideas, después me acompañaron hasta el hotel. Cardozo me invitó para el sábado próximo a concurrir junto con ellos a una asamblea en la nueva fábrica de cerámica, después habría asado y vino a cargo de la patronal y más tarde se firmarían los acuerdos de trabajo.

—Fue un arreglo interesante —dijo Cardozo—, para la empresa, para los trabajadores y para el sindicato.

Me excusé sin dar mayores explicaciones y nos despedimos sin quedar en nada para aquel sábado.

—Nos vemos mañana en el colegio —me dijo el profesor estirando el brazo.

—Hasta mañana.

—Lo esperamos cuando quiera, ya sabe, para tomar unos mates — gritó Acuña.

—Bueno, bueno, muchas gracias.

Otra vez la noche y la soledad. Por la mañana me había encontrado con el profesor y me enteré que se llamaba Horacio Guerrero y que dictaba literatura en cuarto y quinto año, Siempre muy cordial, hablamos de trivialidades del colegio y luego me dijo que por la noche me diese una vueltita por allá. Le respondí que si me hacía un tiempito me pegaba una vuelta, pero que no le prometía nada. No sabía porqué, pero no tenía muchas ganas de ir, sentía que en el pueblo se barajaban dos formas de vidas, una diurna y otra nocturna, y esta última no presagiaba nada bueno.

Miré el reloj, eran las once y cuarto de la noche. Me asomé a la ventana y vi a un perro rompiendo con las patas unas bolsas de basura, vi los árboles que se agitaban con el viento y eso era todo lo que parecía tener vida ahí afuera. Me estaba sacando la camisa cuando escuché la voccecita de doña Inés detrás de la puerta. —Señor Alejandro.

—Sí, ya salgo. —Me puse como pude la camisa para no hacerla esperar y le abrí la puerta.

—Sí, ¿qué sucede Inés? —pregunté.

—En el hall hay dos personas que preguntan por usted.

—Bueno, dígalas que ya bajo, gracias Inés. —Me fui a mirar al espejo, pensé quién podría ser a esta hora, no sé porqué recordé que hoy la hija de Clara, la más grande, me pidió que le explicara el proceso económico europeo durante el período de Napoleón, ya anteriormente había demostrado demasiado interés en la hora de historia, un interés muy particular para una jovencita de dieciséis años. Me acomodé el pelo, me cepillé los dientes, me miré en el espejo, me puse un par de gotitas de colirio en los ojos y bajé.

Al aparecer en el hall, doña Inés me miró interrogativamente y me dijo —Están afuera. —Me asomé y lo vi a Acuña parado contra el poste de luz, mirando hacia adentro y a otro tipo más joven que él a su lado. Salí y lo saludé a Acuña con un ademán de no comprender qué sucedía.

—¿Cómo le va profesor? Le presento al compañero Torreyes.

El tipo se me acercó. Le di la mano casi sin mirarlo. Repentinamente vino a mi cabeza la imagen de mi padre, "lo único que te faltaba a vos era juntarte con sindicalistas y patoteros." —Horacio nos dijo que iba a pasar por allá —dijo Acuña mirándome serio.

—Le dije a Horacio que iría si tenía tiempo y no tuve tiempo, la verdad que terminé el día muy cansado.

—Lo estuvimos esperando, queríamos darle una sorpresa, pero como no vino, Cardozo nos pidió que nos acercáramos hasta aquí para comunicárselo. —Acuña se quedó mirándome con una sonrisa esperando que le preguntase algo, yo sin embargo me quedé mudo, no sabía qué tenía que decir.

—¿No quiere saber de qué se trata? —me dijo poniéndose serio, dudando de su propia estupidez, o de la mía.

—¿Qué cosa? —le dije.

El otro tipo se rió, se rascó entre las piernas y se tiró el pantalón para abajo. —La sorpresa.

—Ah sí, pensé que Cardozo, bah no sé qué estaba pensando, estoy tan cansado. —Me disculpé.

—No se preocupe compañero, se nota que está cansado, ¿anda trabajando mucho?

—No, es el cambio de ritmo, todavía no me acostumbro.

—Y claro, es jodido acostumbrarse, es el aire —sentenció como la solución a la conversación—; estos porteños —volvió a decir, mirando al morochito. Después me tomó por el hombro. Cuando giré la vi a doña Inés mirando para afuera. Acuña me sacó del cono de luz y me dijo en voz baja, como confesándose. —¿Sabe qué le conseguimos? Ni se imagina. Le conseguimos una casa, modesta claro, pero con todas las comodidades: una pieza, una salita, baño, cocina, bueno todo lo necesario, y amueblada. ¿Qué me dice?

—La verdad que me sorprenden, no sé qué decir.

—No tiene que decir nada.

—¿Cómo nada, con qué la voy a pagar? —pregunté, preocupado.

—No diga nada hombre, no tiene que pagar, la casa es de un compañero que está en Buenos Aires —se puso la mano a un costado de la boca y me dijo bajando otra vez la voz—. Es de un primo de Solano Lima y el viejo se lo llevó para Buenos Aires de custodia, está salvado.

—Bueno, la verdad, muchas gracias.

—No es nada compañero, eso sí, cuando pueda, se da una vueltita por allá así le agradece a Cardozo, él fue quien le escribió, usted le cayó bien a Cardozo.

—Mañana paso por allá —prometí.

—No falle, mire que lo esperamos, eh. —El morochito había comenzado a retirarse.

Acuña me dio la mano, me palmeó el brazo y me insistió nuevamente. —Mire que lo esperamos profesor, no vaya a fallar.

## CAPÍTULO VII

Una tormenta insospechada abolió el verano, acercándome el frío que tanto conocía y que me había tenido tan a mal traer los primeros años. Desde la ventana podía ver los árboles y los yuyos que habían crecido en algunos rincones de la plataforma. Los veía ladearse hacia el oeste castigados por el viento húmedo, Raúl diría: *“un viento lacónico y lloroso, que los obligaba a inclinarse como haciéndole una reverencia a la naturaleza.”* Hoy, el viento, sólo traía nostalgias, acompañaba los recuerdos que se me caían encima con ese sabor agrídulce que invariablemente se alojan dentro de uno y fluctúan entre una sonrisa moribunda y un llanto apagado.

Busqué sobre el ropero el cajón donde había reciclado mi pasado, lo apoyé sobre la mesa y me quedé sentado, sin abrirlo, retrasando el placer de experimentar otra vez aquella sensación de quien intenta reflotar una ilusión. Ya una vez había intentado borrarlo, fue cuando decidí abandonar Buenos Aires, mi familia y algún amor no muy importante como para tener en cuenta. Mi vida, a esta altura, ya no era una hoja en blanco sino un palimpsesto, y yo, un tipo esperando más del pasado que del porvenir.

El viento iba atenuándose y sólo la lluvia se encargaba de mostrar ese halo fantasmal de los pueblos en decadencia y abandonados a sus destinos escatológicos del que ya me había anunciado Clara. Me distrajo el tren que llegaba a la estación. Antes de detenerse saltó una persona que corrió para ampararse debajo de un árbol y desde allí corrió nuevamente hasta el bañito, luego bajó el maquinista cubriéndose la cabeza con una bolsa. También corrió hasta el baño. Alguien me saludó desde una ventanilla, habría percibido mi figura. También me hizo una morisqueta, sospeché que sería algún chico, sonreí y me quedé con esa imagen de la estación detrás de una cortina de lluvia y el tren en su último lunes.

Recordé que Raúl me había dicho que pasaría más temprano que de costumbre. Miré la hora y tomé la caja nuevamente para llevarla al ropero. La dejé para otro momento, para cuando estuviese más tranquilo, sin apuro, para poder detenerme en cada rostro, forzar la imaginación para poder retener las imágenes y así disfrutarlas.

El tren partió sin que yo lo notara, no podía explicarme lo que me estaba sucediendo en estos días y que parecería agravarse con el tiempo. Me quedaba meditando, más bien con la mente en blanco y así pasaban las horas hasta que decidía regresar como quien regresa a su casa después de tomarse unas vacaciones. Era buena esa sensación, era relajante pensar que cuando quisiera podía volver a ese estado casi catatónico y placentero. Vi acercarse a Raúl por la vereda de la plaza, parecía el sobreviviente de una catástrofe —tal vez eso es lo que era— con sus manos escondidas en los bolsillos, el pucho entre los labios y sin la más mínima intención de eludir la lluvia, ni siquiera parapetándose en las copas de los árboles o en la pared de la estación. Le dejé la puerta abierta y me senté otra vez en la cama, escuché la puertita y un instante después apareció contra la luz su figura y esa sonrisa tenue que descomprimían cualquier angustia y hasta mis temores por la soledad. Se acercó quitándose el saco, lo acomodó detrás de la silla y recién ahí me miró y me dijo—. El Negro no viene, tuvo un viaje.

—¿Adónde? —pregunté.

—No sé, me dijo la madre, lo mandaron del laburo.

—Bueno, nos quedamos sin tortafritas. —Me reí—. ¿Cuándo llega? —El jueves o el viernes.

—¿Qué, fue caminando?

—Lo que pasa es que tiene que descargar y al otro día cargar el camión con otra cosa, creo que ladrillos.

—Qué grande el Negro, eh —comenté.

—¿Tomamos unos mates? —me dijo, yéndose para la cocina. —Sí, pero preparalos vos.

Tomamos una pava y charlamos de vaguedades. La oscuridad lentamente fue derrocando a la tarde y la lluvia sólo quedó en el sonido, en el golpeteo sobre el techo y en su aroma a lavanda y tierra mojada que se abalanzaba desde el sudoeste augurando frío y alguna nevada temprana.

Lo miré a Raúl que estaba escribiendo algo debajo del redondel luminoso que caía sobre la mesa, cuando notó que lo miraba, alzó la cabeza y se rió tímidamente con el ademán de quien es descubierto en alguna pillería.

—Escribo algunas pavadas —me dijo defendiéndose.

—¿Por qué no le escribís a tu tía, digo yo?

—Mi vieja ya le escribió, le mandó a decir que viajo este fin de semana, creo que el domingo.

—¿Y ya sabés qué vas a hacer allá? —pregunté.

—Todavía no estoy seguro, pero pienso que lo mismo que acá. —¿Y tu vieja?

—No, ella no quiere ir. Igual yo voy a venir todos los fines de semana

—aseguró.

—Mirá vos, ¿en qué vas a venir, en avión?

—No, en micro, no es tan lejos.

—Eso lo vas a hacer el primer mes. —Le eché en cara.

—Apenas llegue voy a averiguar a los colegios por usted, así que prepáreme los datos y todas las boludeces que hacen falta ¿las tiene a mano, no?

—¿Sabés que hoy estuve en lo de Clara? —lo interrumpí—, me contó que en una de esas el colegio continúa unos años más.

Lo miré para ver si me prestaba atención, había empezado a dibujar en el mismo papel de antes, mantenía la cara escondida detrás del pelo que le caía por un costado, después, sin mirarme, me dijo—. ¿A qué se va a quedar, a apagar la luz? A mí ya hace siete meses que me mantiene mi vieja, ¿qué quiere que espere? —me incriminó. Después continuó un rato largo desparramando toda la basura y las broncas que guardaba, lo dejé, sabía que necesitaba sacarse de encima todo el dolor que le producía tomar esa decisión. Cuando creí que ya no tenía nada más por decir, que era el momento del silencio, me miró con un dolor mucho más agudo, con el resentimiento que te lleva al escepticismo, entonces agregó—. Y yo, que quería ser escritor, qué boludo..., qué boludo era.

—Y sos escritor.

—¿Escritor de qué? —dijo con mucha vergüenza—, escritor de mi vieja, de Clara, de usted, por favor. —Se acomodó el pelo detrás de la oreja—. El escritor Raúl Viñas —volvió a repetir varias veces—, escritor..., pelotudo, eso es lo que soy, un pelotudo. —Siguió así culpando y culpándose.

Aguardé a que se tomara un descanso y antes de seguir dije—. Pero Raúl, ser escritor no es una profesión, es una actitud, una necesidad, un sacerdocio, —le remarcaba las palabras para darle



más fuerza al sentido de ellas sabiendo que ninguna era la correcta. Sin embargo lo vi tranquilizarse, la cara se le había puesto colorada y sus ojos brillaban de una forma extraña, se levantó y caminó hacia la ventana, la luz de la luna dibujaba un rectángulo en el piso que fue absorbido por su figura, sacó otro cigarrillo mirando hacia la estación y me la señaló con la cabeza.

—Después del domingo esto se va a parecer a un cementerio — comentó.

Preferí no contestar, cambiar de tema, hablar de cualquier cosa, igual él seguía. Sabiendo que era imposible detenerlo lo dejé. —Tiene razón Clara, con los milicos estábamos mejor, al menos el pueblo progresó, mirá estos hijos de puta lo que están haciendo.

—Me parece que te olvidás Raúl...

—Puede ser, pero estos no son mejores —me interrumpió.

—No te calentés Raúl, igual no se puede hacer nada.

—Pero me da bronca.

—Ya lo sé, ¿te creés que a mí me gusta? al menos vos todavía sos joven, y yo entonces, que ya pasé los cuarenta y estoy solo... Y me voy a quedar más solo todavía.

—Entonces no lo entiendo profesor, ¿qué quiere que le diga? — preguntó.

Nos quedamos un rato callados, quizás haciendo pequeños balances, procurando aplacar la tristeza y contener esa angustia que trepaba desde el vientre hasta el pecho y salía escupida en estos raptos de broncas que asomaban cada vez con más frecuencia. Raúl, que se había sentado otra vez, seguía garabateando sobre el papel. Su cara, de a poco, iba adquiriendo pasividad, entonces comenzó a reírse suavemente, pero aun así no era el mismo de siempre. También él empezaba a cambiar y a morirse lentamente.

—¿Qué hora es?

—Las diez y cuarto, ¿qué, ya te vas? —le pregunté.

—No. Tengo hambre, comamos algo.

—¿Querés que prepare una pizza?

—Bueno, pero tomemos un buen vinito blanco, ¿sí? —sugirió Raúl.

## CAPÍTULO VIII

(I)

La casa era bastante cómoda y amplia para una sola persona, desde afuera daba la impresión de ser baja. Me habían dicho que ese era uno de los métodos para contener el calor en invierno. Clara y sus hijas fueron mis primeros invitados a cenar. Cociné un pollo con papas y batatas y procuré destacarme como buen anfitrión. Luego de cenar, levanté la mesa y les mostré un álbum de fotos de mi familia, los dejé con eso y me fui a preparar el café. Susana me acompañó a la cocina para ayudarme, mientras tanto me preguntaba cosas del colegio. Realmente me hacía sentir incómodo. En un momento abrió la heladera y se inclinó para sacar el jarro de la leche. Yo, simulando buscar algo debajo de la mesada, miré el comienzo de su cadera, el pantalón bien pegadito al cuerpo, absorbido por una sugestiva sombra triangular. Cuando se enderezó, el pulóver le cubrió esa forma incipiente de mujer y me quedé con la sospecha de una insinuación o el error inocente de aquel movimiento. Esa inquietud digitó la excitación que sentí durante toda la noche y que evidentemente llevó mi mirada hacia sus ojos buscando alguna otra señal.

Terminada la sobremesa me ofrecí a acompañarlas. En el camino sólo conversamos sobre comidas y otros temas banales como costumbres familiares. Percibí cómo Clara me investigaba. Las chicas caminaban delante de nosotros. Susana se bandeaba excesivamente, o eso me parecía. Ya en su casa, Clara me invitó a tomar café y obligó a sus hijas a acostarse. Después de servírmelo se paró firme, me enfrentó y me dijo fríamente—. ¿Tuvo que afiliarse, no?

—¿Cómo? —disimulé.

—Le pregunté si lo obligaron a afiliarse para entregarle la casa. —Sí, me afilié, pero no me obligaron.

Clara puso cara de siete de espadas y después me dijo, queriendo

amenizar la charla—. Yo también tuve que afiliarme, no me quedaba otra, nosotros somos antiperonistas, pero como yo ya era directora antes de que estos llegaran, y me conocían, me lo pidieron en buenos términos y accedí, total.

—Sí, yo también. —acoté ambiguamente.

—¿Puedo decirle algo, si no se ofende?

—No, como me voy a ofender —contesté.

—Tenga cuidado con las amistades, no lo tome a mal, es un consejo. —Sé cuidarme, no se preocupe —le aseguré.

—Ya lo sé, sino no se hubiera animado a venir a trabajar hasta acá. Yo

se lo digo porque cuando uno se encuentra solo, se aferra al primero que se le acerca, además, como directora, debo guiar a mi gente. Siempre lo hago. —Gracias, pero no se preocupe, yo tampoco soy peronista.

—¿Toma otra tacita de café? —ofreció.

—No, no, ya es tarde, gracias. —Me paré y dejé la taza sobre la mesa.

—Espero no haberlo torturado con mis consejos.

—No, por favor, son bien recibidos.

Me acompañó hasta la puerta, me dio la mano con calidez y me dijo—. La semana que viene está invitado a comer con nosotros, no se comprometa con nadie.

—No faltaría por nada del mundo —le contesté mirándola a los ojos.

—Bueno, vaya, vaya que hace mucho frío y se me va a enfermar.

—Hasta el lunes —me despedí.

Cuando giré para cerrar la puertita miré disimuladamente hacia las ventanas de las piezas.

Comencé a caminar con las manos debajo de los brazos, a medida que el frío iba desapareciendo de mi mente, aquel lugar era ocupado por la imagen de Susana y por su astuta mirada. Imaginé sus formas y me llegaron perfectas, su figura demasiado adolescente era un proyecto implacable y provocante de mujer.

Con todas esas imágenes llegué a casa, calenté café y comencé a imaginar sin reparar en la responsabilidad ni en la relación de profesor alumna. Llevé la taza a la cama y me desvestí imaginando situaciones, me vi desvestiéndola lentamente, besándola, perdiéndome en esa intrínseca y misteriosa sombra, trepando y clavando dedos y uñas, sudando y agitándome, me recosté todo transpirado, apagué la luz y me quedé con la mirada en el techo. El café se enfrió sobre la mesita de luz.

(II)

Con el invierno, el frío iba apoderándose de mí, después de almorzar subía al techo me acurrucaba en el rincón que el tanque de agua y la medianera de la casa vecina formaban, y me hundía en meditaciones, me aturdí con esa sobrecarga que era, hacerme responsable de mi propia felicidad. Desde allí veía crecer el día y morir el paisaje bajo las sombras, miraba esos hierros paralelos e imaginaba que las vías que corrían hacia el sur, hacia lo que desconocía, no terminarían nunca, sin embargo despreciaba mirar esos mismos hierros huyendo para el oeste, cortándose y perdiendo su eternidad matemática en algún sitio de Buenos Aires. Ya cuando el sol comenzaba a sobrepasarme y a colocarse a mis espaldas, me quedaba con la mirada en algún punto estático, en una torre de alta tensión, en alguna vaca o en la ruta, aunque las vacas era lo que más me cautivaba, tenían algo de mí, de insignificancia.

Los días que siguieron a la noche en que Clara y sus hijas cenaron en mi casa las pasaba meditando, recordando fragmentos de aquella noche, abusando de la imaginación.

Para los últimos días de mayo, el frío no me permitía frecuentar tanto la terraza y entonces me sentaba junto a la ventana, con una taza de café o con el mate y descansaba la mirada en la estación, en los caminitos de tierra o en los árboles más cercanos. La ventana me ofrecía mucho menos perspectiva que la terraza, entonces, a medida que desaparecían las cosas que me rodeaban, aparecían los fantasmas.

Esta sensación de placidez me acompañó durante muchos días y sólo de vez en cuando fui rescatado por algún tren o por el viento que llegaba desde las zonas desérticas. De a poco, y con demasiado esfuerzo, fui recuperando las horas de la tarde con algunos escritos, algunas visitas y las noticias alarmantes que estaban llegando desde Buenos Aires y que coloreaban aquel invierno que pintaba bastante gris. Las tardes que se iban acortando las llenaba con trabajo, y por la noche, siempre había algún compromiso, la casa de Clara o el sindicato, donde uno se enteraba de lo que estaba sucediendo y charlaba con Guerrero y Cardozo. Eso me mantenía entretenido.

Lo cierto es que me iba haciendo al ambiente, a la gente y a su paisaje, de alguna manera comenzaba a percibir que algunos de mis sueños ganaban espesor y, de ese modo, lograba breves momentos de satisfacción.

## CAPÍTULO IX

Como todos los martes, me levanté temprano, desayuné livianito y me fui a correr del otro lado de la estación donde no transitaba nadie. Esta rutina la habíamos adquirido desde hacía algunos años con Raúl, el Negro, y el Chuno, pero poco a poco fueron abandonando hasta dejarme solo. Me había pasado toda la noche buscando alguna solución para el colegio, después le hablaría a Clara, debía ser pronto, no nos quedaba mucho tiempo.

Atravesé la zona de pequeñas granjas y me interné por las calles de pedregullo. Las zanjas, con agua hasta el tope, reflejaban las largas sombras de las araucarias y los coihues. En algunos tramos, el camino se hacía más pesado y debía detener el trote, entonces aprovechaba para respirar profundamente y disfrutar mejor ese arco iris de sensaciones que me brindaba la soledad y la naturaleza. Busqué el sol y lo descubrí sobre las montañas, allá a lo lejos, desde allí, los rayos llegaban oblicuos y con una luminosidad frágil y sin calor, como el haz de luz de una linterna. Llegué hasta el viejo molino al que tantas veces visitamos con Susana años atrás en las

tardecitas de verano. Un impulso infantil me hizo trepar por los flejes de hierro oxidados hasta superar la altura de los árboles, recordé cuando Susana me contaba que de chica subía al tanque de agua de su casa, una de las pocas de dos pisos en el pueblo y que allí se quedaba tardes enteras observando el pueblo desde aquellas alturas " todo es diferente desde allí " me decía y relataba sus imágenes con la mirada extraviada en aquella niña probablemente anonadada, recuerdo como lo decía, con cariño, con timidez: *"veía el pueblo cuadrulado Alejandro, deformándose hacia la ruta, era una fila de árboles, una hilera verde que más allá de la ruta comenzaba a ondularse y a deformarse hasta perderse en un degradé verde claro, imagínate Alejandro, imagínate la plaza, un hueco vacío de antenas y tanques de agua, y detrás, el paredón de la estación, y los techos, los techos. Eso era lo que más me atraía. Buscaba las casas que conocía por dentro y les descubría secretos, misterios, otras formas, las terrazas con sus pisos desprolijos, con esas franjas negras de alquitrán, cruzándolas, hierros retorcidos y oxidados, triciclos, ruedas de bicicletas y todo, todo modificándose hacia abajo, si hasta los mismos rosales eran diferentes, y las lilas, las lilas parecían globos enormes. Imagínate Alejandro, imagínate todo desde allá arriba, si a veces pensaba que Dios vería todo así, y de esa forma descubriría todas nuestras miserias, hasta aquellas que escondemos dentro del alma. Imagínate Alejandro, desde allí podía ver los caminitos de tierra de los patios interiores, esas huellas familiares hechas a costa de rutinas, recuerdo que algunas veces no podía ubicar una casa y tenía que guiarme por la manzana en el cuadrulado, todo era diferente desde allí, todo era diferente Alejandro. Una vez vi cómo la mamá de Rosita, cuando estaba oscureciendo, salió en ropa interior y se bañó a baldazos en la pileta del fondo, después tomó una toalla, se quitó la ropa y se envolvió para entrar en la casa, desde aquella vez me quedé siempre hasta que anocheciera y buscaba estas circunstancias en todas las casas y así fui descubriendo las luces en las ventanas y me metí en las cocinas, en las piezas, en todas las casas. Imagínate Alejandro, el pueblo era mío, recuerdo que alguna vez, dos o tres años después, Raúl me decía que el pueblo tiene secretos insondables y que sólo desde otra mirada pueden descubrirse, y tenía razón, él hacía lo mismo que yo pero desde su imaginación. Y el sol Alejandro, el sol, redondo, anaranjado, cayendo sin que yo pudiese distinguir su descenso, entristeciéndolo todo, quitando colores, dando un tono rojizo primero y luego ensombreciendo las cercanías y dejando ese resplandor del horizonte hasta absorberlo, tragarlo, y recién ahí comenzaban a aparecer las estrellas y el silencio, porque hasta el silencio era diferente desde allá arriba, era más nítido, más limpio, se podía escuchar hasta el sonido más lejano, más insignificante. Qué hermoso Alejandro, recuerdo una vez haber escuchado el sonido de una lluvia remota que había traído el viento como cuando escuchás el mar en un caracol. Y los pájaros Alejandro, los pájaros, se escuchaba hasta el más pequeño canto, eran sonidos que te acariciaban. Y los ladridos de los perros al caer el sol, anunciando la noche. Y la luna, y los aparatos de televisión encendiéndose y luego todo, absolutamente todo durmiéndose mientras el viento que bajaba de las montañas imitaba alguna música de esclavos, que hermoso, que hermoso Alejandro cuando era chica poder hacer eso "*

Descendí del molino con aquel recuerdo, estaba mareado, comencé a regresar caminando despacio, el sol ahora escalaba paulatinamente el cielo y se había colocado a mi espalda, desentumeciéndome. Sabía que debía hablar rápidamente con Clara, tenía que convencerla, había que esforzarse, pero los pensamientos también se me bifurcaban hacia el pasado, buscaban un refugio ante tanto desamparo y allí se quedaban dando vueltas. Iría mañana por la mañana, hoy le pediría a Raúl que me acompañe, sería una cruzada por el pueblo, por nosotros, Clara era nuestra aliada y tenía ascendencia sobre la gente, si era necesario llevaríamos a todos los chicos, a todo

el pueblo, había que levantar la voz, por quedarnos callados nos sucedía todo esto, nos quitaban todo, nos arrastraban a una eutanasia, a veces, cuando el odio me superaba, creía que tenían razón Clara y Raúl, cuando sostenían que, después de todo, con los milicos, estábamos mejor.

## CAPÍTULO X

(I)

Algunas noticias que llegaban desde Buenos Aires por boca de Acuña y de otros, preocupaban a la gente del sindicato, más de una vez encontraba a Cardozo y a Horacio en medio de cavilaciones y discusiones.

Se estaba discutiendo mucho y acaloradamente sobre las actitudes que estaba tomando el General últimamente. Acuña (a quien le gustaba discutir fogosamente), hoy casi no había abierto la boca, había dejado en las manos de los que le respondían incondicionalmente, la actitud y la propuesta a seguir de ahora en más. Hubo muchos gritos y Cardozo más de una vez tuvo que ponerse de pie para calmar los ánimos y decir que todos estaban del mismo lado. De un vistazo repasé a todos los que estaban sentados en la mesa alargada enfrentados con la gente del recinto. Se pasaban el micrófono y a veces se lo arrancaban de la mano para decir algo. Cardozo y Acuña estaban separados por una distancia exageradamente amplia a las proporciones de la mesa, por ese espacio se podía ver la bandera argentina que estaba recostada contra la pared. A la izquierda de Cardozo estaba sentado Horacio y Rosamel, (creo que así se llamaba) era uno de los delegados de la cerámica, un flaco alto y de barba, y a la derecha de Acuña había un tipo que lo tenía poco visto por el pueblo, era un ex militar, morochito, tenía un tatuaje en la mano derecha y el ojo izquierdo desviado, junto a él, el negrito que siempre acompañaba a Acuña y que parecía reírse de todo.

Me fui a la cocina y empecé a preparar el mate, después llegó Horacio y me dijo que si me quería ir que me fuese, le respondí que no, le dije que vine a la cocina ya que no entendía mucho porque se peleaban si todos estaban del mismo lado.

—Del mismo lado —dijo riéndose.

—Al menos eso dice Cardozo —le dije mirándolo a la cara. Se quedó un momento apoyado sobre la mesada con la cabeza agachada y después volvió a decir—, llegan noticias muy confusas de Buenos Aires, al menos las que traen ellos.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

—Ellos... Acuña y los otros —dijo con bronca—, ¿no entiende nada, no? Mejor.

Toqué el agua de la pava para ver si ya estaba caliente, detrás del marco de la puerta se asomó el negrito amigo de Acuña, después desapareció.

—¿Ve? —me dijo.

Se quedó callado otra vez, un poco entristecido—. Se está pudriendo todo Alejandro —dijo finalmente.

Le alcancé un mate y lo miré, daba pena ver a un hombre así, quebrado como estaba Horacio. Le puse una mano en el hombro y dije—. No ha de ser para tanto, son peleas políticas, nada más, después todo termina bien.

Me miró fijo y después hizo una mueca como que yo no comprendía nada. Se quedó callado otra vez, dudó en decirme algo, pero luego agregó—, viene pesada la mano esta vez, el problema no es

entre nosotros —lo dijo con una voz inevitable, como arrepentido de haber hablado, de haber gastado saliva al cuete.

—¿Y con quién es entonces?

—¿Se enteró de la gente nueva que llegó a la comisaría?

—No.

—Tendría que verle las caras, nomás.

Escuchamos unos aplausos, gritos, algunos empezaron a gritar "Perón, Evita, la patria socialista" pero fueron acallados por algunos silbidos y la marcha peronista que cubrió todo el recinto.

—¿Escuchó? —me dijo Horacio.

Me reí y no contesté nada, le alcancé otro mate, al rato llegó Cardozo discutiendo con el del tatuaje en la mano. Cardozo decía—. ¿Y qué querés que hagamos?

—Con esos, las palabras, no sirven para nada.

Atrás venía Acuña y el negrito, después entraron dos o tres delegados más, entonces dejé de cebar mate.

—Hoy no se puede decidir nada —dijo Cardozo, caminando hacia la mesa del rincón, el tipo lo siguió y detrás fueron Acuña, el negrito que era su sombra y otros delegados. Rosamel se acercó con otro pibe más joven que él hasta donde estábamos nosotros. Horacio miraba de reojo con cara de fastidio, lo miró a Rosamel y dijo—, lo tienen acorralado.

—Si —dijo el otro pibe. Todos miramos el rincón.

—Lo quieren convencer. Espero que no lo logren —dijo Horacio, después me miró a mí sabiendo que mucho no comprendía—. Lo que pasa que Cardozo tiene ascendencia sobre los obreros y la gente.

Alguien se asomó por la puerta y pidió permiso para pasar. Rosamel lo saludó con la cabeza, Horacio hizo un gesto y dijo—. Están todos hoy.

El tipo se acercó al grupo que hablaba acaloradamente alrededor de Cardozo y Horacio me miró haciendo dos o tres "no" con la cabeza, después dijo nuevamente—, lo tienen acorralado, vamos.

—Y lo seguimos hasta el rincón.

## (II)

Las noches y las horas libres ya no eran una carga. Me había mimetizado con la gente y me dejaba absorber pasivamente por ese laconismo de los pueblos del sur. Las noches que no concurría al sindicato o a lo de Clara, gastaba las horas con lecturas y con cartas que terminaba rompiendo antes de mandarlas. Me había fortalecido con las nuevas amistades y la afinidad al paisaje y a las cosas nuevas. Mi vida anterior, de a poco, se iba retirando, como un animal que retrocede ante el peligro. Mi padre ya no me torturaba o al menos intentaba rehuir de su recuerdo como antiguamente lo había hecho de sus miradas. Sabía que las reuniones en el sindicato eran la secreta venganza hacia él y que me hubiese gustado refregársela por la cara, pero a medida que pasaba el tiempo iba ganado en felicidad, y la mirada de Susana era el bálsamo justo, el ingrediente que completaba mis deseos.

Durante dos meses, procuré internarme en la casa y consumir muchas horas de la tarde en esa pasión clandestina que era la música. Muchas veces había intentado, sin éxito, tocar algún instrumento, piano, guitarra, hasta batería había querido aprender. Ahora sólo me quedaban los recuerdos de las clases que había tomado y las enciclopedias de "La historia de la música" que había empezado a leer para cobrarme la antigua deuda. Una más. Con esas pocas cosas era feliz y con esas pocas cosas me quedaría para siempre.

## CAPÍTULO XI

La Unidad Básica parecía la iglesia un domingo a las once de la mañana, entraba y salía gente continuamente. En las puertas de las casas vecinas comenzaban a agolparse los chicos del colegio y los obreros de las fábricas y las granjas, la calle se iba poblando a lo largo de toda la cuadra por gente que iba y venía, que preguntaba si se sabía algo. Lo vi salir a Cardozo y perderse entre un tumulto de gente que lo rodeó inmediatamente para pedirle noticias. Él, miró por encima de las cabezas buscando a alguien, cuando me vio me llamó con la mano y me acerqué, lo escuché decir cuatro o cinco veces lo mismo. —Sabemos lo mismo que ustedes, lo que dicen las radios de Neuquén.

—Buenos días Cardozo —le dije por encima de las cabezas. —Hola, pase, pase, Horacio me dijo que si lo veía lo haga entrar. —Gracias.

Caminé empujando gente por el local repleto de curiosos, saludando a

los que conocía. Cuando estaba por llegar a la puerta del fondo, vi asomarse a Acuña que me gritó —. Compañero Ragoni, por acá, venga.

—Buenas tardes Acuña.

—Buenas, pase, pase....

Atravesé la puerta improvisada con un tablón y lo vi al profesor, de espaldas, conversando con otros tres tipos que jamás había visto, eran tres caras verdaderamente sombrías. Más allá, calentando café, el negrito que siempre andaba con Acuña. Contra el rincón, dos mujeres cuarentonas escuchaban la radio. El profesor me presentó de una barrida a los tres tipos y los saludé con un buenas tardes, me veía ridículo parado en ese lugar. Acuña llegó para rescatarme y me dijo—, disculpe el despelote, la gente está preocupada.

—Y, sí, me imagino. ¿Se sabe algo?

—El radioaficionado está comunicado con Buenos Aires, las noticias llegan en el momento, pero, ¿sabe lo que cree la gente, no?

—Sí.

—¿Qué hora tiene profesor? —preguntó.

—Dos y media pasadas.

—Tengo un hambre —me dijo tocándose la barriga.

—Yo comí algo en casa, antes de venir.

—No, yo no comí nada, voy a tomarme un café, ¿quiere? —ofreció.

—No, voy a salir un ratito, quiero quedarme con los chicos del colegio.

—Si sale, dígame a Cardozo que venga que esto va a ser un quilombo y tenemos que organizar qué vamos a hacer.

Salí y le di el mensaje a Cardozo que conversaba con algunos jóvenes de las fábricas, me agradeció y les terminó de dar algunas indicaciones. Crucé la calle saludando gente, respondiendo que tampoco sabía nada, alejándome de toda esa marea de rostros patéticos. Fui a apoyarme contra un árbol de la otra vereda. La gente que iba llegando se saludaba con preocupación, se me acercaban algunos chicos con sus padres, estábamos conversando con una maestra de la primaria cuando la gente empezó a correr, otros a caminar con la cabeza erguida y en puntas de pie para poder ver que sucedía adelante. Por impulso también me adelanté hasta quedar enredado en ese tejido compacto de brazos y cuerpos que se apretujaban, los que estaban dentro del local hicieron

un corredor para dejar pasar a los que estaban en la parte posterior, donde yo había estado un instante atrás. El primero que apareció fue uno de los tipos que no conocía, detrás de él, Acuña y el negrito, entre los últimos venía Cardozo, parecía destartado, caminaba negando con la cabeza. Acuña, que ya se había detenido sobre el umbral del local, le puso una mano en el hombro al negrito que había empezado a llorar. Después miré a mi alrededor, la gente se tapaba la boca, otros se tomaban la cabeza, quería mantenerme ajeno, sólo testigo de ese momento, pero conociéndome sabía que sería imposible. Una calma opresiva como el ojo de un huracán dominaba todo, Cardozo alzó la mano pidiendo que le diesen un segundo, respiró profundamente como si necesitase todo el aire de Humiquel.

—Compañeros..., lamento —dijo mientras se escucharon algunos gemidos entre la gente y otra vez volvió a respirar profundamente para tomar impulso. Aproveché para mirar nuevamente a mi alrededor y a los que se hallaban en el umbral, todos miraban el piso, algunos se tocaban los ojos, se oyó un grito y alguien se desplomó cerca mío, nadie le prestó atención. Cardozo volvió a pedir silencio con la mano—. Lamento tener que informarles, —eso fue lo último que logró decir antes que los ojos se le enrojecieran y se le empaparan en una milésima de segundos y que apenas le diera tiempo para taparse la cara. Una ráfaga eléctrica corrió desde atrás hacia adelante como si todos hubiésemos sentido el mismo espasmo. Se escucharon algunos gritos de horror, la gente empezó a abrazarse como si todos fuésemos deudos. Una viejita se echó a mis brazos y repetía que no podía ser, desde atrás, desde la sangre más joven, comenzó a escucharse como un susurro vergonzoso al principio "*... los muchachós peroniiiiistas, todos unidos .....*" y comenzó a crecer y a hacerse grito desde todas las bocas y todos los brazos que apuntaban al cielo, subían y bajaban a coro "*...Perón, Peróooooon, que grande sooooo....mi generaaaaal...*" brazos al cielo como culpando a Dios, como si perdiese credibilidad y debiera sentarse en el banquillo de los acusados "*... po resegran argentiii no, que sesupó conquistaaaar, a la gran ma sa del pue blo, combatien doal ca pi tal....*" y también lloré, lloré sin pudor, lloré por esa gente, tal vez lloré para eximirme de mi padre que junto a algunos amigos estaría descorchando las botellas de champagne que habrían comprado para aquella ocasión.

## CAPÍTULO XII

—¿Dónde se escondió esta mañana? —preguntó Raúl.

—Fui a correr, como todos los martes —respondí.

—Sí, pero yo vine a las once y media y no estaba.

—Me quedé caminando por ahí, vos no me dijiste nada que ibas a venir por la mañana.

—Le venía a avisar, mi vieja dijo de hacer un asado el sábado a la noche, cuando esté el Negro.

—¿De despedida?

—No, si ella sabe que sólo me voy a trabajar.

—¿Quién va a ir?

—El Chuno, el Negro, le voy a avisar a Clara, mi vieja quiere que le diga al Padre Jorge, pero no creo que pueda venir —enumeró.

—¿Ya le avisaste a Clara?

—No, ¿por qué? —preguntó.

—¿Cuándo vas a ir?

—No sé, ¿quiere decirle usted? —me ofreció.



—No, no, para nada, como quería hablarle de otro tema podíamos aprovechar para ir juntos.

—Y bueno, vamos mañana.

—Pasate por acá.

—Bueno, listo, paso a eso de las once, ¿está bien? —sugirió Raúl.

—Sí, está bien, a esa hora Clara debe andar por San Mateos versículo veintiuno.

Raúl explotó en una carcajada y yo también empecé a reírme, me miraba como no pudiendo creer lo que me había escuchado decir de Clara, agachaba la cabeza y me volvía a mirar. —No lo tenía tan cínico profe —me dijo sin parar de reírse.

—Fue un chiste, pobre Clara —le contesté riéndome.

Desde aquel momento Raúl no paró, fueron sucesivos y pequeños ataques de risa y de repetir " San Mateos versículo veintiuno " y a veces le agregaba " que hijo de puta " y seguía riéndose.

Después de un rato dijo—. Profesor, mi vieja dijo, como cosa de ella, que le hablase a mi tía por usted. Ella tiene treinta años en la municipalidad y ahí la conoce todo el mundo y con una carta de recomendación de Clara, —y cuando nombró a Clara volvió a reírse—, seguro que tarde o temprano algunas horas pueden aparecer.

—Está bien, pero yo preferiría quedarme acá, vamos a ver.

—Ya lo sé, ya lo sé, pero al menos de esta manera hasta podríamos viajar juntos, y seguir viviendo acá..., sin laburo no se puede vivir ni acá ni en ningún otro lado profesor.

—¿Sabés qué sucede Raúl? Ojo, yo entiendo tu preocupación, tu voluntad, pero a tu edad todavía podés empezar un montón de cosas, pero qué sé yo, si tengo que viajar a trabajar a otro lado voy a ir, pero mientras pueda voy a intentar luchar en este pueblo. Acá hay pibes jóvenes que no pueden ir a estudiar a otro lado, y si yo y los otros profesores nos vamos, ¿qué les queda a estos chicos?

—Pero si el colegio cierra, ¿qué va a hacer, va a dar clases particulares?

—Si el colegio cierra y no me queda otra, trabajaré donde pueda, mientras tanto seguiré intentando acá —contesté.

—¿Qué le va a proponer a Clara —dijo riéndose.

—Se me ocurrieron algunas ideas, giran alrededor de lo mismo. Pensé, por ejemplo, si todos los alumnos pudiesen pagar una cuotita, muy pequeña por supuesto, y así cubrir el primer año y esperar al año que viene.

—Póngale que resulte, ¿y el año que viene, y el otro?

—Ya sé, ya sé, pero la situación puede cambiar.

—Sí, para peor, usted cree en los Reyes Magos, cada año que pase va a ser peor, hágame caso, vamos a laburar a Patagones y listo.

Preferí no continuar, hice un gesto de para qué seguir con el mismo tema y miré por la ventana, vi el sol que comenzaba a ocultarse detrás de los árboles de la estación, descargando esa luz lánguida que apenas trasponía la ventana. Raúl encendió la luz y se metió las manos en los bolsillos.

—Cómo refrescó —dijo mirando por la ventana él también.

—¿Querés que encienda la estufa?

—No, si ahora necesito la estufa, el mes que viene no salgo a la calle.

—¿Dónde está esa juventud? —pregunté.

—¿Qué juventud?

—Epa, si a los treintaidós años te quejás, qué me queda a mí con cuarentaiuno.

Raúl se quedó mirándome con ese permanente brillo que sus ojos reflejaban cuando pensaba algo. Yo sabía muy bien lo que estaba imaginando. Pensaba en Susana y en mí, y sufría tanto o más que yo, por eso era que trataba de no hablar de aquel tema con él, no quería soportar más reproches,

ya era demasiado tener que aguantar los mismos reproches todos los días desde los ojos torturadores de Clara, cuando por algún motivo me llamaba para decirme algo y ponía esa cara de aniquilamiento, como la que ponen los corderitos cuando le clavan la cuchilla en la garganta, nublando los ojos.

—¿Sabe qué estoy pensando? —preguntó.

—Supongo.

—Pienso en que si hubiera seguido estudiando podríamos trabajar juntos, una pena no haber viajado cuando usted me dijo, ¿se acuerda?

Lo miré con ternura, nos habíamos hecho amigos desde el primer día que conversamos fuera del colegio, eran años jodidos, de ahí en más fuimos alimentando esa afinidad que aún seguía puliéndose. —Y bueno, ya pasó, ¿no escribiste nada últimamente?

—No..., todo lo que escribo lo tiro.

—¿Por qué lo tirás?

—No me gusta. —respondió Raúl.

—Acordate que me debés un cuento.

—El domingo se lo traigo, así se acuerda de mí durante la semana. —¿Es largo?

—Más o menos..., ocho o nueve hojas —contó.

—Ah, es larguito.

—Voy a extrañar los mates con usted y con el Negro —me dijo con una tristeza que le rebalsaba la voz.

—Y las tortafritas —agregué.

—Las tortafritas también —se sonrió —, ¿de qué van a hablar con el Negro cuando yo no esté?

—De mujeres, supongo.

—¿Y cuando se cansen de hablar de mujeres?

—El Negro no se cansa nunca de hablar de mujeres. Y ahora que estuvo de viaje va a tener para contar.

—Hoy le toca cebar mate a usted —me dijo señalándome con el dedo.

—Es cierto.

Tomamos mate y recordamos profesores que pasaron por la escuela y algunas anécdotas, Raúl imitó a algunos de ellos, eso le gustaba, también miramos fotos viejas de algunas fiestas de egresados, Raúl siempre se había mantenido cerca de la actividad del colegio, escribiendo en el boletín, ayudando a los chicos a juntar dinero para los viajes y hasta para pintar las paredes cuando era necesario. Fue una noche de recuerdos, varias veces calentamos agua y varias veces recreamos las mismas historias, parecíamos dos borrachos.

De pronto Raúl miró el reloj y se levantó—. A la mierda, son las dos y cuarto, me las tomo, mañana quién me levanta.

—¿Dos y cuarto? —dije mirando el reloj—, ni me di cuenta.

—Me voy, me voy —dijo poniéndose el saco.

—Esperá que te acompañe.

—No, deje que hace frío, me voy de una corrida.

—Bueno, te acompañe hasta la puerta.

—Mañana paso temprano, no se vaya a caminar, eh.

—Te espero con el mate, vení a las once y después vamos a lo de Clara.

—Listo, a las once. —Cuando llegó a la puertita me miró, se rió y me dijo—, San Mateos versículo veintiuno, quijodeputa.

## CAPÍTULO XIII

Desde la ventana del aula vi acercarse a Clara secundada por Acuña, el negrito y un tipo de saco negro y cara de bulldog, era uno de los que había conocido en la Unidad Básica. De lejos el gesto de Clara era inequívoco, mezcla de repugnancia y odio que se iba alimentando día a día al calor de los acontecimientos. Clara entró sin llamar, los tipos se quedaron afuera.

—Quieren hablar con los profesores —me dijo.

—¿Tiene que ser ahora?

—Sí, dijeron que es por la huelga de mañana, yo voy a avisarle a los

otros, que los chicos no salgan del aula sin mi autorización.

Salí y encaré al grupo de hombres con gesto de fastidio. —¿Qué pasa Acuña? —pregunté en voz alta.

El tipo que lo acompañaba me hizo un ademán con la mano para que

bajase la voz, simulé no atender su reclamo. Acuña me miró paternalmente y me puso la mano en el hombro.

—No es nada compañero, es por la huelga general, nos llamaron de

Buenos Aires, parece que es contra el brujo, qué sé yo, esto es un quilombo. —¿Pero no se podía esperar hasta el mediodía? —dije un poco más

calmado, vi que el bulldog le dijo algo al negrito referente a mí y se rió mirándome.

—Hay mucho malestar, Cardozo está juntando a la gente de las fábricas y las granjas para llevarlas para allá.

—¿Allá dónde? —pregunté.

—A Plaza de Mayo.

—¿A Buenos Aires?

—No le dije que hay mucha bronca. Tenemos que llenar la plaza — insistió.

—¿Pero para qué a Buenos Aires?

—Disculpeme compañero que le hable así, pero digame ¿usted es bo ludo. No sabe que la Plaza de Mayo está en Buenos Aires?

—Sí, lo sé, ¿pero no se puede hacer un acto local, simbólico? — sugerí.

—No, no se puede, son órdenes de arriba —me contestó perdiendo la paciencia.

Di media vuelta y regresé donde se reunieron los profesores que ya debatían y discutían en dos grupos. La profesora de castellano estaba despotricando y Horacio imploraba para que se tranquilice.

—Yo no voy a ninguna parte, si quieren llévenme por la fuerza — decía.

—Tenemos que entender que ésta es una lucha del pueblo —decía

Horacio procurando aplacarla—, debemos estar unidos, es el único camino. —Me importa un carajo su lucha, a mí nadie me regaló nada, yo siempre tuve que trabajar para vivir, yo no voy.

—Yo tampoco —dijo Clara—, mi responsabilidad es con los chicos, ¿usted piensa ir señor Ragoni?

—No sé, si van todos...- —Advertí el enojo en la voz de Clara, lo noté en el tono y en que me llamase “Señor Ragoni”.

—¿Cómo si van todos? —dijo Horacio mirándome—. ¿Y sus ideales? —¿De qué ideales me habla? esto es una payasada profesor. —Sí señor, Alejandro tiene razón —me respaldó la profesora—, esto es una payasada y yo no soy payaso de nadie.

—Hagamos el acto acá y listo, eso es lo que propongo yo —volví a decirle a Horacio.

—No se da cuenta que en esto, ni usted ni yo podemos decidir. —Linda libertad —intervino Clara. Algunos profesores ya se habían apartado de los que discutíamos. Los tipos comenzaron a acercarse a nosotros, miré al negrito que se sonreía. Horacio les salió al cruce y cambió algunas palabras, principalmente con el tipo que parecía tener más rango que todos, inclusive que Cardozo. Después se aproximaron a nosotros que esperábamos inquietos. La profesora murmuraba con Clara, Horacio se puso de nuestro lado y se quedó con las manos en la espalda, el tipo con cara de bulldog quedó enfrentado con el grupo y comenzó a hablar.

—Horacio ya les habrá explicado la urgencia de esta reunión, yo voy a resumirles y a aclararles a los que tengan alguna duda, cuál es la gravedad del asunto. Los gorilas que trabajan solapados detrás de la piel de corderitos para el imperialismo, quieren derrocarlos, y no se lo vamos a permitir, no vamos a tirar por la borda tantos años de lucha, ni los derechos que hemos conseguido gracias a la compañera Evita, al General y al pueblo trabajador, ¿sabe por qué tiene vacaciones pagas? —le dijo señalando a la profesora de castellano—, ¿sabe gracias a quién usted vota? ¿Sabe por qué va a tener una jubilación? ¿Sabe quién se la dio y cuántos murieron para lograrlo? Ahora lo único que se nos pide es un acto de presencia, ¿es mucho? —nos dijo mirándonos a los ojos—. El que no quiera venir que no venga, no hay problema — dijo. Después dio media vuelta y se fue.

Acuña nos llamó al profesor de literatura y a mí y nos apartó del grupo, metió las manos en los bolsillos, sacó dos tarjetas, y con cara de habernos regalado entradas para el cine nos las alcanzó.

—Ustedes vienen con nosotros en el vagón de adelante. A las doce en la estación, lleven una remera o una camisa negra, no se olviden. Asentí con la cabeza y regresé al aula mirando la tarjeta.

## CAPÍTULO XIV

—¿Cómo anda tu mami Raúl? —pregunté.

—Bien, ella está bien..., me da un poquito de miedo dejarla sola. —Ah..., ¿ella no se va?

—No, qué se va ir, vivió acá toda la vida, prefiere quedarse —

contestó.

—Y claro, como la sacás, pobre.

—Igualmente pienso viajar los fines de semanas.

—¿Quieren tomar algo, chicos? —ofreció Clara.  
—Yo no —dijo Raúl.  
—¿Cómo que no? Tomate al menos un cafecito, tal vez sea el último

que pueda ofrecerte.

—Bueno, está bien, un cafecito chico.  
—¿Y vos Alejandro? —me ofreció.  
—También, un cafecito.  
—No, ¿te pregunto vos cuándo te vas a decidir? Ya sé que tomás café

—contestó.  
—¿A decidir qué?  
—A viajar, como Raúl —respondió.  
—No, no, a mí déjeme acá.  
—Yo le digo todos los días, mi tía puede hacerlo entrar en algún colegio.

—¿Y los pibes de acá? —les pregunté a los dos.

—Los pibes de acá van a tener que ir a estudiar a otro lado si quieren seguir. No hay presupuesto para la secundaria.

—¿Ya es definitivo?  
—Ya está decretado —contestó Clara.  
—Vio, vio como yo tenía razón profesor. Hágame caso, prepáreme los papeles y démelos antes del domingo. Sabía que lo hacía adrede porque estaba Clara que era quien los tenía, después mirándola a ella le dijo—, quiere quedarse a apagar la luz.  
Clara se sonrió con esfuerzo y dijo—, ya puede ir apagándola porque no queda nadie.

—Dios mío, qué desastre.  
—Bueno, era hora que nos acordáramos de Dios.  
Raúl se rió y supuse cual era la causa, procuré quedarme serio pero Clara comentó—. Yo sé de qué te reís, te estás acordando del día que el Padre Carlos los encontró a vos y a Manuel...

—¿Quién es Manuel? —pregunté.  
—El Negro —me dijo Raúl.  
—Sí, con el Negro, poniéndole cigarrillos en la boca a la imagen de San Ignacio.  
Raúl se mataba de risa, ahora también se reía de eso, nos empezamos a reír todos, a Raúl le brillaban los ojos como en las mejores épocas.

—Me acuerdo que nos llevó de la oreja detrás de la iglesia y nos dijo que éramos dos pecadores y debíamos confesarnos y arrepentirnos porque sino el demonio se iba a apoderar de nosotros.

—Y desde ese día no fueron más a la iglesia, ¿no es cierto? Y después te juntaste con este otro hereje.

—No, no fue así, yo quise ir, pero como el Negro no fue más, a mi me daba vergüenza ir solo, y bueno, ya sabe, después...

—Todavía estás a tiempo —comenté.  
—Yo siempre le digo, pero no me hace caso.  
—Callate vos, que vos también sos otro.

—Sí, mejor callate vos —dijo Raúl señalándome con el dedo y mirándome fijo, callate, a ver si todavía me pongo a contar algo.

Salimos de la casa de Clara riéndonos de aquella anécdota. Clara nos acompañó hasta la puerta

tomada de nuestros brazos. —El sábado nos vemos en tu casa Raúl, decíle a tu mami que le agradezco la invitación y que a mí también me gustaría que venga el Padre Jorge. No te olvides de decirle eso. Y recuerden que no sería mala idea que vayan a la iglesia.

—No se preocupe, no voy a olvidarme.

Cuando Clara entró, Raúl me miró y se rió, después agachó la cabeza y nos reímos, me volvió a mirar y me dijo—, también voy a invitar a San Ignacio para encenderle el cigarrillo.

Nos reímos todo el camino hasta su casa, ningún tema ocupó nuestra conversación y nos reíamos a intervalos cuando él explotaba. Miré el sol, estaba un poco perpendicular hacia el este e iluminaba la cara de Raúl que cuando me decía algo y me miraba, reflejaba esas pequeñas arrugas junto a sus ojos achinados por la luz. Raúl tenía un rostro muy singular, una piel muy blanca en contraste con el pelo negro y lacio, una cabellera india que le caía detrás del hombro, sin embargo, lo que más me llamaba la atención eran sus ojos oscuros, casi negros, y su profunda mirada, que a veces daba la sensación que no necesitaba hablar. Siempre pensé que tendría ascendencia árabe y me lo confirmaba su nariz aguileña y su mentón alargado, era alto y delgado, pero su cuerpo conseguía una total armonía con su rostro y le proveía esa personalidad mística que al menos yo descifraba. También su historia era bastante peculiar, no tenía la más mínima noción de quiénes habían sido sus abuelos, sólo sabía que su abuelo materno había llegado a través del mar en aquellas oleadas de principio de siglo, escapando del hambre y de las balas, pero ni siquiera la madre podría hablarle de él. Su abuela había muerto cuando su madre tenía apenas nueve años y luego ella emigró a estas tierras del sur donde, con trabajo, aún se podía vivir dignamente en la década del cincuenta. De su padre solo relatos aislados que su madre le contaba cuando estaba triste, sabía que fue un viajante que se estableció en la zona y que se aprovechó (así lo decía Raúl) de su madre, cuando la conchabó en su tienda, y al quedar embarazada la echó a patadas, después todo lo que ya conocía.

Por todo esto Raúl era un tipo que eludía su historia y por lo tanto daba lugar a inventarla como a un mito, como nos soñamos y pensamos y desde donde edificamos nuestra personalidad. Quizás eso mismo era lo que yo buscaba para mí.

## CAPÍTULO XV

Durante los últimos días de enero se habían producido algunos incidentes que, si bien no habían sido graves, sumados a las nuevas caras que estaban apareciendo por el pueblo y la sustitución del jefe de policía con la excusa exigua de una enfermedad, no presagiaban un futuro de tranquilidad, y hoy por la mañana, Horacio, vino a confirmarme las sospechas cuando fui a abrirle la puerta al escuchar los golpes y su voz que sonaba dramática. Apenas pude abrirle que se mandó para adentro.

—Se llevaron a Ernesto —dijo agitado.

—¿Qué Ernesto?

—El delegado de la hilandería.

—¿Quién se lo llevó? —pregunté.

—No sé, a mí vino a avisarme Carlos, el asistente de Acuña. —¿Cuándo fue?

—Hoy, a la madrugada.

—¿Y Cardozo qué dice?

—No sé, antes de venir acá pasé por su casa y la señora me dijo que lo

pasaron a buscar la gente del sindicato pero no le dijo adónde iba —contestó

Horacio.

—¿Y dónde pudo haber ido?

—Qué sé yo, y Acuña justo en Buenos Aires la reputa madre... —Habrá que esperar —dije.

—Tengo miedo Alejandro, tengo mucho miedo.

—¿Miedo de qué? —pregunté.

—Miedo, no sé, en Buenos Aires están pasando cosas raras —

comentó Horacio.

—Bueno, pero esto no es Buenos Aires. Quédese tranquilo. —No, esto es peor.

Escuchamos un ruido en la ventana trasera que nos sobresaltó y Horacio se abalanzó sobre el interruptor de luz, caminé a oscuras hasta la pieza y Horacio venía detrás mío diciéndome—, despacio.., despacio.., silencio. — Esquivé los muebles y entré. Apenas crucé la puerta escuchamos una voz desde el patio interior, un ruego, como había sido el de Horacio unos minutos antes.

—Alejandro..., Alejandro... soy yo, Cardozo, ábrame por favor.., ábrame rápido.

—Ya va. Quédese tranquilo. ya le abro —contesté.

—Pronto, pronto por favor.

Subí la persiana y abrí la ventana hacia afuera, Cardozo entró de un salto y detrás entró otro de los tantos jóvenes que lo acompañaban y que no recordaba su nombre, le decían Pady o algo así.

Cardozo escrutó en la oscuridad y reconoció a Horacio.

—A usted también lo buscaba, sabía que lo encontraría acá —dijo Cardozo.

—¿Qué está pasando?

—Se enteró que se llevaron a Ernesto y a Rosamel?

—¿A Rosamel también?

—Sí, también.

—¿Fueron a la policía? —intervine.

—La policía está con ellos, no sé si no lo tienen ahí mismo. Igualmente los padres de Rosamel ya fueron y les dijeron que no tenían noticias de nada —contestó Cardozo.

—¿Querrán asustarnos ? —preguntó Horacio.

—Ma, que asustarnos ni asustarnos, estos quieren exterminarnos, quieren borrarlos del mapa, o no sabe lo que está pasando en Buenos Aires.

—Pero si acá no hicimos nada —dije queriendo aplacar la tensión.

—Vengan, miren por la ventana.

Cruzamos la casa a oscuras y en silencio, tenía la sensación de estar viviendo en un mundo absolutamente desconocido, llegamos a la ventana y apoyamos la frente para poder mirar por las ranuras de la persiana, Cardozo dijo—. Miren allá, en la esquina.

Ví pasar algunos conocidos, también a unos chicos y junto a un árbol, recostado contra un auto, una de esas caras nuevas que habían aparecido últimamente.

—¿Quién es? —pregunté.

—Lo siguieron a usted, Horacio.

—¿A mí, por qué?

—Usted fue a mi casa y habló con mi esposa, ellos están vigilando mi casa y la de mis padres, me están buscando por todos lados y ahí fue donde empezaron a seguirlo a usted hasta acá. Ya los tienen marcados.

—¿Yo qué hice? —me revelé con ganas de echarlos a todos a la calle. Ya me tenían podrido con sus huelgas y sus luchas, ¿qué tenía que ver yo, con todo eso?

—Usted no hizo nada, pero vaya a decírselo a ellos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Horacio.

—Yo quise avisarles, por eso vine hasta acá, usted decida qué hacer, con algunos delegados estamos escondidos, a mi casa no vuelvo por un tiempo, pero nadie que no esté con nosotros sabe donde nos escondemos.

—Tengo miedo —volvió a decir Horacio.

—La orden es resistir y esperar que Acuña vuelva de Buenos Aires. A usted Horacio le recomendaría que vaya para su casa y se escape por atrás, si lo hace puede ir a la cerámica y hable con Romero, él lo va a ubicar — explicó Cardozo.

—¿Y Alejandro?

—Él, si quiere, puede venir, pero no está comprometido, no creo que tenga problemas, igual, usted, haga lo que quiera, ¿quiere venir con nosotros?

—No, yo estoy tranquilo.

—¿Le puedo pedir un último favor Alejandro?

—Sí. Dígame.

—Acompáñelo a Horacio hasta la casa y no se den vuelta para nada, caminen naturalmente, los van a seguir. —Después lo miró a Horacio mientras se desabrochaba la campera y sacaba un arma —. Téngala, la puede necesitar.

Horacio la miró en silencio y se la acomodó en la cintura.

—Nosotros nos vamos por atrás. Tenga cuidado Horacio —se despidió Cardozo.

—Gracias, ¿nos vemos luego?

—Sí. Cardozo iba a irse, ya había sacado un pie y giró de pronto y me dijo—. Alejandro, ¿quiere tener un arma?

—No, gracias —me apuré a responder.

—Bueno, entonces suerte.

—Suerte...

## CAPÍTULO XVI

Toqué tres o cuatro veces la puerta y aguardé unos segundos. No escuché pasos ni voces, pensé en irme, no sabía si hacía bien en insistir con el tema, pero lo quería como a un hijo y eso me movilizaba a actuar. Reiteré los golpes un poco más fuerte y escuché los ruidos de chancletas aproximándose.

La puerta se abrió de par en par y apareció la figura avejentada de Leonor que se apresuró a quitarse el delantal y a acomodarse el pelo, como si así se viese mejor. —Señora Clara. Qué sorpresa. Raúl no me dijo nada...

—No se preocupe Leonor, él no sabía, en realidad decidí venir después de que ellos se marcharon de casa, quería preguntarle una cosa.

—Pase, pase, no se quede ahí afuera, pase señora Clara.

—Permiso.

—Siéntese en el sillón, ahora se lo llamo, se acostó un ratito, como se queda a escribir hasta cualquier hora.



—Déjelo entonces, déjelo Leonor, no es nada importante, vengo en otro momento.

—Igual tiene que levantarse —dijo.

La miré alejarse, noté que rengueaba levemente apoyándose sobre una pierna. No sé por qué, pero sentí repugnancia, sería su aspecto empobrecido, su cabello revuelto, sus ropas, no sé qué era.

Regresó enseguida y me dijo que Raúl ya venía.

—Gracias. ¿Cómo le va a usted Leonor?

—Bien., bien —respondió.

—Así que el hijo se le va y se queda solita, como yo.

—Y, qué va a hacer uno, hay que dejarlos seguir con su vida.

—Recién ahora me estoy acostumbrando, al principio fue duro, muy duro, pero un día me puse firme y dije, no hay que llorar sobre la leche derramada...

—Es verdad —dijo mirándome con mucha tristeza.

Lo vi asomarse a Raúl detrás de ella, la besó y vino a saludarme. — Hola Clara, ¿pasó algo?

—Nada, ¿por qué, vos podés venir a visitarme y yo no? —le dije simulando seriedad—, vengo a retribuirte la visita.

—Ah, me asusté, pensé que había venido para llevarme a la iglesia.

—¡RAUL! —lo reprendió su madre.

—Dejeló Leonor, estamos jugando.

—Pero mire lo que dice este, con Dios no se juega. Ésa es la compañía del Negro.

—¿Sabés por qué me atreví a venir? Quería asegurarme que cuando estés allá le busques algo al cabeza dura de tu amigo —explicó Clara.

—Lo que pasa es que él no quiere, quiere quedarse acá.

—No le lleves el apunte. Vos buscale algo y si se lo encontrás, avisame a mí que yo me hago cargo de lo demás.

—Voy a hacer lo posible....

Desde la sala escuchaba las chancletas de la mamá de Raúl arrastrándose contra el piso, sonidos breves, como si se moviese en espacios reducidos. Sabía que no necesitaba un permiso de Alejandro para proceder, y en este caso mi misión era arrastrarlo fuera de este pueblo, si aun podía llamársele así.

—¿Quiere tomar un tecito señora Clara? —preguntó Leonor.

—No, gracias Leonor, ya me iba.

Raúl caminó rascándose la cabeza y abrió la ventana y me dijo—. No quiero que después Alejandro se enoje conmigo.

—¿Por qué se va a enojar? Todavía que le conseguís trabajo.

—Y, Usted sabe como es.

—Perro que ladra..., vos ya sabés.

Él dice que ya está un poco viejo para empezar de nuevo en otro lado, que le gusta este lugar, qué sé yo, a mí también me da lástima irme.

—Que va a estar viejo. Además, más vale tarde... —comencé a decir.

—Está bien, pero hay que pedirle los papeles.

—Los papeles los tengo yo, mañana te los traigo —aseguré.

—Bueno.

—A ver si allá también conseguís una buena chica y te nos casás.

Lo miré a Raúl que intentó sonreír y apenas si pudo dibujar una mueca. Un brillo un poco irónico le asomó desde atrás de los ojos y se dio vuelta, caminó hacia la ventana, miró para arriba, quizá buscando algún lugar vacío en el techo para depositar la mirada, algo en él era

inquebrantablemente reservado, pero no dudé en penetrar en territorio enemigo y dije—. ¿Por qué ponés esa cara?

—¿Qué cara?

—Vamos Raúl, somos pocos., no pensás casarte nunca.

—No me interesa y nada más —respondió.

—Pero Raúl, tenés que formar una familia, no pensarás que la vida es escribir y tomar mate con los amigos, ¿o hay algún otro motivo?

No sé si me contestó que sí o que no, me puse de pie, no me sentí bien, caminé hasta la puerta, Raúl hizo un amague para acompañarme pero luego se quedó inmóvil.

—Raúl, saludá a tu madre por mí, me voy a casa que me siento mal.

—Hasta mañana Clara —me dijo, pero yo ya no lo escuchaba.

## CAPÍTULO XVII

(I)

Dos días sin saber nada de nada, me estaban llevando a un estado de alteración tal, que al menor ruido me quedaba inmóvil o apagaba la luz. Dos días espionando por la ventana era mucho más flagelante que cualquier otro tormento. Me alenté hablándome en voz alta, diciéndome que todo era invento de Cardozo, de Horacio y de toda esa manga de zurditos exagerados que veían fantasmas de enemigos por todos lados. Me decidí por ir a visitar a Clara al colegio que, seguramente, desde el primero de febrero, estaría reorganizando todo lo del próximo año. No lo dudé, salí y me dirigí hacia la plaza, la crucé en diagonal saludando a la gente que encontraba, en realidad nada había cambiado, sólo yo me sentía diferente, vi un grupo de personas conocidas dentro del almacén, me pareció raro ver tanta cola, cosa de mujeres, crucé en la esquina de la municipalidad y saludé al padre de una alumna que tomaba mate en la puerta de su casa. Febrero era el mes de más sosiego para el pueblo, y para peor, los quince días que la municipalidad estaba cerrada, eran como el sedante del pueblo.

Caminaba pensando en el próximo año, en Susana, que la tendría en cuarto año, o sea que disfrutaría de ella una hora más por semana, una hora más de su mirada. Escuché el coche que se aproximó por detrás. Sentí una espantosa flojedad y me paralicé. Cuando se detuvo unos metros delante de mí y vi descender a dos tipos de saco y corbata entendí que mi premonición se hacía realidad.

—¿Señor Ragoni? —dijo el más alto.

Creo que contesté que sí o se lo afirmé con la cabeza.

—Tiene que acompañarnos —dijo el mismo tipo mientras el otro se

colocaba a mi espalda.

El que había hablado me abrió la puerta trasera mirándome fijo, había un odio indiferente en su mirada, un odio de oficio. Entré en el coche y el otro se metió detrás de mí, el que había hablado rodeó el coche por atrás y se sentó del otro lado.

—Vamos para allá Negro —le dijo al chofer que me miró por el espejito retrovisor.

—¿Pasa algo? —le pregunté al que daba órdenes. Ni me ojeó, parecía escapado de un policial

negro, quizá de ahí copiaba esa actitud. Comprendí que no debía preguntar más.

—Dale más rápido Negro, metele pata, dale.

El tal Negro apretó el acelerador haciendo chirrear las ruedas y dobló en la primera esquina, le vi una mueca de placer, parecía que disfrutaba de la situación, cuando frenó, también lo hizo con brusquedad y los tipos abrieron las puertas a la vez como si tuviesen todo sincronizado. El que no había hablado me tomó del brazo y me arrastró hacia afuera.

—Vamos —me dijo.

El que daba órdenes entró primero. Había otro tipo en la puerta que lo saludó, yo iba detrás de él, atrás venía el otro, y un poco más retrasado el chofer, que venía silbando "Mi dolor". El tipo se detuvo y me hizo una señal para que entre a un cuarto que sólo tenía tres sillas y un lamparita pelada. — Siéntese ahí —dijo indicándome una silla.

—Gracias —respondí estúpidamente.

Cerraron la puerta sin llave y escuché los pasos alejándose, me quedé quieto, mirando hacia adelante, de a poco me fui relajando y comencé a estudiar la habitación, clavé los ojos en el techo, después recorrí las paredes. Todo era igual. ¿Qué querrían estos tipos de mí? Miré el piso que estaba inundado de colillas, saqué el atado de particulares y me puse uno en los labios, pensé en pararme pero la orden había sido "siéntese ahí".

Los cigarrillos transcurrían y la ansiedad comenzó a alterarme los nervios, me hacía transpirar, más de una vez escuché pasos y me acomodé en la silla pero los pasos seguían de largo. Con el último cigarrillo comencé a impacientarme por el horario, me di cuenta que tenía sed, demasiada sed, también ganas de fumar, pensé en asomarme, pedir un vaso de agua, ¿qué hora sería? Me paré y sentí las nalgas dormidas, me recosté en la pared con las manos en la cintura, después hice algunos movimientos y me olí el sobaco, terrible, caminé hasta la puerta, pensé abrirla, traté de escuchar algo, me agaché para mirar por la cerradura pero no se veía nada, ¿se habrían olvidado de mí? No me atrevía a abrir la puerta, caminé hasta el rincón opuesto del cuarto buscando en el piso algo con que entretenerme, comencé a caminar en círculos, al principio conté las vueltas, después perdí la cuenta y traté de pensar en cualquier otra cosa, recordé a Susana, forcé mi imaginación para atraer su imagen, pero aun así me llegaba lejana, aparecía y desaparecía y era como recordar un sueño al despertar, algo borroso y que termina por esfumarse rápidamente, igual persistí con ella, era lo más fuerte que tenía para sostenerme. A medida que volví a tranquilizarme, conseguí fijar su imagen, ahora la veía parada, el baño de mi casa era el paisaje de fondo, yo la espiaba desde la cerradura y ella lo sabía, era un juego con un destino claro, lentamente, muy lentamente comenzaba a desvestirse. Regresé a la habitación y la luz pelada de la lámpara me recibió, qué había hecho pensé otra vez, rehuía a creer en algo grave, volví otra vez a mis pensamientos y ya estaba desnuda pero ahora era una figura fría, demasiado ilusoria, caminó hacia la ducha y se inclinó como para probar el agua, me ofreció aquella insinuación de cuando las había invitado a cenar, pero esta vez sin ropa, así se quedó hasta agotar mi imaginación, después giró y me ofreció su cuerpo mirando hacia la cerradura, entonces me invitó a pasar con un gesto, estaba sudado, la puerta se abrió violentamente.

—Siéntese ahí. —El tipo agarró otra silla y el otro se apoyó en la puerta.

—Ahora vamos a hablar y usted nos va a contar algunas cositas. ¿Me entiende?

—Sí.

—Sí señor.

—Sí señor —repetí.

—Muy bien, ahora me gusta más —acotó mirando al que se había parado detrás de mí.

—¿Conoce a Cardozo?

—Sí señor.

—¿Sabe dónde se encuentra ahora?

—No señor —contesté. Me miró a los ojos y procuré sostener la mirada sin faltarle el respeto, después agregué—, le juro que no sé dónde está.

—No jure que yo no soy Cristo para que me ande jurando —¿Y Horacio Guerrero tampoco sabe adónde está?

—La última vez que lo vi fue cuando lo acompañé hasta la casa.

—¿Por qué lo acompañó?

—El me lo pidió.

—¿Qué le dijo, le contó algo ese día?

—Me dijo que venía de lo de Cardozo, que su esposa le había dicho que se había ido temprano, pero que no sabía adónde. Me repitió varias veces que estaba asustado, que tenía mucho miedo. El tipo ahora se sonreía triunfal y miraba al otro. Puse cara de agotado y cerré los ojos, pensé en toda esa gente que afuera no sabía nada de esto, creí que lo estaba convenciendo.

—¿A quién más conoció en el sindicato?

—A Acuña y a un par de delegados que no recuerdo su nombre, yo sólo iba porque conocí a Horacio en la escuela.

—MIENTE..., usted también viajó a Buenos Aires.

—Porque nos llevaron, averigüen en el colegio, yo no quería ir, pregúntele a la directora o a cualquiera que haya estado ese día —me defendí.

—Está bien.

—¿Puedo irme ahora?

—No —dijo parándose sin mirarme.

No me atreví a preguntar nada, abrió la puerta y les dijo algo a los demás pero no pude oír. Cerraron la puerta y escuché los pasos alejándose, sentí una desesperación como jamás había experimentado y quise llorar, pero no pude.

## (II)

No podía desprenderme de la idea de que me habían traicionado. Sentí crecer dentro del cuerpo una fuerza genuina que me hacía sacudirme y hablar solo. Cuando el odio y la bronca me golpeaban, me producían alteraciones que se manifestaban en mi cara, en mis gestos apretados y en las manos. Si bien sabía que la soledad era parte de la condición humana, intentaba combatirla por todos los medios, sin embargo hoy, ahí, encerrado, desesperado y asustado como estaba, comprendía que el hombre está siempre solo, veía que había perdido todas las batallas y debería aceptarlo, que estaba detenido y aislado. De a poco me fui encerrando en mis perturbaciones, entonces el miedo me fue devorando como un cáncer, destruyéndome. Pasaba de la euforia a la apatía con sólo escuchar pasos en el pasillo. Otra vez la sombra de mi padre reverdeció y ese pedazo de culpa comenzaba a perforarme y mi estabilidad comenzaba a hacer agua por todos lados.

Nada fue tan trabajoso como soportar la presión de los dos Alejandro, quienes se disputaban, palmo a palmo, en mi interior, los últimos cartuchos de cordura que me iban quedando. Me fracturaba ante la adversidad, reconocía que era culpable de mi situación y lo peor, sabía cómo podía remediarlo, si me quebraba hablaría, pero no quería usar aquel remedio, no quería usar ese nombre que me abriría la puerta. Qué sucedería después, con que orgullo saldría a caminar, con

cuanta impunidad miraría a la gente y a mí mismo. Me propuse aceptar lo que el destino me reparase y cerré los ojos como para conquistar un territorio que no existía en ningún lado y refugiarme allí.

## CAPÍTULO XVIII

Con la cabeza entre las manos busqué tranquilizarme. Encogí las piernas y respiré lo más profundo que pude. Sabía que sólo me quedaba esperar, me había metido en un lío gratuitamente y ya no dependía de lo que yo supiese para poder salir. Pensé en lo estúpido que había sido en involucrarme con esta gente, ¿por qué no había escuchado a Clara? Ahora estaría tomando café en casa o caminando por ahí, también comprendí el temor de Horacio, comencé a dudar sobre el futuro, no sé porqué me llegaban imágenes de una película de Abbot y Costello: una en la que el gordo quedaba atrapado entre la pared. Escupí el piso, tenía ganas de gritar, de putear, me salió un gruñido histérico, ahogado, quería llorar, pero tampoco podía, me paré y procuré pensar algo, algún dato, un nombre, un lugar, algo que me abriera la puerta de esta incertidumbre, ¡Romero! Romero había dicho Cardozo, "hablá con Romero que él te va a ubicar" eso le había dicho a Horacio, pero no podía decirlo, era una traición; no había caso, eso no era lo que quería.

Empecé a tener sueño, necesitaba un cigarrillo, no podían tenerme ahí, sin comida, sin agua, sin baño. Caminé decidido hacia la puerta y me detuve antes de abrirla, imaginé alguna situación con el que estuviese de guardia, si es que había alguien, escuché pasos y me senté en la silla, el mono de bigotes abrió la puerta y entró, después la cerró de un empujón, recordé fugazmente un cuento, creo que de Hemingway, el tipo me miró, puso cara de estar cumpliendo algo irreversible y se me acercó. —¿Quiere un cigarrillo? —dijo despreocupado.

—Gracias —respondí en voz baja.

Metió la mano en el bolsillo del saco y me alcanzó un atado de Imparciales, se sentó en la silla, estiró las piernas y me estudió un rato; tenía un gesto apenado. Le devolví el atado y se sacó un cigarrillo, me paré y se lo encendí, con la primer bocanada alzó los párpados y me miró, tiró el humo hacia abajo, se paró y abrió la puerta, después regresó a la silla y la hizo girar para sentarse a caballo.

—¿Qué hora es? —le pregunté.

Me miró y se sonrió. Después ojeó el reloj—. Las dos y cuarto. ¿Tiene alguna cita?

—Sí, pero se me hizo tarde.

Se rió no muy convencido, negó con la cabeza y se puso serio.

—¿Para qué se metió en esto?

—¿En qué? —le dije.

—Vamos, conmigo no se haga el boludo. Me va a decir que no sabía que Cardozo y Guerrero andaban en la joda.

—Para mí ellos eran peronistas, es lo único que sé.

—Déjese de joder..., peronistas —dijo varias veces riéndose.

—¿Qué van a hacer conmigo? —pregunté aprovechando el diálogo.

Me miraba como si mi vida estuviera en sus manos y de su decisión dependiese todo. Dejó pasar unos segundos. —No sé, usted es un perejil., en una de esas si da algunos nombres más o algo que

haya escuchado le dan las gracias y lo mandan para su casita. Eso depende de usted.

—Pero no sé más de lo que dije.

—Entonces tendremos que esperar órdenes —dijo abriendo las manos y alzando las cejas.

—¿De quién? —pregunté.

Hizo un gesto de no saber y con el pulgar señaló hacia arriba sonriendo. Se quedó mirándome, esperando que diga algo más, pero no tenía idea de cómo sostener la charla, entonces dijo nuevamente:

—Que boludos que son..., comunismo... ¿por qué no dejarán eso para los chinos?..., Que boludos, hacerse matar al pedo.

Lo miré, aún sin saber qué decir. El bigotudo ponía cara de dolor de muelas, parecía un rasgo habitual, un tipo muy expresivo, hubiese sido buen actor. Después siguió diciendo cosas.

—Me da bronca le juro, por los pibes más que nada..., pobres pendejos..., los engrupen con el cuento del socialismo, les muestran una foto del Che y después los dejan pegados..., pobres pendejos, estos no tienen compasión.

—¿Usted mató a muchos?

—¿Yo? —Se rió sin ganas—, no, sólo estuve en algunas cosas de éstas, nada más. Pedí ser chofer y hago algunos laburitos extras para ganarme algunos mangos.

—¿Puedo ir al baño?

—¿A mear?

—Sí —respondí.

—Vaya al patio de atrás, mee por ahí.

Salí y no quise mirar para afuera, el aire del pasillo me permitió respirar mejor y caminé distendido, fui hasta un arbolito y me apoyé, miré el cielo repleto de estrellas, no faltaba ninguna, tenía ganas de fumar., me quedé pensando que Romero podría ser el ábrete sésamo para mi libertad, me di vueltas y busqué una canilla, había una cerca de la puerta, estaba a la altura de mi rodilla, caminé despacio y me incliné, dejé correr el agua por la cara y por el pecho, me abrí la camisa y me mojé debajo de los brazos. Cuando giré la cabeza para beber, lo vi al bigotudo que me miraba con mucha lástima.

—Perdón, me entretuve mirando el cielo —dije.

—Está bien. Quedémonos acá que está fresquito.

Me paré y me sequé la cara con la manga de la camisa. Me quedé mirando el paredón del fondo. El bigotudo se habrá pensado que quise rajarme, o tal vez no, había dicho que yo era un perejil. Eso me alegraba, más, procuraría mantenerme en ese papel.

—¿Me convida otro cigarrillo?

—Se va a morir de cáncer —dijo metiendo la mano en el bolsillo.

—Eso espero.

Se rió y me alcanzó el atado sin mirarme, saqué uno, lo encendí y le regresé el atado, miró para ver cuántos le quedaban y lo guardó. Lo miraba con ganas de seguir conversando pero no sabía qué decir, el tipo caminó hasta el paredón, se paró contra un árbol y se desabrochó la bragueta, apoyó una mano en la cintura, la otra en una rama de un árbol y le vi el arma que asomaba de su cintura. ¿Tendría la orden de matarme? Si hubiese tenido que liquidarme no me trataría así, ya lo hubiese hecho. Regresó mirando hacia arriba.

—Linda noche para dormir entre piernas, eh —dijo—. Una negrita, bien tetona, que lindo, eh.

Me reí para complacerlo, él me miró acariciándose los bigotes varias veces seguidos, como si pensase algo, después se rió fuerte, me miró otra vez.

—Pasarle la lengüita por acá —dijo pasándose el dedo por el medio del pecho y sacando la punta

de la lengua.

—...

—Qué lindo —volvió a decir—, y nosotros acá, como dos pelotudos perdiendo el tiempo.

Nos quedamos charlando sin reparar en la hora, me contó porqué se había separado de su mujer y que a sus hijos sólo los podía ver una vez cada tanto. Que vivía en Buenos Aires, vivía solo y había sido bombero de la policía. Me contó algunas anécdotas bastante grotescas, pero no parecía disfrutar de lo que contaba. Por último, entristeciéndose, casi llorando, contó cuando tuvo que retirar un coche que había atropellado un tren, una mujer y dos criaturas de las edades de sus hijos, todos destrozados, fue la gota que rebalsó el vaso y ahí largó todo a la mierda, desde aquel día vivía de changas.

—¿Usted de qué trabaja? —preguntó.

—Soy profesor de historia —le respondí mirando como el cielo comenzaba a iluminarse por detrás del paredón.

—¿De historia? ¿Claro, un zurdito? —dijo riéndose a carcajadas—, y todavía no aprendió que con los pesados no se jode en la Argentina.

—Ya le dije que no me metí con nadie.

—Ya sé, ya sé, era una joda hombre, era una joda nada más. — Después volvió a mirarme y puso otra vez cara de dolor de muelas—. No me gustaría que lo maten.

—Le aseguro que a mí menos.

Se sonrió otra vez y con un golpecito de cabeza me indicó que íbamos para adentro. —Vamos, ya deben estar por llegar.

Entramos en silencio, cada cual ocupó nuevamente su rol. Me senté en la misma silla y él enfrente. quizá en otra circunstancia hubiéramos sido amigos. No volvimos a conversar. Media hora después se había quedado dormido. Cuando escuché ruidos de coches lo toqué. Se paró de un salto, abrió la puerta y se asomó, me miró esforzándose por abrir bien los ojos y me dio las gracias. Se escucharon los pasos y entró primero el que me había interrogado ayer, me miró primero a mí y después a él, dijo:

—¿Durmió?

El bigotudo negó con la cabeza entonces el tipo volvió a mirarme. Puse cara de perejil. Se sentó en la silla enfrente de mí y comenzó nuevamente.

—¿Y, recordó algo durante la noche?

—No, señor.

Se me abalanzó y me tomó por la barbilla obligándome a mirarlo a los ojos, su aliento ácido me revolvió el estómago, yo alejé la mirada hacia el bigotudo que miraba para otro lado.

—¿Sabe qué puedo hacer con usted? ¿Tiene idea?

Bajé la vista implorando y me soltó sin dejar de mirarme.

—¿Conoce a Romero?

—De nombre nada más.

—¿Sabe dónde está?

—No, si no lo vi nunca.

Se quedó mirándome un instante, luego se paró y salió, detrás de él salieron los demás y cerraron la puerta, escuché que hablaban. Tenía ganas de vomitar y no podía, intenté llorar otra vez y tampoco pude. Escuché pasos que se alejaron y algunas risas, la puerta se volvió a abrir y el bigotudo entró, me guiñó un ojo sonriendo y me dijo—. Párese.

Me paré, el negro grandote estiró un trapo y pasó detrás mío, lo seguí con la vista hasta que lo perdí, después miré al bigotudo, pero el trapo me cayó sobre los ojos y me lo ataron con fuerza,

intenté poner cara de dolor o eso quise hacer entender, el bigotudo me lo acomodó de adelante.  
—Tuviste suerte perejil, parece que el jefe durmió bien anoche —me dijo al oído.  
Yo, mudo, me dejé arrastrar hasta la calle, me subieron al coche con esa brusquedad innecesaria e incomprensible que los movilizaba esa forma de vida, los dejé hacer, caí de costado y el otro me ayudó a enderezarme con la misma suavidad que su compañero, uno de los que estaba junto a mí movió el cuerpo hacia adelante y dijo:  
—Agarrá para allá.  
El coche giró hacia la derecha y aceleró.  
—Che, alemán, hiciste profunda la fosa.  
—No, que la cave él —dijo riéndose.  
—Vos che. —Me golpeó en el brazo—, ¿me imagino que sabés manejar la pala, no?  
Percibía el silencio de risas contenidas y procuré por todos los medios concentrarme y forzar la imaginación para palpar sus caras, necesitaba saber si me estaban jodiendo o hablaban en serio, el bigotudo me había dado a entender que me había salvado.  
—A vos te decimos, huevón —gritó el de la derecha y me apretó los testículos.  
Salté y con las manos intentaba retenerle el brazo, pero siempre callado, sentí las primeras lágrimas chocando contra la tela.  
—¿Acá está bien? —Por primera vez escuché la voz del bigotudo que había disminuido la velocidad.  
—Seguí un poco más, che, ni que vos pagaras la nafta.  
Anduvimos tranquilos un tramo, como si se hubiesen olvidado de mí. —Guarda, un coche — escuché otra vez la voz del bigotudo. —Agachate —me dijeron y me tiraron sobre el tipo de la derecha. —A ver si te la muerde —dijo el otro.  
—Que va a morder. Con el cagazo que tiene, estos bolches cagones. —Dale, levantate. —Me empujaron para que me sentara.  
Hubo unos segundos de silencio y el que más hablaba se echó otra vez hacia adelante y dijo—. Doblá allá.  
El coche giró y comenzó a bandearse para todos lados, anduvimos un trecho corto y se detuvo. Sólo deseaba que acabase todo de una vez, como sea pero que se termine, abrieron todas las puertas a la vez y el que no hablaba mucho me sacó de un brazo.  
—Bajate, dale, bajate rápido que hoy tenemos mucho laburo.  
Me sacaron el trapo y me costó habituarme a la luz, el bigotudo estaba frente a mí y me miraba sonriendo. Los otros dos se habían alejado un poco para mear, el bigotudo me dijo en voz baja. Quedate tranquilo, no pasa nada, te van a largar.  
—Bueno. ¿Quién hace el pozo? —gritó el bocón y se me vino caminando con la cuarenticinco en la mano. Cuando estaba a medio metro me la apoyó en la ingle y comenzó a disfrutar.  
—¿Qué preferís, que te liquide o que te vuele las bolas?  
—Guardá la matraca y vamos —dijo el bigotudo.  
Lo miró fijo y después se rió, miró al otro que tenía cara de aburrido y lo esperaba sentado en el capó del coche, entonces giró la cabeza hacia mí.  
—Esta vez te salvaste. Agradecele a la vieja, a la directora. Ésa te salvó —me dijo poniéndose serio. Después lo miró al bigotudo.  
—Vamos, hay que laburar —y se subió al coche, el bigotudo me tiró una guiñada de ojo y se fueron.

## CAPÍTULO XIX



Rodeé el coihue que desde varios años atrás se había ido transformando en el símbolo de la plaza. Dudé si regresar a casa o ir hasta lo de Raúl. Caminé de espaldas mirando hacia arriba hasta alcanzar la cima del árbol y allí estaba el cielo rojizo. Así eran los amaneceres fríos, rojos brillantes, metálicos. Por primera vez presagí el final.

Golpeé tres veces la puerta y aguardé unos segundos en silencio, no escuché pasos ni voces, pensé dar media vuelta y mandarme a mudar. No sabía si hacía bien en insistir pero lo sentía como un hermano y eso me movilizaba a actuar.

Repetí los tres golpes ahora un poco más fuerte y escuché ruidos de chancletas que se aproximaban. La puerta se abrió de par en par y apareció la figura avejentada de Leonor que se apresuró a acomodarse el cabello y el delantal.

—Alejandro, qué sorpresa, Raúl no me dijo nada...

—No se preocupe Leonor, él no sabía nada —dije.

—Pase, pase, está en el baño, ahora lo llamo.

—Déjelo, déjelo, lo espero.

Miré alejarse a Leonor que rengueaba levemente apoyándose sobre

una pierna, no sé porqué sentí pena. Sería su aspecto empobrecido, la terrible historia que arrastraba.

—¿Toma un tecito? —ofreció.

—Bueno, gracias.

—Ya viene Raúl. Se está cambiando.

—Está bien Leonor.

Su humildad no le permitía tutearme. En realidad no tuteaba a nadie, ni siquiera al Negro. Siempre que la escuchaba me hacía acordar a una mujer del barrio donde me había criado, una polaca que trataba de usted hasta a sus propios hijos, pero aquello era distinto, era por costumbre, era respeto en el mejor de los casos. Lo de Leonor sin embargo era sumisión, como una enfermedad que la hacía sentirse inferior a todos.

—Buen día profesor, que raro usted por acá.

—Hola—saludé.

—¿Pasa algo?

—No, como no viniste ayer.

—Me sentía mal.

Sabía que era una excusa, un pretexto ingenuo, pero no lo comprendía. Él quería que notara que era una mentira y por eso me quedé callado aceptándolo. Raúl dio unas vueltas y fue hacia la ventana que estaba cerrada. Quiso abrirla pero no pudo entonces encendió la luz. Yo miraba hacia el piso, vi su sombra acercándose hasta que se detuvo justo debajo de la lámpara.

—Ayer vino Clara —me contó.

—Ah, sí, ¿qué quería?

—Vino a pedirme que le consiga algún trabajo a usted por allá.

—No le haga caso, chochea, decile que no hay nada y listo.

Leonor entró con la bandeja y la apoyó sobre la mesa, después retiró los papeles de Raúl y los colocó sobre un escritorio. Volví a mirar a Raúl, que se había alejado y la luz le daba de lleno en la cara.

—Hoy es jueves —me dijo.

—¿Y...?

—Hoy viene el Negro.

—Cierto. Decile que pase a la noche, si no te sentís mal, claro — sugerí.

—Acérquense a tomar el té que ya está servido.

—Gracias Leonor —dije sin mirarla.

Raúl me dejó la silla corrida hacia atrás y rodeó la mesa, cuando se sentó me miró sonriendo y los ojos se le achinaron—. Es que Clara me puso de mal humor ayer —dijo.

—Está bien, yo no vine a ponerte amonestaciones, me había preocupado solamente.

Raúl volvió a reírse y nos reímos juntos. Después me contó algunas cosas que Susana le decía a su madre con respecto a mí. Susana siempre venía a charlar con Leonor que a pesar de la diferencia de edad y de condición era la persona justa para escuchar sus inquietudes sin temor a ser difundidas. Acordamos una hora para encontrarnos en casa con el Negro y lo dejé a Raúl levantando las tazas.

Regresé más tranquilo, en un momento pensé en pasar por lo de Clara pero me resistí y fui a dar un paseo por el pueblo, o como decía Clara: por lo que iba quedando de él. El sol ya había comenzado a escalar por el este, pero sólo atenuaba al viento frío que descendía de la cordillera. Estos primeros fríos eran los que más se sentían, luego uno se acostumbraba. Iba a ser un invierno triste. Recordé a mis padres, otra derrota más.

## CAPÍTULO XX

La primavera llegó en silencio, todo aquí llegaba en silencio, el devenir era sólo un conflicto con la naturaleza y nosotros apenas muñecos acompañados al ritmo de sus caprichos. Los árboles renovaron su indumentaria, los jóvenes siguiendo ese instinto genético, coparon con sus gritos la plaza, las esquinas del colegio y la confitería "MARABUNTA". El único que no parecía haber advertido su llegada fui yo. La tristeza había dejado pasar de largo otro año con tantas expectativas y lo único saludable eran las cenas de los sábados en la casa de Clara, a pesar de algunos silencios que ocultaban remordimientos. Ya una vez, no hace mucho, después del golpe, le pregunté a Clara por Horacio, y sin mirarme me respondió que estaría trabajando en Buenos Aires y no se volvió a hablar más de ese tema. Todos sin embargo sabíamos que mentía y ella sabía también lo que yo pensaba.

Con el final de las clases auestas y con Susana como única meta, esperaba que acabase el secundario para poder hablarle cómodamente. Era evidente que estábamos enamorados o al menos que existía un interés.

Hoy era un domingo en todo su esplendor, tedioso, melancólico, tibio, era una de esas tardes inexpresivas que más vale escaparle.

Cuando golpearon la puerta pensé que eso también era parte del paisaje, un sonido más de ese enjambre de ruidos que llegaban desde la plaza, me levanté y fui a abrirla.

—Buenas tardes profesor.

—Hola, como te va ...pasá, pasá...

—Disculpe si lo molesté, es que tenía unos libros y pensé que tal vez le gustaría, qué sé yo, como sé que le gusta leer...

—Claro, pasá, no te quedes ahí, pasá Raúl.

—Permiso —dijo y pasó con la cabeza agachada. —Sentate, ¿querés tomar algo? —ofrecí.  
—No, gracias, está bien..  
—¿No te gusta el mate?  
—Sí que me gusta, pero no se moleste.  
—No me molesto, yo igual pensaba tomar, acompañame.

Dos horas después hablábamos del colegio, de historia, me había traído algunos libros interesantes para un chico de diecisiete años. Le reproché el de Kafka, no me parecía buena época para andar paseándolo por la calle, también me traía algo de Artaud, una de Miller, y otra novela de un yugoslavo, un desconocido para mí, Mihailovik, la novela se llamaba "Buenas noches Fred"

—Me gustaría ser escritor —dijo de golpe.

Lo miré a los ojos, hablaba en serio, estaba buscando apoyo, tal vez antes lo ayudaría Horacio y ahora se habría quedado sin su apuntalador.

—¿Escribís mucho?  
—Algo —dijo, le noté la ansiedad por seguir hablando de ese tema.  
—¿Pensás seguir estudiando?  
—No sé, depende.  
—Tendrías que viajar a Buenos Aires.  
—O a Neuquén —se apuró a decir.  
—Claro. ¿Y tus padres qué dicen?  
—No tengo padre, y a mi madre le da lo mismo, ella no comprende nada. ¿Usted qué piensa?  
Sin duda buscaba un apoyo, alguien que le dijese que estaba bien, que siguiese con eso, que de nada valía hacer lo que uno no deseaba, lo miré y entonces encontré sus ojos oscuros que brillaban intensamente y que parecían a punto de llorar. Le dije que era una maravillosa profesión para morirse de hambre.  
Se rió, pero quedó ensimismado con mi respuesta, feliz, como si por fin alguien lo comprendiera, miró toda la casa, buscaba algo para decir.  
—No lo hago para hacerme rico, sólo quiero escribir.  
—Me parece bien —le volví a decir y le pedí el mate. Me lo alcanzó, agarró nuevamente los libros y dijo—, ¿los leyó?  
—El Proceso únicamente.  
—Qué mounstro Kafka, eh —dijo y se quedó callado un rato largo, le alcancé otro mate y se lo quedó en la mano sin tomarlo, se paró y caminó un poco, fue hasta la ventana, yo lo observaba extrañado, lo vi mirando la estación, tuve una vaga imagen de cuando me fui de Buenos Aires, después miró la plaza y volvió a decir—, vinda vista tiene desde acá.  
—Ajá..., terminaste el mate.  
—No —dijo, dio algunas vueltas más y como tirándose de un trampolín, giró, me enfrentó y me preguntó por Horacio. Por un momento procuré esconder mi incertidumbre, hice un gesto de "qué sé yo" y le dije que estaría en Buenos Aires trabajando.  
—Como era amigo suyo, pensé que sabría algo.  
No lo miré, le repetí lo mismo que me dijo Clara—, se fue a trabajar a Buenos Aires.  
—Sí. Mucha gente se fue para Buenos Aires estos años.  
—Es verdad, yo casi me voy también.  
—¿Y por qué no se fue?  
—Clara hizo que me quede.

Se sonrió y me alcanzó el mate. Por la ventana los últimos rayos se iban extinguendo. Estaba por preguntarle algo cuando escuchamos dos golpes en la puerta. Raúl miró otra vez por la ventana. Yo le eché una ojeada al libro de Kafka sobre la mesa y le puse otro arriba, abrí la puerta. Era Susana.

—Hola —saludó.

—Qué sorpresa, pasá.

—Permiso..., me mandó mamá para que lo invite a cenar a casa. Va a venir el Padre Ignacio también.

Susana vio a Raúl y se sonrió nuevamente.

—¿Qué hacés vos por acá?

—Pasé a mostrarle unos libros al profesor, ya me iba —se disculpó. —Vení a cenar a casa.

—No, no, ya me voy. Mi vieja me debe estar esperando con la comida.

Raúl me dio la mano, le dio un beso a Susana, dijo que otro día pasaría a traerme más libros y se fue. Saltó la puertita de la calle y caminó hacia la plaza, lo miramos hasta que se transformó en una silueta dirigido hacia los pequeños despojos de sol que quedaban detrás de los árboles.

## CAPÍTULO XXI

Me senté en la plaza a esperar la noche. Tomé una piedra y como un adolescente comencé a escribir la fecha en el banco. Uno siempre espera dejar algo para la posteridad, una muestra para quienes nos suceden, un recuerdo para saber que alguna vez fuimos diferentes.

Raúl y el Negro, obligadamente, deberían pasar por allí y los vería. La piedra se quebró antes de terminar de poner la fecha y la arrojé contra un árbol, quise limpiar lo que había escrito con el brazo pero sólo logré borrarlo más. Sabía que entre las ocho y ocho y media pasaría el tren y deseé que ellos no llegasen hasta que pasara, quería verlo. Ahora había empezado a soplar el viento, pero con una campera todavía se toleraba bien. Cuando vi a lo lejos la luz del tren, me paré y caminé hacia la estación, el cartel partido en dos, pendía de los tirantes y el viento los hamacaba. El tren pasó sin detenerse, lo miré desde la escalerita que había pisado por primera vez el día que llegué. Las luces de los vagones me permitieron ver unas pocas caras sin expresión. La resaca del sonido quedó flotando en el aire un instante y fue acallándose junto con el temblor de la tierra, dejando otra vez el sonido del viento. Ya había empezado a descender la temperatura, entonces decidí volver a casa a tomar algo caliente.

Reconocí los pasos y fui a abrir la puerta. Llegué junto con el primer golpe, lo vi a Raúl solamente y me asomé para buscar al Negro.

—El Negro se quedó en Buenos Aires, si eso es lo que busca —me dijo poniendo cara de mala noticia.

—¿Qué está cargando, el Titanic?

—Consiguió un laburo allá, no sé, no me explicaron muy bien los viejos.

—Miralo vos al Negro.

—Ahora sí chau tortafritas. —Intenté una sonrisa pero ni la mueca me salió, cebé un mate en silencio y se lo alcancé a Raúl que me miraba fijo, sentía pena por mí y se le reflejaba en su mirada, era inútil huirle a esa mirada. Hubiese sido muy buen escritor si se lo hubiese propuesto en serio, pero era lógico que este pueblo no podía proyectar más que fracasos.

—A propósito, terminé el cuento. Lo tengo acá —me dijo señalando el bolsillo de la campera—,

¿quiere leerlo?

—A ver, dame.

—No lo lea ahora, déjelo para después —pidió.

—Quiero verlo nada más.

Raúl sacó un puñado de hojas de la campera y me las alcanzó, leí el título: "El ave que nunca emigró" lo leería hoy mismo. Lo puse sobre la mesita y lo miré a Raúl.

—Me lo quedo.

—¿Le gustó el título?

—Sugestivo —contesté.

—¿Va a leerlo hoy? —preguntó.

—Quizás —le dije riendo.

Le di otro mate y fui a calentar más agua. Cuando regresé Raúl me miraba de una forma inusual, como cuando me preguntó por Horacio muchos años atrás.

—¿Pasa algo Raúl?

—No.

—¿Y por qué me mirás con esa cara? —le pregunté.

—Me gustaría preguntarle una cosa —me dijo mientras se acomodaba el pantalón por encima de la bota.

—Y dale, preguntá.

—Nunca me contó que pasó aquella vez que se encontró con Susana, antes que ella se vaya.

—No me pareció nada interesante, hablamos nada más —expliqué. —¿Pero de qué hablaron?

Digo, si se puede saber.

Escuchamos el silbato del tren y Raúl miró la hora.

—¿Las dos? —le pregunté.

—Las dos y diez —y me devolvió el mate.

Me quedé pensando que habíamos hablado con Susana, como si necesitara hacer un esfuerzo para recordar.

—¿Y?

—Nada importante, ¿qué querés que te diga? —le contesté poniéndome el mate en la boca y sin volver a mirarlo.

## CAPÍTULO XXII

(I)

Clara me entregó el diploma y me aproximé al micrófono desenrollándolo. Lo examiné un instante, alcé la vista y llamé—. Susana Prieto.

Todos aplaudieron. Susana se paró y saludó a su hermana, a Raúl y a la madre que estaban sentados en la misma mesa, caminó sonriendo y saludando a todo el mundo hasta llegar al pasillo formado por las hileras de mesas donde se hallaban sentados los profesores, de ahí en más no quitó sus ojos de los míos, me acerqué para ayudarla a subir los escalones y la solté cuando ya estaba sobre el escenario, escuchaba algunos silbidos y risas, nos detuvimos frente al micrófono y aguardamos sonrientes que algunos grupos de chicos dejaran de cantar, un coro pidiendo silencio partió de las mesas próximas al escenario y cuando aplacaron todas las voces, la miré a Susana que se reía mirando a los compañeros que le hacían gestos. Cuando me miró puse cara paternal y le dije—. Espero que esta hermosa etapa que finaliza, sea el comienzo de otra mucho más

próspera. Sé que nunca olvidarás todos los momentos que pasaste aquí, y cuando te sientas triste, los recuerdes y nos recuerdes a todos los que de alguna forma compartimos estos maravillosos años..., y que nos recuerdes bien, y que de aquí en más, todo lo que emprendas sea para tu felicidad.

Le di el diploma y un beso, se escuchó un griterío y muchos aplausos. La acompañé hasta la escalerita donde la esperaba el padre de otra compañera y regresé por atrás del escenario a sentarme a mi mesa. Miré a Clara que lloraba emocionada, los ojos le brillaban, era demasiado irreal, como ver llover con sol, y la saludé con un beso, le dije cariñosamente que guarde algunas lágrimas para cuando sus hijas se casen y me fui. Al sentarme la profesora de castellano me felicitó.

—Fue hermoso..., me emocionó lo que dijo.

—Gracias. Fue lo mismo que me dijeron cuando terminé la secundaria.

Había bailado con las profesoras, con Clara, con Susana, con otras alumnas. Estaba bailando con una alumna de cuarto año que me decía que también me iba a elegir para que le entregue el diploma, cuando vino a buscarme la hermana de Susana.

—Dice mi mamá que venga a sacarse una foto.

Pedí permiso y seguí a Claudia que corría entre los que estaban bailando, desde el jardín, Susana me saludaba con las dos manos, también estaba Raúl, Clara y la profesora de castellano. Clara se me acercó y me preguntó por dónde andaba.

—Bailando —le dije—, ¿puedo?

—Póngase ahí que le vamos a sacar una foto a Susana con todos ustedes.

El grupo comenzó a reunirse alrededor de ella, yo me acerqué por atrás y Susana me tomó del brazo colocándome a su lado, después apoyó la cabeza en mi hombro y me quedé inmóvil.

—Júntense más —gritó Clara y Susana me tomó más fuerte. Después del flash todos comenzaron a abrirse y Susana sin soltarme me invitó a bailar.

Habremos bailado unas dos horas hablándonos a los gritos por encima de la música, la fiesta me había excitado, parecía borracho, todos nos miraban y eso me gustaba. Cuando vi avanzar a Clara hacia nosotros temí que venga a decirnos que se tenían que ir.

—Me voy —dijo Clara—, tu hermana se duerme en la silla.

—¿Me puedo quedar, má?

—Alejandro, ¿vos la acompañás?

—Sí, quédese tranquila, yo la acompaño —prometí.

—Bueno, escuchaste Susana. Te volvés con Alejandro.

—Sí. Vos acostate, no me esperes despierta.

—No te preocupes por mí. Gracias Alejandro.

—Gracias Clara —le respondí.

## (II)

Esa noche y muchas más, no pude dormir. La sensación de haber dejado pasar otra oportunidad para definir la relación, de liquidar el juego, me mantenía en ese estado de vigilia permanente. El futuro se me ofrecía a los pies con una hospitalidad extraordinaria, pero esa misma seguridad que en la vigilia me inducía a decidirme, era la misma que al asomar la luz del día, producía la duda inexplicable.

Otro verano me sorprendería en medio de la incertidumbre, mirando desde la ventana crecer los días como los yuyos del patio, rigiéndome por alguna ley que me dictaba la indeterminación y que

lentamente me hacía agonizar. Sin embargo este verano florecería de otro modo, algunas heridas comenzarían a desaparecer y comprobaría que no todo dependía de mis dictámenes, que la providencia traería más agua para mi manantial y que las posibilidades prosperarían a medida que el verano avanzase.

De todas maneras no estaba decidido a dejarme ganar por la pereza. Intentaría algún modo de generar ocasiones, de permitirle a Susana descifrar sus aspiraciones. Tenía la necesidad de llegar a un punto sin retorno, necesitaba la certeza de un futuro más seguro y Susana no solo era mi sueño, sino que también era la convicción de persistir allí.

## CAPÍTULO XXIII

—Lo único que me dijo era que venía a despedirse a casa porque no quería hacerlo en el andén como con todos los demás, o algo así. Yo le pregunté si se iba a quedar allá y me respondió que no sabía, según como le fuesen las cosas, que por ahora la idea era probar un tiempo y que si conseguía algún trabajo entonces se quedaría.

—Eso ya lo sé —dijo Raúl, pero no se quedó conforme con mi relato—, pero eso sólo no vino a decirle —aseguró después.

—¿Y qué más vino a decirme?

—Cuando venía para acá pasó antes por casa y estuvimos hablando.

—Ah, sí, ¿y qué te dijo? —le pregunté forzando la risa.

—Que quería darle una última oportunidad. Eso me dijo.

Lo miré a Raúl aún riéndome. En realidad no comprendía muy bien porqué le interesaba tanto este tema, llorar sobre la leche derramada.

—¿Y? —dijo sin cambiar su gesto de ofendido.

—Primero dijo lo que te conté recién y después me comentó que podríamos viajar juntos a Buenos Aires. —Lo miré a Raúl a la cara y seguí—, yo no le contesté que no. Lo que sucedió fue que ella debía irse al otro día y ya tenía todo preparado.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Nada. Que no podía ni quería irme así, de un día para el otro. Dejar el colegio, la casa, los amigos, el pueblo, no sé, me dio miedo irme así, repentinamente.

—Pero podría haber quedado en viajar más adelante, no era necesario hacerlo juntos. Susana lo habría entendido. Usted no le dio oportunidad.

—Bueno, qué sé yo, no lo pensé. Ya está, no se puede hacer nada.

—Ayer mi vieja se encontró con Clara en la verdulería y le dijo que viajaría a Buenos Aires. Que iría al casamiento, que al fin y al cabo era su hija.

—Y está bien...

—Y que en una de esas se queda allá.

—Me parece bien. Allá están sus dos hijas.

Raúl metió la mano en la el bolsillo de la campera, sacó un sobre y lo blandió en el aire.

—¿Qué es?

—De Susana.

—¿Te escribió? —pregunté.

Raúl me decía que no con la cabeza

—¿Te invitó al casamiento?

—Me envió esto para usted —explicó.

—A ver...

—No. Me dijo que se lo entregase después del casamiento.

Recogí el brazo simulando respeto por su palabra, sabía que me lo daría, para eso lo había traído.

—Yo se lo voy a dar, pero usted me promete que esto no se lo dice a nadie.

—Dámelo después que ella se case.

Raúl alargó el brazo mirándome a la cara, colocó con cuidado la carta sobre la mesa y dijo—.

Ella me lo dio a mí porque sabía que se lo iba a dar antes.

—¿Querés que caliente agua?

—No. Yo ya me voy. Mañana nos vemos.

—¿A la noche? —pregunté.

—Sí. Mañana a la mañana quiero preparar algunas cosas, así el domingo estoy libre.

Miré el reloj y puse cara de disgusto.

—¿Qué hora es?

—Las seis y media.

—Me voy —anunció Raúl.

Mientras le decía que sí, que habíamos hablado tanto que no nos habíamos dado cuenta de la hora, me acerqué a la ventana. La mañana venía muy fría y ya se notaba una tenue helada que tapaba el pasto y que desaparecería a medida que avanzara la mañana. Desde lejos se oyó el silbato del tren que llegaba.

—Media hora atrasado —dijo Raúl.

Me quedé callado.

## CAPÍTULO XXIV

Los veranos tenían algo de especial para mí. Clara y yo éramos los únicos del colegio que no emigrábamos para esta época, los demás, casi todos, eran de Neuquén, Buenos Aires o Carmen de Patagones y se marchaban antes de las fiestas.

Este verano era diferente. Raúl que me visitaba con mucha más frecuencia y me había tomado como su consejero, me traía sus trabajos para que le diese opiniones. Todos los días menos los domingos eran iguales y hermosos, me levantaba temprano, tomaba mate y me iba a caminar costeando la vía. Al mediodía, me había acostumbrado a comer nada más que algunas frutas y después me dedicaba a leer o a preparar los programas para el próximo año. Alrededor de las cinco de la tarde nos encontrábamos con Clara y sus hijas en la plaza y luego, antes que comenzara a oscurecer, aparecían Raúl y el Negro que regresaban de trabajar de la municipalidad.

Las pocas noticias que llegaban por televisión desde Buenos Aires eran sobre el mundial que se jugaría el año próximo o alguna otra frivolidad. Por la radio y la televisión sonaba incansablemente la misma canción y ese estribillo pegadizo que se me iba adhiriendo y en algunos casos hasta me emocionaba "...hoy la patria te llama pequeño, para hacerla una tierra mejor, sin piratas de rojas banderas y hombres que odian por no tener Dios..."

Hoy la fortuna se había puesto de acuerdo. Raúl me había avisado que no podía venir, no recuerdo bien el motivo, pero cuando en la plaza vi venir a Susana, sola, me alegré que él no viniese. Susana se acercó sonriéndome y me besó, le dije—. ¿Tu vieja?



—Tuvo que viajar a Neuquén. Vuelve mañana.

—¿Y tu hermana? —pregunté por obligación.

—Se fue con ella.

Caminamos hasta las hamacas y nos sentamos, era una buena oportunidad para hablar más tranquilos. Por el parlante del club se escuchaba "Rockcollection", que también ya me tenía podrido.

—¿Te dejó sola?

—Sí, —se rió—. Tengo diecinueve años —me dijo.

—Ya lo sé, digo, qué raro que no te llevó.

—No quise ir, preferí quedarme.

—Me parece bien —contesté.

—Además mañana es tu cumpleaños y quiero ser la primera en darte

un beso.

Me reí y le hice un gesto, como si recién recordara lo de mi cumpleaños. Susana levantó el brazo y saludó a alguien que pasaba detrás de mí. Me di vuelta para ver quién era, dos ex compañeras de Susana y el novio de una de ellas que se iban hacia la estación. Las chicas corrieron a saludarnos y se fueron, fue una actitud llena de frescura, de adolescencia. Cuando se alejaron lo suficiente Susana me tocó el brazo llamándome—. ¿Sabe que Roxana se casa el mes que viene?

—Ah, ¿sí?

—Sí. Con el mismo novio que tiene desde segundo año. —Que fidelidad.

—Que velocidad diría yo. desde segundo año que tiene novio...,

además se dice..., —dejó flotando la frase haciendo un gesto picaresco. —Allá en Buenos Aires eso es muy común.

—No parece —me dijo riéndose, pero no agregó nada más y dejó picando una miradita atrevida.

—Diecinueve años —dije—. Como pasa el tiempo.

—Diecinueve años —repitió—, y cinco que nos conocemos. Nos quedamos mirándonos como si necesitáramos reconocernos, casi

le acaricio el rostro, sólo le corrí un mechón de pelo que le había caído sobre la mejilla. Ella amago a tomarme la mano. Visto de afuera, nadie podría negar que estuviéramos enamorados, lo delataban los movimientos, las miradas, los gestos, parecía que sólo nosotros no nos habíamos enterado.

—¿Por qué nunca regresaste a Buenos Aires? —me preguntó. —¿A qué?

—No sé. Tenés familia, amigos, qué sé yo, alguna chica. —No dejé nada allá..., nada importante.

—¿Tenías novia allá? —dijo con curiosidad.

—Nunca tuve nada serio.

—¿Y tus padres?

—Mis padres son dos tipos muy estrictos —dije entristeciéndome—,

en realidad mi madre no tanto, fue acostumbrándose a ser como él. Jamás me apoyaron en nada de lo que me gustaba hacer.

—¿Y esta fue tu venganza?

—No. ¿Sabés qué fue lo último que le escuché decir a mi padre el día antes de salir para acá?

—¿Qué? —me dijo, tomándose las manos.

—Estábamos cenando y la miró a mi madre, que no comía, nos acompañaba en la mesa, y le dijo que no se haga problema, que en quince días, un mes a lo sumo, me tenía de vuelta.

Susana iba a decir algo, pero la detuve alzando la mano y seguí—. Después me miró y me dijo que yo era un fracasado y un inútil, que nunca lograría nada. Aquel día prometí que no iba a regresar a esa casa si no me venían a buscar.

Cuando miré a Susana tenía los ojos avidriados y las ventanitas de la nariz se le inflaban y desinflaban como si le costase respirar. Le di mi pañuelo y le iba a cambiar de tema pero se adelantó.

—¿Qué tonta soy, no? —preguntó.

—Es normal —dije, le sonó gracioso, comenzamos a reírnos y nos paramos—. Caminemos —propuse.

Nos alejamos de la plaza atravesando la estación hasta la ruta. Dejamos pasar una caravana de camiones del ejército. Los chicos que iban sentados en los camiones nos miraron, los ignoré, tomé a Susana del brazo para cruzar la ruta y pensé en no soltarla. —¿Caminamos para allá? —le pregunté señalando el camino que se borraba entre el verde y el amarillo del sembradío.

—Vamos hasta el molino —dijo acercándose para que no la soltara. Comenzaba a anochecer, el silencio únicamente se quebraba con los ladridos o con algún coche que cada tanto cruzaba la ruta.

## CAPÍTULO XXV

Cuando Raúl se fue, ya no tenía ganas de acostarme. Tomé la carta y fui junto a la ventana. Este sería uno de los inviernos más fríos de los que recordaba, no era natural que marzo se abalanzara con tanto ímpetu. Era muy probable que la nieve llegase pronto y cubriese todo con ese manto de tristeza y agobio tan particular.

Con la frente y la nariz apoyada contra la ventana, miraba a lo lejos, quizás buscando una visión temporal más que espacial, como la única fórmula de alejar la angustia y ese dolor inubicable que sólo se retraía con los buenos recuerdos.

¿Qué solución podría traerme esta carta? Esa era realmente una buena pregunta o una nueva treta para escaparme de la dolorosa realidad, ¿qué podría cambiar en mi destino, el abrirla? Todo lo referido a Susana estaba terminado. ¿Qué podría decirme? "Perdón. Nos equivocamos. Te amo." Todo lo que estaba pensando era realmente ridículo, querer imaginar algo que tenía en la mano y que sólo era necesario abrirlo para saber qué decía. Sin embargo era el juego póstumo, era continuar el carnaval después de haber barrido el papel picado, era el sencillo y absurdo sueño deseado al que me abrazaba desesperadamente.

Afuera, los árboles, soportaban las embestidas del viento. La estación era un paisaje aletargado, como si por allí entrase toda la monotonía del pueblo, era la imagen de un gigante derrotado. Intenté imaginarlo con los ojos cerrados, con una sensación ambigua de felicidad y dolor que se mezclaban indefinidamente. Me refugié en las montañas, imaginarlas, esas que apenas sus cumbres se verían a mis espaldas, pero que, sin embargo, eran tan fáciles de imaginar. Unos triángulos

enormes, encapuchados, y que de a poco se irían cubriendo de manchas blancas desde la base hasta quedar completamente uniformadas. El sol ya que comenzaba a asomar por sobre los árboles, era el único símbolo que demostraba que todo continuaba. Quería pensar algo bueno, pero cercano. Quizás fuese realmente inteligente buscar un trabajo cerca de Raúl. Acá, sin él, sin las inagotables ocurrencias del Negro, sin la venia permisiva de Clara, esto se me haría cuesta arriba y acabaría regresando a Buenos Aires.

Miré otra vez la carta, la coloqué a trasluz aprovechando el sol que entraba perpendicular, caminé hasta el ropero que me había regalado Acuña antes de rajarse para Buenos Aires, la guardé en un cajón y me acosté sin descambiarme, mirando la pared. Los rayos que entraban por la ventana se reflejaban allí iluminando los cuadros y la foto que nos habíamos sacado con Raúl y el Negro en la entrada de la estación, me dormí con esa imagen.

## CAPÍTULO XXVI

Desde aquel verano todo había sido diferente. El molino había pasado a ser nuestro amuleto y hasta allí nos acercábamos en aquellas caminatas vespertinas. Susana trepaba algunos metros por los hierros entrelazados de la base del molino y me señalaba el sol, el redondel anaranjado que iba desapareciendo, ese un panorama estático y aéreo. Cuando comenzaba a descender, la esperaba alargando los brazos y se arrojaba desde la altura tomándome del cuello y tardando en soltarme. Después regresábamos. Algunas veces me contaba las experiencias de cuando era niña. Siempre me relataba lo mismo, quizás agregaba algo nuevo, era como contar un sueño que al despertar se lo recuerda turbio y de apoco se va distorsionando y es necesario contarlo para retenerlo. Me agradaba escucharla, sin embargo hoy, hablamos por primera vez de recuerdos compartidos, hicimos un balance de los dos últimos años que pasaron, recordamos el mundial — nunca pensé que existía tanta gente en Humiquel — dijo — todavía guardo la bandera. Yo recordé el conflicto con Chile y el pueblo saturado de soldados, los simulacros de bombardeos en los colegios y los cortes de luz por las noches. El año pasado había sido más tranquilo, lo único importante para recordar fue el día que pasó por la ruta la comitiva de Videla y la gente se acercó para verlo. Iba para Neuquén. Yo lo puteé, en voz baja, claro.

Le estaba por preguntar por la fiesta, si la recordaba, pero de pronto comenzó a correr para la estación y caminé detrás de ella, de esa figura que daba la impresión que se movía fuera de mi dimensión, como si al correr hubiese saltado dentro de un cuadro. Cruzó la vía y se trepó en el andén. Me acerqué lentamente indicándole que tenga cuidado, se rió haciéndome un ademán de caerse y me dedicó la mirada más dulce de su repertorio, después dijo aproximando su rostro hasta donde podía oler su piel.

—¿Sabés qué quiero que hagas?

—No.

—Adiviná.

Me quedé haciendo que pensaba. Ella se rió y volvió a decir—. Dale,

no te hagas el tonto.

—¿Que te ayude a bajar?

Susana hizo un gesto de desilusión, se bajó sin esperar que la ayude y

caminó hacia el lado de la plaza. La seguí en silencio, caminábamos mirando hacia adelante, me deshacía por saber que pensaba, dos o tres veces le pregunté qué le pasaba; “nada”, me respondía y no agregaba otra cosa. Tenía que cumplir el rito de poner mi mejor cara de perejil con los que nos cruzábamos porque ella no respondía ningún saludo, entramos en su casa, abrió la puerta y cuando pasamos junto a Clara Susana agachó la cabeza y pasó de largo.

—¿Qué pasó?

—Nada —me apuré a responder.

Miró a Susana y le preguntó si iba a cenar. Simuló no escuchar. Después Clara me miró y me preguntó

—¿vos tampoco pensás cenar?

—No. Me voy a casa, me voy a dormir yo también —me disculpé. Clara miró la escalera nuevamente como si allí pudiese hallar alguna

explicación, fue evidente que no la encontró porque, con un gesto, volvió a interrogarme.

—No sé, le juro que no sé qué le pasó. Estábamos hablando y de pronto...

—Está bien. Dejala. Ya se le va a pasar, está en una edad difícil. Vení a comer.

—No Clara, gracias, ahora no tengo hambre.

—Cómo me vas a dejar con la comida preparada. Vamos quedate. Vas a ver cómo después se le pasa y baja.

No contesté. Ella ya sabía que significaba eso.

## CAPÍTULO XXVII

Las seis y diez. Tardé en reaccionar desubicado por la hora. Quise recordar en que momento me había quedado dormido para saber si era la tarde o la mañana. Me acerqué a la ventana, el cielo encapotado no dejaba ver el sol y con las luces apagadas, la casa estaba colmada de sombras. Raúl hoy no vendría. Ya no quedaba mucho por hacer. Sólo caminar por los mismos lugares de siempre, sitios abandonados, vacíos. Pensé que podría escribirle a mi madre. Se alegraría. Me respondería pronto, seguramente me pediría que regrese. Recordé su mirada como la había visto la última vez: agotada demacrada, sus manos siempre en movimiento, sus labios delgados, rozados, algo muertos, su rostro arratonado y absorbido por el tiempo y por sus pocos momentos de felicidad. Cuanto tiempo hacía desde aquella última vez. Creo que siempre la extrañé y en Clara había depositado su amor.

El viento soplaba cada vez con más violencia barriéndolo todo, trayendo otros aromas.

La noche que me enteré de la muerte de mi padre había sido parecida a esta. Comenzó con mucho viento. Era muy tarde y salí a caminar para recordarlo, el frío se pegaba en la ropa hasta penetrarla. Después, por la noche, nevó sigilosamente, sin viento, apenas una brisa arremolinada que sostenía los copos de nieve en el aire. Lloré. Hoy sin embargo no nevaría, no sabía cómo, pero había aprendido a pronosticar las nevadas, aún restaban algunos días. Encendí la luz para comer algo pensando que el próximo mes tendría el último pago y la heladera estaba prácticamente vacía, sólo algunas galletitas y un vino blanco empezado eran todo mi patrimonio. En ese momento pensé en el estado de abandono que había caído la casa, debería pintarla, el

respaldo de la cama se había roto y estaba apoyado contra el piso para la eternidad, la heladera también estaba inclinada sobre un costado y toda la casa se diluía tras los años y el deterioro. Hoy la noche no sería bien recibida. No vendría ni Raúl ni nadie y comenzaría a odiarla, todo había cambiado en muy poco tiempo. El silbido del tren que llegaba desde la estación era el único sonido agradable. Serían las ocho. Iría a cenar a lo de Clara.

Dos horas más tarde caminaba hacia lo de Clara con el único propósito de estar acompañado, hablar poco, comer poco, hacer tiempo, mirar un poco de tele y listo. En esta condición, el odio que sentía, ya no era una reacción a algo, era un vicio, una perversión, cada vez sentía crecer más ese sentimiento, para peor se alimentaba día a día propagándose hacia las pocas personas que tenía cerca. Esta devastación ya no ocupaba solamente mis pensamientos, formaba parte de mí, llevaba mi nombre y apellido, por eso, cada uno que se iba, replotaba mi abandono y mi resentimiento.

El viento había redoblado sus fuerzas y me daba duro de frente, avanzaba lentamente, mirando el piso, viendo volar las hojas, papeles y ramas quebradas, todo estaba desierto y sólo las luces de las casas indicaban la presencia de seres humanos en el pueblo. Llegué a lo de Clara con las manos abarrotadas y el pelo arremolinado, golpeé con el codo y Clara, que seguramente me estaría esperando, abrió pronto.

—Pasá Alejandro, pasá.

Entré acomodándome el pelo y esperé que cierre la puerta para saludarla. Me miró y me dijo tomándome del brazo—. ¿Comemos en la cocina que está más lindo?

—Bueno.

—Estoy preparando una tarta de atún, ¿te gusta?

—Me gusta —asentí.

—¿Sabés que viajo el domingo? —me dijo mirándome, midiendo mi

expresión—. ¿Por qué ponés esa cara? —dijo después.

—Me sorprendió la noticia.

—Me decidí ayer, viajo para darle una mano a las chicas, pensaba pasar por tu casa el domingo a la mañana, ¿Vas a estar?

—Creo que sí.

—Además quería hablar con vos, dejarte algunos deberes para cuando yo no esté.

Desde aquel momento no sé por qué me quedé callado, no volví a hablar, otra vez comencé a sentir esa opresión sobre el pecho y ese dolor que no sabía de dónde llegaba y me producía esa sensación de inseguridad y de torpeza. Asumí que mi bronca no estaba fundada en algo racional y dejé hablar a Clara durante toda la cena, le respondía sólo cuando ella me lo indicaba, con algún gesto o un monosílabo. Así se fue la cena, el café, la noche. Recién en la puerta, cuando me estaba por despedir, le dije que la vería mañana en lo de Raúl, y ahora fue ella la que no respondió, hizo un gesto ambiguo, me besó y abrió la puerta.

—Nos vemos —dijo y me abandonó en la calle. Me quedé otra vez solo, entre el viento que llegaba desde la oscuridad del fondo de la calle y el mismo abatimiento con que había llegado.

## CAPÍTULO XXVIII

Los pitazos del tren me despertaron. Miré el reloj, las seis y cuarto, puse y agarré el despertador pero el tren no paró de tocar aquel chillido. Me levanté y fui a mirar por la ventana qué sucedía. La persiana estaba a media altura y mutilaba las sombras que se proyectaban en la pared y en el piso. Cuando me asomé, vi un poco de nieve que se acumulaba en algunos rincones cubriendo el patio y la plaza con un blancor pálido y los rayos que rebotaban en el piso dando una extraña luminosidad. El tren que ya había arrancado tocó cuatro o cinco veces más y se alejó. Algunas personas que estaban en la plaza lo saludaron alzando los brazos. Fui a la cocina a calentar agua para el mate, me pasé la mano por debajo del brazo y me la olfateé, tendría que bañarme, ayer sólo me había lavado y el frío no me convencía demasiado. Lo pensé un momento mientras se calentaba el agua, después apagué el gas, terminé de llenar con yerba el mate y me metí en el baño.

Dos horas más tarde caminaba hacia el colegio, el cielo ahora estaba azul oscuro, no había viento pero sí algunas nubes, hoy no nevaría, al menos hasta la noche. La gente que me cruzaba parecía diferente, excitada, cuando doblé en la esquina del colegio vi en la puerta a un puñado de jóvenes con banderas argentinas y algunas personas ajenas al colegio saltando con todos ellos. Antes de poder llegar al alboroto la vi salir a Clara con la sonrisa más amplia que jamás le había visto. Desde lejos daba la apariencia de ser más joven, pero era la sonrisa y el gesto lo que le daba esa expresión juvenil. Miraba a los chicos ensimismada, como perdida en algún otro lugar, los invitó a pasar. Desde el grupo que estaba en el centro, el grupo que gobernaba los cantitos, se abrió una bandera mucho más grande con algo escrito en marcador negro, dejé entrar a la horda y después pasé yo. Miré el reloj, las ocho y media, cuando alcé la cabeza Clara me miraba desde el final del pasillo con su sonrisa enorme. Me acerqué y medio en serio medio en joda le pregunté a quién le habíamos ganado esta vez.

Clara puso cara de que hoy podía perdonar cualquier cosa. Me dio un beso y me abrazó.

—Estoy muy contenta Alejandro, muy feliz, muy emocionada. Si puedo voy a decir unas palabras. Pasá Alejandro.

Pasé y me extrañó ver el micrófono y la tarima puesta como para un acto. El griterío era infernal y rebotaba por todos lados, me aproximé a un grupito de profesores y sonriendo les dije que no recordaba ningún Santo importante, se rieron, la profesora de física tenía ganas de saltar y tarareaba los cantitos, algo realmente importante sería lo que había sucedido.

—¿Qué me cuenta? —me dijo el profesor de física.

—La verdad, —me sinceré—, no sé de qué mierda se trata.

El tipo me miró como si hubiese dicho una herejía.

—¿En serio me dice eso?

Mi cara le había indicado que sí, porque volvió a preguntarme.

—¿Tampoco escuchó la radio?

—No funciona mi radio —le dije y volví a mirar a los chicos que no paraban de saltar, para no encontrarme con la cara de asombro del profesor. Cuando lo miré, el tipo me puso la mano en el hombro y agregó—, recuperamos las Malvinas.

Me quedé mirándolo, después miré para todos lados, entonces comprendí los pitazos del tren, la gente en la plaza, la alegría de Clara y quise saber más detalles de lo ocurrido. El profesor me dio una clase de patriotismo, me mostró a los chicos como el verdadero valor de un pueblo, se fue por

las ramas, me habló de Rosas y San Martín, del ser nacional, de sus padres, de su hijo, del rock nacional, de Ortega y Gasset, de las araucarias y las montañas que eran argentinas, del amor, habló también de una posible guerra con los ingleses, pero que sería descabellado para ellos venir hasta acá a pelear contra todo un pueblo, ahora hablaba para todo el grupo, dio puntos geográficos, problemas económicos, habló de los contras en Nicaragua, de los misiles tierra-aire, de los convenios con Kadafi, del pijama de Idi Amin, y hasta del posible enfrentamiento de Argentina e Inglaterra en el mundial de España. Ya a nadie parecía interesarle lo que decía. Clara tomó el micrófono y después de secarse varias veces los ojos y de mirarnos como si nosotros hubiésemos desembarcado en las islas, comenzó la perorata interrumpida cada tanto por los aplausos y una serie de cantitos que profesaban a la Tatchert y a sus soldados y el efusivo y manifiesto poder que nos daba tener un pueblo con testículos. Por el pasillo seguía entrando gente. Clara continuaba afirmando que era un día glorioso, que estaríamos agradecidos a Dios por haber podido vivirlo intensamente y que jamás lo olvidaríamos, siguió un rato más hasta que dijo que cantaríamos el himno y que hoy no habría clases, que sería un día de fiesta y entonces se escuchó el aplauso más grande. Canté el himno. Esperé que se vayan todos los chicos con sus gritos a la plaza y me fui a mi casa a seguir durmiendo.

## CAPÍTULO XXIX

Los días comenzaron a acortarse. Un perfume dulzón ascendía de las plantas que cubrían rebeldemente el patio. Me quedé un momento con la mirada disimulada entre ellas y después salí a cumplir el rito de las caminatas de los sábados. Sabía que no iba a disfrutar de nada, sólo a buscar alguna respuesta, más bien filosófica que práctica, o a esperar que el tiempo transcurriera para que pronto llegase el domingo, había pasado una noche de perros, me había enfrentado a la soledad y al llanto parejo de la resignación, al llanto sin excesos ni matices dramáticos, y en medio de todo este agotamiento que iba acumulando, una carta, una íntima esperanza, o quizás el último garrotazo. Sin notarlo caminaba hacia la escuela, me detuve en el almacén de don Pascual y compré un atado de cigarrillos. Apenas nos saludamos. Don Pascual sentía un recelo hacia todos los que no éramos del pueblo y eso lo había hecho enemistarse con muchos profesores, yo no le había llevado el apunte, tal vez haya tenido razón, hoy quién podría negárselo. Continué caminando hacia el colegio. Hoy todo el pueblo sufría un halo sobrenatural, se podía percibir el vacío que provocaba tanto silencio y todo parecía estar fuera de su lugar. Pasé por la vereda de enfrente del colegio y recordé fugazmente la primera vez que entré. Aquel día también conocí a Susana. Noté una alteración creciente del pulso y para distraerme abrí el atado de cigarrillos, necesitaba comenzar a poner el pasado en su lugar, de lo contrario estaría siempre dando vueltas por los mismos sitios, pateé las ramas que estaban quebradas en el piso, el viento de anoche las habría arrancado, así eran los otoños por acá, veloces. Sobre el pasto del jardín de una casa, un pájaro se debatía en una lucha inútil contra su destino procurando levantar vuelo con un ala partida en dos. Iba a alzarlo y hasta pensé llevarlo para casa pero me arrepentí. De una forma u otra todos éramos merecedores de nuestro destino, algún gato se encargaría del de él.

Con el sol empezando a trepar, el silencio parecía perder espesor, los sonidos se hacían más tangibles, más reales y hasta mis pensamientos parecían perder consistencia y sonaban ridículos. Lo único que parecía ser inalterable era la amarga sensación de derrota. Alguien me saludó desde la esquina y con un movimiento pretendí responderle. Aquel día podía esperar cualquier cosa, hasta un milagro hubiese sido más creíble, pero jamás me imaginaría que podría encontrarme con

Acuña.

—Eh..., profesooooor.

Quedé mirándolo atontado por la sorpresa, lo primero que atiné a hacer fue sonreír, él se aproximó sonriente, pero estudiándome bien, con algo de desconfianza.

—¿No se acuerda de mí, profesor?

—Sí, Acuña, como no me voy a acordar de usted —contesté. —¿Cómo anda? es la primer persona conocida que me cruzo. —Acá andamos —le respondí mirando hacia todos lados. Acuña ya estaría lamentando haberme encontrado, miró hacia donde

yo miraba y volvió a decirme—. ¿Qué pasa en este pueblo, se fue todo el mundo?

—Todo el mundo —respondí.

—Es una tristeza, un pueblo tan pujante.

—Estábamos mejor con los milicos —le dije para ver qué cara ponía.

—No diga eso hombre, yo me tuve que rajar para Bolivia y después me comí cinco años en Bélgica.

—Al menos vive..., Cardozo, Guerrero y todos los demás pibes vaya uno a saber dónde están enterrados.

—Bueno... usted también vive —me dijo el muy hijo de puta—, además yo estuve peleando desde afuera para delatar lo que aquí sucedía. Yo luché de todas las formas posibles por esta democracia y recién en este gobierno me lo reconocieron.

—¿Le dieron alguna medallita?

—Nooooo, para qué quiero medallitas yo, me dieron trabajo, soy el subsecretario de hacienda de la provincia.

—Qué suerte —le dije—, por las dudas no lo diga en voz alta.

—¿Pero qué le pasa profesor, lo noto muy resentido?

—¿Resentido yo? Por favor..., ¿por qué voy a estar resentido?

—No sé, parece que todo lo que le digo le molesta, hay que empezar a olvidar para construir mi viejo..., vamos, arriba ese ánimo.

—Todo lo que tenga que ver con esta mierda que están haciendo me molesta, entiende. Mire lo que es el pueblo, usted ya lo dijo. Ya no tiene colegio ni municipalidad, no tiene más la sucursal del banco y desde mañana tampoco tren —me quejé.

—Pero de eso no tiene la culpa el gobierno, todo eso que usted me nombra es parasitario...

—¿Qué está diciendo Acuña? —le dije cerrando el puño.

—Usted no entiende nada, estamos haciendo un país en serio, un país sin déficit, con verdaderas empresas, no con mercaditos de italianos.

—Déjese de hinchar las pelotas, usted no puede estar hablando en serio... —respondí.

—Claro que sí. Vaya para Buenos Aires y va a ver los cambios.

—Pero Buenos Aires no es toda la Argentina.

—Déjese de joder profesor, me va a decir a mí que estuve cinco años en Europa, qué es la Argentina, a mí me lo va a decir, después de Buenos Aires lo demás es el Matogroso, si en Europa todavía se creen que andamos a caballo —me contestó.

Lo miré con un odio irascible. Saqué cuentas de qué podría sucederme si le pegaba, Acuña podría acomodarme en algún colegio o hacer algo por el pueblo, desistí de las dos opciones, lo mandé olímpicamente al carajo y me fui. Acuña se quedó mirándome con una sonrisa, sin comprender mi



actitud, cuando andaba por la mitad de cuadra me gritó—. Usted está quebrado amigo..., me escuchó, que-bra-do.

## CAPÍTULO XXX

Por las tardes, y a pesar del frío, salía a caminar, sacando pecho, con la escarapela y la sonrisa amplia que se alojaba en mi cara y que llegaba desde muy adentro, saludaba a todo el mundo, nos mirábamos a los ojos, orgullosos de ser argentinos, de la suerte de haber nacido en esta tierra de valientes que no se dejarían pisotear por ninguna fuerza extranjera, por más Inglaterra que se llamase. Pensaba que en estos momentos el mundo estaría hablando de nosotros, por fin nos reconocerían, "Argentina humilla al león Británico" dirían algunos diarios en sus titulares, hasta en Finlandia se hablaría del tema, y en el exterior, a los argentinos, se los felicitaría.

En la plaza, llegué a ver a dos viejos que se abrazaban y lloraban de emoción. La gente se la pasaba atenta a las radios y a la ruta para saludar a los soldados que viajaban a Neuquén y a Comodoro Rivadavia. Compraban cosas para regalarles cuando pasaban y muchos artículos se habían acabado en los almacenes.

De a poco nos fuimos acostumbrando a vivir en estado de guerra y todo comenzó otra vez a ser cotidiano, estábamos al tanto de todos los preparativos para recibir a los ingleses y de cómo formaría la selección. Si Menotti lo llevaría a Ramón Díaz al Mundial y si mejoraba la lesión de Gallego en la pierna.

Clara me había invitado a cenar y no se porqué sentí la obligación de llevar algo. Compré dos botellas de vino, un blanco y un tinto. Cuando Susana me abrió la puerta los disimulé al costado del cuerpo, con vergüenza. Clara se manifestó a favor de mi buen gusto y los colocó sobre la mesa. Un rato después llegó el cura que también estaba invitado. Nos sentamos alrededor de la mesa dejando un hueco para poder ojear la televisión. Susana se sentó a mi lado y me tocaba con el pie cada vez que le preguntaba algo al cura—. Padre, ¿qué piensa de la guerra?

El cura puso cara de haberse tragado la espina de un tiranosaurio y me miró como si su palabra fuese a ser la justificación de nuestro estado de ánimo—. Mirá hijita, la guerra nunca es buena, pero si se pelea por un causa justa, por un motivo digno y no por intereses mezquinos como en algunos casos, es perdonable.

—¿Y usted cree que ésta es una causa justa? —Susana lo siguió chuseando.

—Bueno, no está en mí decidir si es justo o no.

—¿Y a quién sino?

—A Dios —dijo firmemente Clara que se acercaba con la fuente de fideos. El cura asintió como mostrando la obviedad de la respuesta. Clara le pidió a Susana que la ayudase a servir los fideos. Ella me sirvió primero, después al cura y por último a Claudia, Clara mientras tanto le sirvió a Susana y luego llenó su plato, yo llené los vasos de vino menos los de las chicas. En la televisión estaban pasando un gol de Maradona en un amistoso y un reportaje al flaco Menotti. Cuando terminó el reportaje apareció Galtieri caminando por la calle, perseguido por periodistas y gente que lo saludaba con banderas argentinas. Todos paramos de comer para seguir el recorrido mientras saludaba a la gente con un brazo en alto y una sonrisa algo arrepentida que le coloreaba la nariz, corrí la botella de vino para poder ver mejor, caminé hasta donde estaba el banco

hipotecario entre los flashes y los aplausos y cruzó hasta el otro lado de la pantalla entonces corrí la otra botella de vino. Parecía perdido, sin saber si reír o llorar. Susana dijo que eso lo había visto al mediodía, entonces comenzamos a comer.

Clara nos miraba a todos buscando algún tema para hablar.

—Padre...

El cura alzó la cabeza y Susana volvió a tocarme con el pie, no pude disimular el saltito y tomé la botella de vino y me serví, le ofrecí al cura pero puso sin mirarme la mano sobre el vaso. Clara que se había quedado sin decir nada y miraba al cura con esa sonrisa que utilizaba cuando necesitaba parecer amable.

—¿Cuántos años hace que está en el pueblo?

El cura hizo como que pensaba y se quedó así un instante, con el tenedor en el aire y la otra mano sobre el vaso, después de sacar cuentas dijo—, cuatro años y medio..., van a cumplirse en Junio. Clara gesticuló algunos sí, pero a todos nos dio la impresión que mucho no le interesaba lo que había preguntado. En la televisión seguían mostrando los preparativos en las islas. Susana otra vez me tocó y le volvió a preguntar al cura.

—Padre. ¿Y usted, personalmente, qué cree de esta guerra?

—Susana —gritó Clara. Yo no levanté los ojos del plato, como si nada me interesase.

—¿Qué? —respondió.

—Está bien, deje que pregunte Clara —dijo el cura un poco cansado.

—¿Querés que te diga lo que yo pienso? Que todas las guerras son inútiles y esta también, que así no se soluciona nada, que hay que hablar, para eso Dios nos dio ese don. Eso es lo que yo pienso

—dijo y no volvió a sonreír en toda la noche. Susana me tocó varias veces más pero no le llevé el apunte. Tomamos café en silencio y cuando el cura se paró y dijo que era tarde, que debía irse, nos saludó a todos y salió acompañado por Clara. Susana se reía, pero era evidente que estaba nerviosa y me increpó.

—¿Qué, vos le crees, caradura?

No respondí nada. Clara entró después de, seguramente, disculparse un rato largo y nos fusiló a retos a los tres. Cuando se tranquilizó le dije que nadie había intentado incomodarlo, que era un poco injusta con algunas cosas que había dicho. No contestó nada, después de otro momento de silencio preguntó si alguien quería más café. Sólo yo dije que sí y se fue para la cocina. Susana se paró y me dio las gracias y dijo que se iba a dormir, la hermana también. Me quedé solo, subí el volumen de la tele y escuché a Menéndez que decía que sólo con los pies para adelante lo sacarían de la isla.

## CAPÍTULO XXXI

Toda la tarde había estado nublado, algunos huecos en el cielo eran la esperanza de poder ver el sol o al menos ese enteco resplandor que iluminara mis ánimos. Combatía con denuedo el desaliento y el recuerdo de lo que había hablado con Acuña, puede que en algo de lo que haya dicho tenga razón. ¿Y si me había equivocado en tratarlo así? Tal vez él podía hacer algo por mí o por el pueblo. No podía desembarazarme de la idea de que quizás me había apurado en juzgarlo.

Me quedé toda la tarde frente a la ventana, nunca había comprendido muy bien porqué el tren los sábados y los domingos tenían un horario diferente. Estaría por pasar el de las cinco y no había gente en la estación esperándolo, al menos hoy no se iría nadie. Sin darme cuenta había hundido la mano detrás del sillón, entre la tela y la madera abizcochada por el tiempo, percibí la humedad y el resquemor que me daba hacer eso. Sentí un escalofrío y retiré la mano de aquel lugar frío y desconocido y me recosté. Me quedé pensando en cualquier cosa para arrinconar la melancolía, no comprendía porqué inducía mi abstracción hacia la profesora renga que pasó por el colegio dos años atrás y que en algunas noches, Clara, también la invitaba a cenar. Muchas veces, cuando le llegaban encomiendas de Buenos Aires, con Raúl y Susana la acompañábamos a retirarla del correo y después nos veníamos para casa a ver qué le habían enviado.

Recuerdo muy bien haber escuchado a los chicos, y a algunos profesores también, llamara "la renga" pero lo que más me había molestado fue aquella mañana, cuando salí para el colegio y descubrí en la entrada de la estación, escrito con aerosol negro, ocupando toda la parte superior, a la vista de todo el pueblo, una leyenda: "Alejandro se coge a la renga" y debajo, con letra más chica, como si alguien lo hubiese agregado luego "Y a Clara también", no sé quién ni cuándo, pero al otro día estaba tapado con cal, sin embargo desde aquel día, el trato con la profesora cambió radicalmente.

Me reí absurdamente, sentí frío, pero no pensé en moverme, intenté imaginarme a la renga desnuda. Supuse que a pesar de su conducta recatada, odiaría su condición y hasta quizás le hubiese agradado que lo que decía la leyenda fuera cierto. Fantaseé un poco con la renga, la imaginé desnuda, sobre el sillón, con las piernas desparejas abiertas, una impavidez absolutamente graciosa y haciendo gala de sus pechos esponjosos, ofreciendo una mirada entre taciturna y aniñada. Me daba pena de ella y de mí. Si bien nadie podría atestiguarlo, se decía por ahí que la renga se acostaba con el fotógrafo del pueblo que era bizco y quizás por eso no se tenían lástima.

El sol apareció por el hueco más amplio del cielo e iluminó toda la plaza y un poco más allá de la estación. Detrás de la ruta, una línea bien definida indicaba hasta donde llegaba la sombra, dejando una imagen más distante de aquella zona.

Desde la plaza lo vi llegar a Raúl con su cara afilada y arrastrando toda su ternura, las manos en los bolsillos agigantaban el movimiento de su cuerpo y lo hacía más etéreo. Lo aguardé en la puerta para que no esperase en el frío y apenas escuché los pasos le abrí, me miró y me saludó con la cabeza, entró mirando para todos lados como buscando a alguien.

—Qué frío carajo —dijo refregándose las manos —Ahora sí que se vino con todo.

—¿A qué hora es el asado?

—A las ocho vamos para allá y empezamos a preparar el fueguito. — Raúl fue para la cocina y encendió la hornalla, después se refregó las manos sobre el fuego y me miró. Tenía la cara morada y el pelo revuelto.

—¿Tanto viento hay?

—Hay —dijo.

Fui a buscar la pava a la pieza y escuché que me gritaba algo—. ¿Cómo Raúl?

—¿Si fue a buscar los papeles a lo de Clara?

—¿Clara los tiene?

—Así me dijo ella, ¿usted no sabía? —preguntó.

—Sí. Se los pido hoy en tu casa.

—No creo que vaya.

—¿Pero qué pasó el otro día?

—Nada. —Raúl salió de la cocina como escapándose, no quise incomodarlo así que cambié de tema. Le pregunté si sabía algo más del Negro. —No —me dijo —mire el viento que se levantó ahora.

Me acerqué a la ventana y busqué en los árboles la imagen del viento. El sol ya había desaparecido detrás de la placa compacta que cubría el cielo y no volveríamos a verlo más.

Nevaría pronto. Quizás mañana. Tomamos mate en silencio y nos fuimos.

## CAPTULO XXXII

Estábamos en la plaza, sentados en un banco frente a la estación. Todo parecía indicar que el sueño patriótico había sido un nuevo fraude, otro gran buzón argentino, y la bronca comenzaba a amedrentar a los pocos milicos que quedaban en Humiquel. Anoche alguien había apedreado la casa del comisario y a un milico que vivía en el barrio, del otro lado de la estación, le habían acuchillado al perro. La televisión sólo daba viejas imágenes del Papa en Luján o en Palermo intentando desinflar las noticias que llegaban desde Buenos Aires y el quilombo que se avecinaba. El Negro fue contundente. Cuando escuchábamos por la radio el mensaje que la semana anterior pronunciaba el Papa en Palermo mientras la gente gritaba que queríamos la paz.

—Porteños cagones. Primero querían ir todos a la guerra y cuando escucharon los primeros tiros enseguida quieren la paz. Cagones —dijo después y me miró con vergüenza y bronca.

—Cobardes —corrigió Susana.

—También —dijo y se le cayeron un par de lágrimas.

Nos quedamos los cuatro en silencio. Susana me miraba, yo a Raúl y

Raúl miraba la estación o alguna otra cosa mucho más allá. Era difícil romper esa situación. El Negro se refregó los ojos y Susana, en un acto, digamos suicida, intentó traerlo nuevamente al mundo de los indiferentes y los tibios sin pensar que el Negro pertenecía a esa raza ingenua y explosiva que ardía con la más mínima chispa. Y hoy el Negro se sentía estafado y traicionado.

—No te calentés. Si no podés hacer nada —le dijo, y nos miró buscando consenso.

El Negro levantó la vista y buscó amparo en Susana. Ella le puso una mano en la rodilla y volvió a decirle—, no te preocupés Negro, no vale la pena.

El Negro dijo que sí con la cabeza, que la tenía casi a la altura de las rodillas, clavó los dedos en la nieve y alzó un puñado que apretó hasta hacerlo una masa consistente, después se paró y dijo que podíamos ir a tomar unos mates. Susana propuso su casa, asentimos, y el Negro le arrojó la bola de nieve a la estatua de Roca.

En el camino, Raúl, me dijo que quería hablar conmigo por el asunto de la radio, era una vergüenza que todo nos teníamos que enterar por radios chilenas, le pregunté si había hablado con la gente del municipio y me dijo que sí, que había una posibilidad no tan remota, pero que antes había que sacar un permiso en Junín de los Andes en el distrito militar, puse cara de asco, Raúl siguió adelante, dijo que después había que conseguir un locutor para los avisos, pero que a él le parecía que no era tan imprescindible. Hablando de eso llegamos a la casa de Susana y la conversación se disipó por otros carriles, por ideas de programas, por otro montón de ilusiones al pedo.

## CAPÍTULO XXXIII

Raúl miró el reloj, dijo que quería comprar cigarrillos y nos desviamos hasta el kiosco, en el camino aprovechaba para mostrarme cada cosa que denostaba abandono, me lo señalaba con el dedo. Primero fue la estación, después lo que había sido la zona comercial, que se reducía a la almacén, el kiosco y dos o tres negocios mal provistos. Cuando llegamos al colegio subió los escalones y leyó los papeles pegados en el vidrio, me miró y con un gesto me invitó a subir, negué con la cabeza y le dije—, vamos, son las ocho y diez. —No me hizo caso y puso una mano como visera para mirar hacia adentro.

—Vamos Raúl —le dije nuevamente. Hizo un gesto extraño, después escupió el vidrio y le tiró una patada con bronca a la puerta—, vamos, dale Raúl vamos.

Bajó, desafiando el viento con odio, llevaba ese odio reflejado en la cara, tenía el pelo desparramado por fuera y dentro del sobretodo, parecía más viejo. Seguimos en silencio. El frío comenzaba a hacerse duro. Saqué un cigarrillo y lo invité, a pesar de que sabía que no fumaba negros. Hizo un “no” cortito con la cabeza y abrió el paquete que había comprado.

—¿Sabés a quién vi ayer?

Me miró un momento y después levantó los hombros.

—¿Te acordás de Acuña?

—¿El de la casa? —preguntó.

—Ése.

—¿Ese hijo de puta?

—Ése—respondí.

No dijo nada más, me volvió a señalar con el dedo dos casas vacías,

percibí que había algo de Raúl que era mío, tal vez su pena, su desesperanza, sabía que algo de él me pertenecía, a nuestro alrededor toda una vida se caía a pedazos, sentí la hartura de continuar, la chatura del pueblo. Raúl, en realidad, no se iba, ni siquiera se escapaba, sólo se desplazaba, duraba un poco más, era sólo el instinto de conservación. Recordé las palabras que me había gritado Acuña: “quebrado” había dicho, “usted está quebrado, amigo”, y sí, tal vez tendría razón, pero uno no se quiebra solo.

—¿Dónde lo vio?

—¿Cómo? —contesté.

—¿A Acuña, dónde lo vio?

—Ah, acá nomás. A dos cuadras —le dije señalando la dirección con

la mano, fue entonces cuando advertí en Raúl algún interés por la conversación.

—¿El tipo le dijo algo de la casa?

—No, me contó que tenía un cargo de no sé qué en el ministerio de hacienda.

Raúl se sonrió y después desafiándome con los ojos, me dijo—. ¿Habló con el tipo?

—Sí.

Raúl me miraba como si esperase que yo interpretara lo que me quería preguntar. Así llegamos a la puerta de su casa y antes de entrar volvió a preguntarme—. ¿No le pidió ningún laburo, nada?

—¿A ese hijo de puta? ¿estás loco?

Abrió la puerta sin decir nada, me arrepentí de habérselo nombrado, vi a Leonor adelantarse y me acerqué para darle un beso, Raúl siguió para el galpón, lo seguí. Cuando entré, Raúl colocaba sobre la pirámide de madera el carbón. Le alcancé el encendedor y encendió el papel. Mientras tanto me alejé, colgué la mirada en las paredes, en una vieja bicicleta que estaba enganchada en dos tirantes. Cuando estalló el primer carbón regresé junto a Raúl y me quedé mirando el fuego que todavía era demasiado tímido y así nos quedamos un rato.

## CAPÍTULO XXXIV

Las vacaciones, otra vez, llegaron con poco en el bolsillo. Era un verano austero, lo único que traía era el aroma a lavanda o manzanilla según de donde soplara el viento y la inquebrantable sensación de los sueños diluidos en un par de esperanzas sueltas.

La noche entraba un poco solapada y se arrinconaba en todos los ambientes de la casa hasta que llegaban Raúl y el Negro. Hoy se habían retrasado. Salí a esperarlos en la vereda y me senté en el pilar, mirando hacia el interior de la casa, desde afuera parecía distante, desconocida, era como aquellos familiares que redescubrimos en los velorios y que sabemos que luego se perderán nuevamente. Encendí un cigarrillo para tener una luz cerca. Pensé en Susana, en Raúl, temí que algún día pudiese perderlos, acompañé con una sonrisa su recuerdo, parecía que todo de lo que estaba viviendo era prestado, como si estuviese profanando otras vidas y huyendo de un destino propio.

Este año, la profesora de literatura había comenzado a dar algunas cosas de Marechal y hasta habló de Rodolfo Walsh. Yo me le animé a F.O.R.J.A. y al peronismo. Todavía sufría el temor de los cambios que siempre traen aparejados un nuevo acomodamiento. Caminé hasta la esquina procurando ubicar a Raúl entre las figuras que andaban por la plaza. De la calle principal bajaba una brisa pegajosa y un eco apagado. Nada me resultaba más placentero que sentarme en el pasto y mirar el cielo, mirar ese infinito, sin demasiada seguridad, hasta que el cansancio me transportara a mi infancia, a cuestionarme si alguna vez habría sido feliz. Recordé al único amigo de aquella época que había dejado en Buenos Aires, Samuel. El siempre fue feliz o al menos eso era lo que me decía. Se conformaba con muy pocas perspectivas. Samuel estaba loco, que duda cabría, sino no hubiese sido feliz así de fácil.

Raúl y el Negro se acercaban a la casa por la otra esquina, los llamé con un chiflido y me buscaron hasta que el Negro me ubicó y me señaló con la mano desocupada. Me esperaron.

—¿Vamos para casa?

—Vamos —dijo el Negro.

Le pregunté, señalándole el paquete, si eran tortafritas.

—Empanadas.

—¿De carne?

—Sí, ¿tiene algún vinito? —consultó.

—Tengo un tinto.

—Bárbaro —respondió con una sonrisa.

Raúl se hizo cargo de preparar la mesa y el Negro fue al baño. Aproveché para darle una última mirada al cielo desde la ventana y pensar en Samuel, él hubiese estado a gusto con nosotros, él también se había quedado sin amigos. Escuché la puerta del baño y el Negro se acercó a la mesa y me invitó a sentarme con un gesto, después agarró una empanada y se la metió en la boca hasta donde pudo y le gritó a Raúl —¿Y el vino?

—Acá está borracho, tomá.

—Mirá vos, habló el ateo...

Raúl me miró riéndose y me lo señaló con la cabeza. El Negro sin prestar demasiada importancia se sirvió y me sirvió.

—A vos no te pongo nada —le dijo a Raúl con la botella inclinada sobre su vaso y después se rió con una carcajada. Me parecía increíble que estos dos pudiesen ser amigos.

—¿A quién va a votar maestro?

—No sé —respondí.

—¿No me diga que lo tiene que consultar con Clara —me dijo y lo

festejó con otra carcajada. Raúl me miró.

—¿Y vos?

—A Perón, a Perón y a Evita carajo.

Raúl lo miró un instante y apenas sonrió.

—¿Y vos poeta? —dijo después

—Yo voto a Dostoieski, para mí es el mejor.

—¿Y de qué partido es ese?, seguro de izquierda, un ruso de mierda. —Es un escritor ruso —traté de explicarle sin ofenderlo. El Negro lo miró a Raúl con un aire de seriedad o preocupación. — Vos seguí jodiendo pelotudo, vas a ver, vas a terminar como Cardozo, con quince balazos en la cabeza, pelotudo.

## CAPÍTULO XXXV

Mientras las brasas seguían estallando me senté en un rincón del galpón, sobre un tacho de metal. Miré a Raúl que removía con una varilla los carbones, la luz titilante que ascendía de la parrilla y el humo le daba una tonalidad anaranjada a su figura. Removía mecánicamente en el mismo lugar y su mirada se había quedado en el fuego, me paré y me le acerqué, le toqué el hombro para

reanimarlo y seguí hasta la puerta, la abrí y me golpeó el frío, el viento había disminuido y agrandaba las posibilidades que nevase pronto, metí las manos en la campera y salí a caminar por el patio, recorrí los rincones que quizás jamás volvería a ver, acaricié el árbol como si él fuese un chico y me apoyé contra la pared del fondo. Cuando me volví lo vi a Raúl en la puerta y miré para arriba. Raúl se acercó encendiendo un cigarrillo.

—¿Por qué siempre mira el cielo?

No iba a contestarle, no había nada para responder y Raúl lo sabía, entonces volví a alzar los ojos unos segundos más como buscando allí la respuesta y sin mirarlo dije—, debe ser que me empequeñece y me hace sentir más frustrado. Eso es lo que dicen todos, ¿no?

—Últimamente, usted parece el poeta.

—Ahá...

—¿Se piensa quedar hasta el final? —preguntó.

—Por ahora.

Miró resignado el piso, sin ganas, negando con la cabeza—. Todos

andan tristes. ¿Vio a la gente que camina por la calle?

—Sí, los veo.

—El pueblo es un velorio —comentó.

—Y bueno, me quedaré al entierro.

—Guarda que en una de esas va a tener que cargar con el cajón usted

solo.

—No importa —contesté.

Leonor salió con la bandeja de achuras y preguntó por el Negro.

—Tuvo que viajar —le respondió Raúl. Lo miré disimuladamente y me guiñó un ojo. Después, cuando se fue, me dijo que no le quería decir que no volvía para no ponerla mal.

Entramos y lo ayudé a poner las achuras, nos quedamos callados. Tenía ganas de hablar pero no había de qué, nos quedamos en silencio hasta que escuchamos los golpes en la puerta.

—¿El cura? —le pregunté.

—El Chuno. El cura no viene.

A lo lejos escuchamos la voz del Chuno y la puerta del patio que se

abrió.

—¿Por qué no viene el cura? —pregunté.

—Qué sé yo, pensaría que le íbamos a cobrar.

Por primera vez en la noche lo vi sonreír a Raúl. Se abrió la puerta del

galpón y apareció la cara del Chuno detrás de los bigotes mejicanos. —Buenas...

—Qué tal Chuno, ¿cómo anda? —saludó Raúl.

—Jodido —dijo tomándose la columna.

—¿Jodido, por qué?

—Se rompió la máquina y tuvimos que levantar a mano, ayer y hoy. —Che, qué joda, ¿y ahora?



—Y ahora nada, Joderse —contestó Chuno.

Nos quedamos callados. Intenté comenzar alguna conversación pero

no me venía ningún tema y el silencio se hizo molesto. Agarré la otra varilla y corrí algunos carbones hacia cualquier lado para hacer algo, el Chuno se quedó mirando la carne y el fuego hipnotizado o quizá pensando en el tractor. Después de un rato de no pronunciar ni una palabra dijo—. Che, poeta ¿qué pasa con el Negro?

—Se quedó en Buenos Aires.

—Miralo vos al Negro, después que se cansó de putear a los porteños. —Las luces de París —agregué.

—Ma que laburo, para mí que el Negro encontró una chichi que lo

banca.

Me reí y lo miré a Raúl que no decía una palabra, pinchaba los chorizos, tajaba la carne y levantaba los chinchulines en silencio.

—¿No hay vino poeta?

—Pedile a mi vieja.

El Chuno se acomodó los bigotes como si así consiguiese mejor presencia, me miró y me preguntó

—. ¿Traigo tres vasos?

—¿Y qué, te lo querés tomar vos solo? —le dijo Raúl sin quitar los ojos del fuego.

El Chuno salió riéndose y acariciándose los bigotes y dijo en voz baja—. Tomarse un vinito es lo único que nos va quedando.

## CAPÍTULO XXXVI

No hubo un cambio radical en el pueblo, pero se notaba como un rejuvenecimiento, como si el juego comenzara nuevamente y con todas las posibilidades de ganar. Se veía a los jóvenes festejando y a los viejos evocando antiguas luchas. Por primera vez creía en el país y sentí que al menos no había sido en vano algunos sacrificios. Tampoco quería entrar en el camino de la ingenuidad, pero de nada valía ponerse escéptico ante cada circunstancia, ante una sociedad de pie para reconocer sus errores y reconocerse como pueblo, una sociedad que procuraba rechazar tantos años de distanciamiento, eso era lo que notaba o al menos ese era el mensaje de la gente. Desde esta mirada, podía ver que los que lucharon, de alguna manera, lograron su objetivo.

Con esta idea caminé entre la gente que festejaba en la plaza. Llevaba la tarjeta de invitación que Clara me había entregado y fui hacia el comité como quizás Belgrano se hubiera dirigido al cabildo el día de la proclamación de la Primera Junta. En la puerta había una señora que no conocía, estaba sentada detrás de un escritorio junto a algunas chicas del colegio que te clavaban un escudito radical y un beso.

Apenas me asomé, vi los brazos de Clara y Susana blandiéndose para saludarme y les respondí el saludo mientras me aproximaba. Cuando me senté Clara se me acercó estirándose por encima de la mesa y me dijo que estaba nerviosa.

—¿Por qué? —le pregunté sin interesarme, buscando gente conocida en las otras mesas.

—Porque tengo que hablar —me respondió y me mostró una hoja de cuaderno. Susana y su hermana se reían.

—No va a ser la primera vez, ¿cuántas veces leyó?

—Pero hoy es distinto, ¿no te das cuenta?

—No, no me doy cuenta, no veo ninguna diferencia —admití.

—En el colegio es otra cosa, es como leer en mi casa, pero acá hay tanta gente desconocida.

—Piense que está en el colegio y listo.

—Qué fácil que lo decís. Rivadavia se habrá puesto nervioso cuando tuvo que hablar luego de asumir la presidencia... o habrá leído.

—No sé, pero el Chacho Peñalosa seguro que no leyó la carta que Mitre le envió a Urquiza, porque casi no sabía leer.

—¿No sabía leer? —preguntó.

Me reí.

Clara disparó su mirada hacia el escenario que habían improvisado y otra vez me dijo que estaba nerviosa. Sólo me sonreí y le guiñé un ojo a Susana.

—Me siento como San Martín frente al ejército de los Andes antes de la batalla de Maipú —dijo otra vez Clara. Le gustaba jugar con eso.

—A mí, sin embargo, esto me parece las festicholas que se mandaban Saavedra y Rivadavia donde todos terminaban en pedo y llorando.

—¿Entonces qué hago, leo o no leo? —preguntó.

—Haga lo que quiera. Pero piense en los verdaderos héroes de esta historia.

Nos quedamos unos minutos en silencio porque trajeron unos micrófonos y los empezaron a probar, un, dos, tres,. Un, dos, tres... aproveché para hablar con Susana pero enseguida Clara volvió a cargar por encima de la mesa. —Menos mal que no ganó la negrada, sino...

—¿Sino qué?

—¿Sino qué? empezaba la joda de nuevo, el cuento de nunca acabar ¿Qué le pasó a Urquiza?

—Además de claudicar, no sé.... —admití.

—¿No me digas que eso le enseñás a los alumnos?

—Claro que no. Decir algunas cosas todavía me da pudor con los chicos —contesté.

—¿Cómo eso que San Martín cruzó la cordillera en camilla? —me preguntó haciéndonos reír a todos.

—Como el Plan Secreto de la Primera Junta —respondí.

—¿De qué se trataba? eso no lo sabía.

—¿Conoce a Jacobi?

—No. ¿Qué era, federal o unitario?

—Quién sabe... creo que un poco de los dos —contesté.

—Algún día me lo tenés que contar.

—Nada que no sepa. Hace poco lo pusieron en práctica.

—¿Perón? —preguntó con insistencia.

—Déjelo ahí mejor.

Se quedó mirándome fijo. Susana que tampoco entendía, me miraba. Clara me echó toda esa fusilería de odio y llamó al mozo con una mano, le ordenó un agua mineral y yo le pedí una gaseosa. Después de un buen rato dijo—, voy a leer. Al que no le guste que no escuche.

—Eso ya lo hicieron muchos —dije en voz baja.

## CAPÍTULO XXXVII

Parecía que el velorio ya había comenzado. La mesa que habían preparado era como para diez o más personas. Me había sentado frente a Leonor que me miraba cada vez que me llevaba un pedazo de carne a la boca.

El Chuno que estaba al lado mío era el encargado oficial de servir el vino cada vez que se vaciaba un vaso. Comimos en silencio, Raúl de vez en cuando se paraba para llevar la bandeja con lo que se iba enfriando y la traía nuevamente cargada.

—Está bueno —dijo el Chuno—, y sacó otro chorizo de la bandeja. Leonor se paró y fue hasta la estufa a levantar la temperatura. —¿Tiene frío Leonor? —preguntó el Chuno que era a quien más le incomodaba el silencio.

—Hace mucho frío Chunito.

Lo miré a Raúl para preguntarle qué le pasaba, ¿por qué estaba tan callado? Pero Raúl no sacaba la mirada del plato. Cuando nadie comió más, Leonor levantó la mesa y preguntó que tomábamos —¿café o mate?

—Mate —dijo el Chuno.

—yo tomo mate, —asentimos con Raúl, y Leonor se fue para la cocina a prepararlo. Cuando Leonor se fue el Chuno lo increpó a Raúl.

—Che, ¿qué carajo te pasa a vos que no hablás?

Raúl no iba a contestarle, hizo un gesto de no me hanches las pelotas, pero como vio que yo también aguardaba la respuesta y el Chuno se agachaba para mirarle los ojitos dijo—. Nada, mirá cuantos somos.

—Y bueno viejo, ¿qué querías, que esté todo el pueblo en la despedida?

Raúl ni contestó. Me miró otra vez y el Chuno se rió y se sirvió otro vaso de vino.

—Mañana en el andén te organizo una manifestación con carteles y todo, "Adiós poeta" "Chau Neruda de Humiquel"

—¿Sos chileno Chuno? —le pregunté.

—Sí señor —dijo—, chileno y peronista carajo.

Nos empezamos a reír y busqué en Raúl aquel antiguo brillo de sus ojos, pero hasta la sonrisa era forzada y resentida. Después lo miré al Chuno que seguía riéndose.

—Chilote —le dije y le toqué la espalda.

—Sí, pero me vine para acá a los doce años y no volví más. Me cago en Chile.

—Y yo en Argentina.

—¿Qué culpa tiene el país, che?

Raúl no respondió, me paré y fui a la cocina para ayudar un poco a Leonor. Le toqué el hombro y también forzó una sonrisa, le pregunté si estaba así por Raúl y me contestó *si* con la cabeza.

—Pero Raúl va a volver Leonor —le dije tratando de convencerla y convencerme. Ella siguió haciendo *si* con la cabeza, le di un beso y la dejé con su amargura, me daba cuenta que apenas si podía cargar con la mía. En la mesa Raúl le contaba algo al Chuno que se reía, cuando me acerqué, el Chuno me tomó del brazo acercándose a él, sentí el olor al vino que subía de su boca y me dijo—. Así que a las once la Clara anda por San Mateos versículo veintiuno. —Y se echó para atrás riéndose en voz alta.

Me reí y le dije—, guarda que no te escuche Leonor, eh. —Y me senté a esperar el mate.

Dos horas y media después, con tres pavas de mate encima, entre anécdotas, recuerdos, risas y gestos de bronca, el Chuno se paró y dijo que se tenía que ir, que ya era tarde, que tenía sueño y que mañana nos vería en la estación, los cuatro nos paramos y caminamos para la cocina. El Chuno volvió a felicitar a Raúl por el asado y lo abrazó para sostenerse porque estaba pasado.

## CAPÍTULO XXXVIII

Muchas cosas seguían cambiando, pero más que nada eran diferencias superficiales de comportamientos, y más específicamente en los jóvenes. Me atrevería a decir que se estaba rompiendo un orden al que nos habíamos acostumbrado durante tantos años y que nos golpeaba como un cachetazo. Pensé en la anécdota de un rato antes, el pibe que quería rendir un examen en bermudas y con un arito en la nariz, y la profesora que no quiso tomárselo, y el despelote que terminó en la dirección con Clara de árbitro, y yo de espectador asombrado. El pibe le preguntaba que clase de democracia era esta y Clara diciéndole a la profesora que le tomara el examen. Una hora después, otra vez el pibe puteando a la profesora y al colegio desde la calle con algunos amiguitos. Esas anécdotas se repetían día a día. Cuando la profesora regresó con los ojos humedecidos a explicarle a Clara lo que le había preguntado, diciéndole que el pibe no sabía nada, ella me miraba a mí para constatar que le creíamos. Clara ni habló, la dejó llorar un poco y después le dijo que no se hiciera problemas y la dejó irse a su casa. Me iba a ofrecer a acompañarla pero no lo hice. Cuando cerró la puerta aguanté la vista contra la hoja donde copiaba los nombres y las notas de los alumnos, no quería mirar a Clara, sospechaba que algo hiriente iba a decir.

—Linda democracia —dijo sonriente.

Me quedé calladito, sólo le hice un movimiento de cejas y seguí escribiendo. Clara volvió a decir varias veces más “democracia”, y se reía. Apuré lo que estaba haciendo, cerré la carpeta y salí a fumarme un cigarrillo. Caminé por la galería hasta el patio, alguien gritó desde la calle pero no le presté demasiada atención a lo que dijo. Me paré frente a la estatua de Belgrano que le habían pintado un bigote rojo y sobre el pecho, alguna niña enamorada había escrito “COLO TE AMO”. También me entretuve con los nombres de las parejitas que se habían inmortalizado sobre el mármol, Cachy y Vivi, Ale y Patry, Guillermo y Roxana" y sobre la base del mármol, bien grande, habían escrito "RIVER CAMPEON". Di unos pasos hacia atrás y sonreí con tristeza, no era un espectáculo muy digno que digamos, observé a Belgrano y me pareció que sonreía también, como diciéndome que no me haga problema, que eso no era demasiado importante, alguien me tocó el hombro y dijo—. Qué barbaridad eh...

Lo miré con poca importancia, era el profesor de física, le hice un gesto de vergüenza pero no dije nada, noté que él también leía los nombres de las parejitas en el mármol, después miró los bigotes rojos y agregó:

—Al menos no le dibujaron una pija en la boca como al monumento de Roca, ¿lo vio?

Agaché la cabeza para no reírme, el tipo siguió hablando, yo le respondía con movimientos de cabeza y sonrisas.

—¿Es jodido ser prócer en Argentina? —volvió a decir.

No respondí, él tampoco esperaba que lo haga, me invitó a sentarme en un banco del patio, le dije

que no, que había salido a fumarme un cigarrillo, nada más, pero recordé a Clara y me decidí por el profesor de física.

—Vamos —le dije.

Esperaba que se quede callado pero fue sólo una ilusión muy ingenua, apenas nos sentamos me preguntó por quién había votado. No sé por qué me incomodó la pregunta.

—En blanco —le respondí.

—¿En blanco, por qué?

Me arrepentí de inmediato por haberme sentado y decidí cortarlo ahí nomás—. Porque se me cantaron las pelotas —dije tajante.

Ni se mosqueó. Me miró anonadado, en un principio sentí que había estado bastante grosero, sin embargo el tipo se rió y volvió a la carga—. Como fundamento, bastante pobre para un profesor de historia.

—Ahá... ¿Y?

—Yo voté a Alfonsín —dijo.

—Lo felicito. Yo no —contesté.

—¿No me diga que es peroncho? —preguntó agachándose y buscándome los ojos.

—No, soy Alejandro Ragoni.

—Que ocurrente —dijo—. ¿Quiere qué cambiemos de tema?

No dije nada.

—¿De qué cuadro es?

—De Deportivo Morón —dije resignado a continuar la charla por cualquier carril.

—¿En serio? —dijo riéndose.

Lo miré fijo.

—No me imaginaba que existían hinchas de esos equipos, disculpe — se quedó callado unos segundos y volvió a decir—, yo soy de San Lorenzo —y lo dijo con orgullo.

—Jódase —dije y no sé por qué me arrastró una sonrisa. Se quedó mirando como mi sonrisa se transformaba en risa y nos reímos juntos.

—¿Se le pasó la bronca, profesor?

Miré hacia el piso un instante, después levanté la vista sin mirarlo y le dije—. Sí, un poco.

Disculpeme si fui grosero.

El tipo me palmeó el hombro como si además de perdonarme me hubiese regalado una Ferrari o un Rólex.

—Lo entiendo profesor, lo entiendo. —No sabía a qué se refería ni que era lo que entendería, pero hice otro sí de acercamiento y lo dejé venir nuevamente—. Ahora que se le pasó la bronca, dígame, ¿a quién votó?

Volví a mirarlo totalmente resignado, me sonrió, y aguardó sin quitarme la mirada, por primera vez vi sus ojos azules, me hicieron acordar a los del profesor de literatura, eran ojos buenos—. A Alfonsín —le contesté—, a Alfonsín, como usted.

## CAPÍTULO XXXIX

El Chuno saludó por cuarta o quinta vez a Leonor y se dirigió hacia la puerta. Salimos los tres y sentimos el frío que se pegaba en las ropas y endurecía los cuerpos. Raúl se subió la solapa y metió las manos en los bolsillos.

—Se vino nomás —dijo el Chuno.

—Parece que se terminó el otoño —le dije.

Todos miramos el cielo.

—Está nublado —volvió a decir.

—Sí....

—¿Nevará? —preguntó.

—Puede...

Raúl se había apoyado sobre el pilar sin participar de la conversación,

el Chuno lo miró, extendió la mano y le preguntó—. ¿A qué hora pasa el tren mañana?

—A las cinco más o menos.

—Nos vemos ahí entonces Raúlito ¿Llevo algún cartel?

Raúl le respondió con una sonrisa. El Chuno me saludó y me preguntó si me vería en la estación.

—No sé... no me gustan mucho las despedidas —admití.

—Macana profesor., dentro de un mes lo tenemos de nuevo acá, va a ver.

—Mi viejo dijo lo mismo cuando me fui de Buenos Aires —respondí.

El Chuno se rió y me mostró todos los dientes podridos que asomaban detrás de los bigotes, saludó otra vez a Raúl y enfiló para su casa. Raúl que no había dicho nada hasta entonces se sacó el pucho de la boca y dijo—. Qué personaje....

Me reí—, buen tipo el Chuno, buen tipo....

—¿Vamos a caminar un rato? —sugirió.

—¿No tenés frío?

—Sí, pero hoy es sábado —respondió. Se paró con las manos en los bolsillos y empezamos a caminar para la ruta—. ¿Vamos hasta la gomería?

—¿Otra vez?

—Digo....

—Vamos —respondí.

Caminamos en silencio hasta alcanzar la ruta. Vimos un coche que se aproximaba desde muy lejos, apenas distinguíamos los focos que cada tanto desaparecían en las depresiones del camino. Por primera vez deseé que Raúl ya se hubiese marchado, se nos habían agotado todos los temas, redundábamos sobre las mismas cuestiones que ya no tenían ningún sentido, quizás si se marchaba, más adelante tendríamos algún motivo diferente para conversar. En la última semana todo se había limitado a reproches estériles. La desidia superaba ampliamente el espectáculo que ofrecía la noche, una luna casi llena y muy pocas nubes. Los dedos se me habían endurecido y saqué las manos de los bolsillos para ponérmelas debajo del brazo, Raúl habría interpretado ese movimiento como un gesto de fastidio.

—¿Quiere volver? —me preguntó.

—No.

—¿Tiene frío?

—Sí, bastante —admití.

—Volvamos.

—No, no es para tanto —insistí.

Vimos otra vez aparecer las luces del coche que salía de la hondonada y nos concentramos en ellas. Un minuto después, el auto pasó detrás de la estación y antes que pudiésemos llegar a la ruta las dos luces rojas desaparecieron. Ahora, sobre la ruta, el viento hacía descender la temperatura y los dedos parecían a punto de quebrarse, me pareció una idiotez continuar hasta la estación de servicio abandonada y le pedí que regresáramos.

Sin responder nada, Raúl giró y comenzó a caminar para el otro lado, ese movimiento me dejó verle la cara morada y endurecida, le pregunté si le sucedía algo y me respondió que no con la cabeza.

—¿Entonces?

—Si yo supiera... —contestó Raúl

—Ya va a pasar —le dije. No quería hablar de más pero tampoco quedarme callado. La situación era incómoda por la simple razón de no saber por qué lo era. Caminé midiendo los silencios para que no se extendieran más de la cuenta, pero no sabía con que llenarlos. Nos dirigimos hasta mi casa, no hizo falta invitarlo a pasar, entró y se sentó en el sofá donde siempre se sentaba el Negro. Fui hasta la cocina a preparar el mate, quedaba yerba para una sola vez y hasta el lunes que cobraba mi último sueldo no habría nada en la casa, entonces me quedé pensando seriamente, ¿después qué? Me demoré en regresar pensando que se me agotaban los argumentos para persistir allí, sabía que mientras contara con la posibilidad de que Clara y Raúl me diesen una mano, alentaba una esperanza para no regresar a Buenos Aires. Me dije que sí, que me quedaría con eso, en su momento decidiría que hacer y hablaría con ellos, mientras tanto, donde iba a estar más seguro que aquí.

## CAPÍTULO XL

Había visto sucederse los días y los años sin inquietarme demasiado. No sé si había sido la incapacidad con que me manejaba para reaccionar ante los estímulos y los golpes, o la estupidez que se iba acentuando con el correr del tiempo y las inclemencias de un sistema que me iba superando. Esto lo noté, y digo lo noté, porque hasta hoy, siempre supuse que los motivos de mi fracaso eran puramente internos, hasta que descubrí que la culpa era compartida con el mundo exterior. Este análisis me servía, al menos, para estirar un poco más el desmoronamiento.

Dos largos años se habían esfumado en idas y venidas con Susana, con el proyecto de hacer cosas junto con Raúl, con la posibilidad de arreglar la casa y la de participar con el colegio en una serie de actividades a nivel nacional. Sin embargo todo parecía efímero, nada de nada se concretaba, Susana se iba cansando de aguardarme y yo sin saber cómo remediarlo, como si la vida estuviese sujeta a un guión cinematográfico, me quedaba esperando el desenlace y el final.

Sentado en el sofá, en algún banco de la plaza o debajo de algún árbol, siempre se sucedían los mismos recuerdos, todas eran imágenes precisas que globalizaban algunos momentos de mi vida, veía a mi madre en el fondo de la casa, siempre en verano, lavando verdura o preparando ensalada de fruta, esperando a los tíos que vendrían a cenar como todos los viernes, a veces las imágenes eran más remotas aun, recordaba las caminatas impostergables con mi madre, todos los domingos, hasta la plaza San Martín, y el regreso deteniéndonos en la heladería, y los cientos de besos de mamá antes de llegar a casa. Eran todos recuerdos banales, no tenían consistencia si no los pensaba en conjunto, eran recuerdos sin jerarquía de importancia ni de acontecimiento, imágenes generalizadoras y nada más. Entonces a veces pensaba también, ¿qué quedaría de todo esto? ¿Cómo recordaría estos años? ¿Cuántas cosas que valieran la pena me llevaría en la memoria de aquí? O serán recuerdos como los de mi madre, generales, las cenas en lo de Clara, los mates en casa con Raúl y el Negro, las caminatas con Susana. Realmente me daba temor no dejar hechos más concretos para recordar, pero a la vez, como me parecía absurdo todo lo que estaba pensando, delegaba mi imaginación a un acto de melancolía mal curado y lo dejaba ahí

nomás.

Encendí la radio y todavía se escuchaban los ecos del mundial de México. Cinco meses y todavía con lo mismo, acá las noticias eran siempre las mismas. Éramos el coletazo de Neuquén. Las radios tomaban mejor las señales chilenas que las de aquí y si no pasaba nada importante o no tenías televisión, muy poco era lo que te enterabas con actualidad. Recuerdo aquella vez que con Raúl quisimos instalar una frecuencia de radio, habíamos averiguado en la municipalidad y varias personas nos apoyaban, pero, como siempre, el proyecto sucumbió ante nuestra propia apatía y la dificultad de conseguir el dinero.

Busqué en el dial, algo de música y me fui a la cocina a preparar algo para cenar, sabía que en algún momento llegarían los muchachos (los pecadores como se hacían llamar últimamente). Encendí el horno, busqué las papas y las batatas, un morrón, saqué las milanesas y los huevos de la heladera y me puse a cocinar.

## CAPÍTULO XLI

(I)

Era octubre otra vez. La primavera todavía tardaba en hacerse ver, un frío sorpresivo descendió de las montañas hasta el pueblo, acompañando ese viento que te cortaba la cara, que silenciaba todo y que ganaba las calles para instalarse definitivamente durante todo el mes en Humiquel. No fue igual que otros años, las flores tardaron en aparecer en los jardines y sólo algunas rosas animaron el pueblo.

Habíamos acordado con Susana cenar en casa el sábado para romper, al menos, un poco el hábito de pasarla con su familia conversando siempre de lo mismo. Esto, de alguna manera era una forma de confirmar este implícito compromiso y eso mismo me producía un sentimiento profuso. Me espantaba la idea de lo que podía pasar esta noche, cena mediante, pero lo que más me intranquilizaba era lo que no iba a suceder. Estuve toda la tarde limpiando y ordenando. Como pude acomodé la pata de la heladera y cubrí algunas manchas de humedad con los cuadros que mi madre me enviaba para mis cumpleaños.

A eso de las tres, cuando nada quedaba por hacer, me preparé café y fui a sentarme delante de la ventana para desde allí enfrentar la tarde. Sabía que Raúl hoy no vendría, había viajado con el Negro a Bahía Blanca y seguramente se quedarían toda la noche para aprovechar y salir por allí. Como habitualmente sucedía, me dejaba atraer por el panorama que se abría desde la ventana, por su despareja tonalidad, por el camino que se perdía más allá de la ruta, sobre los techitos más humildes. Hacia el frente, todo era un verde claro, salpicado por charcos que iban a morir delante de la hilera de sauces que delataban el río; y a la derecha, la estación, con toda esa carga de significados que tenía para mí, por donde alguna vez habían entrado todos mis sueños y, sin embargo, todo eso ahora era apenas una masa de hormigón con paredes peladas, con macetones arrasados por el desdén, como el cartel que se había quebrado y que se sostenía por un alambre que algún vecino considerado había utilizado para atarlo. Todo eso me transmitía una sensación de intensa soledad, me hacía ver el primer invierno que pasé en el pueblo, cuando todo se cubrió de esa capa cremosa de nieve, mostrándome una imagen de vastedad y de tristeza, sin embargo, aquello, me dejaba un margen muy grande para la esperanza, todo lo contrario de lo que me



sucedía últimamente. Sin darme cuenta se me había fijado otra vez la tristeza del invierno, ese marco de eternidad que da el mismo instante que vivimos y esa resignación que me llevaba a la enumeración de derrotas, como si el mundo se hubiese complotado en mi contra.

Decidí pegarme un baño antes de que llegase Susana, me desvestí lentamente junto a la estufa. Había una marcada lejanía entre mis pensamientos y lo que estaba haciendo, como si el que se desvistiese fuese otro. Entré en el baño tratando de recordar el sueño que había tenido anoche y que por la mañana apenas lo había podido retener, pero ya había perdido consistencia y comenzaba a hacerse enmarañado. Me bañé con esa idea, sin apuro. Recordé otros sueños que tenía memorizados. Todo lo hacía con la letanía de saber que el tiempo me sobraba o, como en algunos casos, que el tiempo no tenía demasiada importancia. Con esas pocas cosas se pasó la tarde.

(II)

Susana entró con una bolsa amarilla bamboleándose de un brazo, otra bolsa que sostenía con el otro a la altura del pecho, seguramente el postre, y una enorme sonrisa cabalgándole la cara.

Me puso el paquete en la mano y extendió su sonrisa por mis ojos. Después apoyó la bolsa que traía arrastrando, en el sofá y me dio un beso. —¿Frío? —le pregunté. Hizo un ademán de temblor y me puso las manos en la cara para que

me dé una idea.

—Ponete al lado de la estufa —sugerí.

—Está bien —dijo echándole una ojeada a la casa—. Qué lindo, todo

ordenadito, todo limpito, ¿por mí es esto?

—Por supuesto —dije pensando que desde este momento, cada palabra que diga, tendría vuelo propio, que no debía decir nada sin pensarlo antes. Después entre los dos preparamos la mesa, dijimos algunas obviedades del tiempo para no quedarnos callados y nos sentamos a cenar sin más trámite. Por lo que charlamos, juraría que cenamos en silencio, sólo hablamos de recetas de comida, de familiares que no veíamos desde hace tiempo, y así dejamos avanzar la noche con nuestras palabras agrandando las expectativas y las posibilidades. Levantamos los platos, preparamos café y nos fuimos a sentar junto a la ventana, volvimos a hablar de comida, saltamos a la política, a la inflación incontrolable de los últimos meses y un montón de temas de ninguna importancia para esta oportunidad. Veíamos pasar las horas en el desplazamiento de la luna. De repente, así como al pasar, a Susana se le ocurrió plantear un viaje imaginario y a mí se me encendió la luz roja. —¿A qué lugar te gustaría viajar? —preguntó.

—....

—¿No me digas que no te gustaría tomarte un avión para cualquier parte?

—La verdad que no... avión no.

—¿Le tenés miedo? —sonrió.

—No, no es eso.

—¿Entonces?

La miré para deducir a donde quería llegar, pero como siempre me crucé con su sonrisa—. No sé, prefiero disfrutar de los viajes, me encantaría tomarme el tren para el sur.

Después me quedé pensando en eso que había dicho, cuando regresé a su cara, me encontré con una mirada que delataba un encanto fuera de lo común, era una parodia de enamoramiento, como si mis palabras le hubiesen develado algo oculto, parecía irreal, todo sonaba a demasiado perfecto, a sobre-actuado.

—¿Qué te pasa? —me dijo— ¿Por qué esa carita?

—Me quedé viajando en el tren —dije riendo.

Me acarició el brazo e hizo el ademán como para tomarme la mano, experimenté un impulso que no obedecía a lo que yo deseaba y que se revelaba a dejar la mano quieta para que la tome, luego de un instante de revoloteo, su mano volvió con ella y miró la hora.

—¿Es tarde? —le pregunté

—¿Para qué?

Me quedé sin respuesta, que tal vez esa era una respuesta, sentí la incomodidad que me brotaba desde las piernas. Me reí, Susana hizo lo mismo. —¿Y Raúl?

—Fue a Bahía Blanca con el Negro —contesté.

Sabía que había querido descomprimir una ocasión que de continuar podía echar todo a perder.

—¿O sea que no los tuviste que echar? —dijo caminando hacia la ventana.

Por primera vez reparé en su ropa, en el pantalón ajustado, las hombreras que agrandaban su espalda y la blusa roja. No le había contestado

todavía, cuando me llamó para que me acercase a la ventana. Me paré y una mezcla de calor y hormigueo me avanzó por la cara. Me señaló un punto en el cielo—. ¿Ves aquella estrella? —me dijo señalándome una de las más alejadas.

—Sí.

—Bueno, cuando me pongo un poco triste o quiero recordar algo, me quedo mirando esa estrella.

Nos quedamos mirando en silencio esa luz tan lejana. A pesar que no le encontraba mucho sentido al quedarme mirándola, esperé que ella dictaminase hasta cuándo debíamos hacerlo.

—¿Tomamos otro café? —dijo de pronto.

—Bueno.

—Yo lo caliente —dijo.

Pasó ese café y otro y otro pero no volví a encontrar otra oportunidad tan clara como la primera conversación, sentía que algo faltaba y no podía comprender tanta indecisión, debía admitir que no podía hacer pie en este terreno, todas las palabras que había articulado antes que ella llegase para decirle lo que deseaba, comenzaban a dispersarse ante el mínimo amague. Lo que decía no revelaba ni siquiera la sospecha de mis intenciones y todas eran frases de destino incierto. Vacilé una y otra vez como si un extraño fuera el que dictaba las palabras hasta sucumbir ante tanto titubeo y dejar que la noche se transforme en amanecer y el amanecer en el desenlace previsto. Nos despedimos en la puerta de su casa.

## CAPÍTULO XLII

Después que se fue Raúl, me quedé despierto a esperar el tren de las seis, Quería verlo, necesitaba oírlo al menos una vez más sin el sabor de la última vez.

Todavía faltaban dos horas y salí a fumarme un cigarrillo. Sin advertirlo, caminé hacia la plaza, quizás el último baluarte del pueblo. Desde ahí había visto pasar gran parte de mi historia. Transité el caminito de siempre, me senté en el banco donde acostumbrábamos a reunirnos y clavé la mirada en el fondo del paredón. En esa postura transcurrieron varios cigarrillos, me distraje con algunos perros peleándose por un huesito, vi al loquito mear el monumento de Roca y perderse después entre las sombras de los árboles.

Más de dos horas me quedé en la plaza buscando con riguroso esmero evadirme de los presagios que me rondaban. Cuando por fin vi a lo lejos la luz del tren, me paré y fui a la estación. Entré en el laberinto que llevaba al andén reteniendo el aire para sortear el olor a orín. Del otro lado, dos perros que dormían sobre un banco, alzaron la cabeza con curiosidad y luego volvieron a enroscarse.

Me senté en el otro banco y encendí un cigarrillo. Desde allí podía ver la ventana de mi casa, era una sensación extraña, como si estuviese dentro de un cuadro que toda la vida me había pasado pintando. Cuando el tren tomó la curva final y la luz apuntó directamente a la estación, me levanté, me acerqué al borde del andén y vi como la luz empezaba a dispersarse. Comenzaba a amanecer.

## CAPÍTULO XLIII

Mientras se apagaban los ecos del triunfo electoral, renacían las esperanzas en la gente. De a poco los comerciantes se animaban a darle crédito nuevamente a sus negocios y todo parecía que se encarrilaría en poco tiempo.

Yo, mientras tanto, continuaba con mis pequeñas batallas, establecía diferencias entre lo que había hecho hasta ahora y lo que debería hacer. Me propuse salir a correr dos veces a la semana y se lo propuse a Raúl. Dio resultado. En pocos días, Raúl, el Negro, el Chuno y yo corríamos del otro lado de la estación los martes y los sábados. El Negro y el Chuno corrían cantando la marchita, Raúl y yo nos reíamos y a veces los acompañábamos. Los sábados por la noche tenía las cenas sagradas en lo de Clara y el colegio todos los días. Con todo eso sostenía mi vida.

Como ya dije, de todas esas cosas me alimentaba. Volví a buscarle algún sentido a todo, al fin y al cabo no había perdido nada todavía, estaba a tiempo de muchas cosas y el pueblo, a pesar de sus males, recuperaba la alegría.

Otro de los buenos síntomas fue el de concebir nuevamente la posibilidad de crear la radio que tanto habíamos deseado años atrás con Raúl. Hicimos un par de viajes a Neuquén y otros contactos por ahí que nos abrió una nueva perspectiva, pero como todas las cosas, muy pronto conocería el vértigo de la realidad.

Quizás porque fue sólo un espejismo o porque como siempre, el triunfo suena a malentendido, lo

cierto era que nosotros no encontrábamos las soluciones a las dificultades que se nos planteaban y en muy poco tiempo, mucho menos de lo que cualquier pesimista se hubiese desalentado, nosotros ya habíamos abandonado el barco.

En sólo tres meses, la radio había pasado a ser tan imposible como viajar a Júpiter en bicicleta, un nuevo golpe de inflación nos devoraba los bolsillos y atemorizaba a los comerciantes, y como golpe de gracia, el gobierno de la provincia anunciaba oficialmente, que para el próximo año, la municipalidad sería transferida a Zapala donde deberíamos viajar para cualquier trámite, dejando de paso un gran número de gente en la vía.

Otra vez todo parecía un gran espiral donde los fracasos eran los mismos pero demoraban cada vez menos en producirse. Decidimos con Raúl dejar de lado la idea de la radio, un sábado mientras corríamos por el camino que nacía detrás del molino. Para esto, el Chuno y el Negro ya habían abandonado el mes pasado la rutina de correr.

Cuando regresábamos caminando, tuve la leve impresión de que Raúl me daría otra mala noticia, venía muy callado y esa sensación, sumado a este ambiente, daba un efecto de letanía. Aguardé sus palabras pero no dijo nada. Al llegar a la plaza nos separamos. Sin embargo yo seguía cargando ese fantasma que me acosó hasta la noche y que llegó del lado que menos me lo imaginaba.

Fue por la noche, en lo de Clara. Los únicos temas que daban vueltas en la mesa y en todo el pueblo eran los negocios que bajaban las cortinas porque no recibían mercadería, y el dinero que se evaporaba aún sin moverse del bolsillo.

Clara nos decía que hoy comeríamos pero que del café nos olvidásemos. El almacén estuvo cerrado todo el día, apenas vendió lo indispensable y sólo las cosas que se echarían a perder. Temí que podía quedarme sin yerba y sin cigarrillo. Entre tanto, Clara aprovechó para decir—. ¿Y ahora qué van a decir?, vuelve la alegría.

Nos reímos. Clara se levantó y se llevó los platos. Hoy faltaban en la mesa Claudia y el novio, quien se había sumado en los últimos meses al rito de los sábados. No pregunté, pero supuse que habrían salido, después Clara comentó que Claudia había viajado a Buenos Aires para visitar a los tíos. Cuando nos quedamos solos, Susana me contó que se había peleado con Pedro y que estaba muy triste, por eso le insistieron para que viaje.

Clara trajo a la mesa la cafetera y tres tacitas y nos reímos. —Ríanse ustedes dos. Lo pagué el doble de lo que valía ayer. —Yo no dije nada —le respondí abriendo los brazos.

Me dio un beso en la cabeza y me preguntó por Raúl.

—Ahí anda... Escribiendo.

Susana apagó la tele “no hay nada” dijo. Clara se sentó y sirvió el

café. Mientras me alcanzaba el pocillo me dijo con toda naturalidad—. Te enteraste que los próximos sábados vamos a estar solitos —y miró a Susana—, ¿le contaste?.

Miré a Susana y advertí el nudo que empezaba a formarse en mi estómago y que subía y bajaba con la respiración.

—No, todavía no le había contado —dijo.

—Tu amiguita se va veinte días a Buenos Aires, se va a buscar a la hermana.

—No sé si veinte días.

—¿Cómo que no sabés? A la tía le dijiste eso.

Susana no agregó nada.

—¿Y el trabajo? —pregunté.

—Tengo tres semanas que me debían... además por el tiempo que me queda ahí.

—Bueno.... Buen viaje —dije.

Clara nos estudiaba, lo percibía, sentía el peso de sus ojos en mi nuca, ella verificaba mi desconsuelo con muchísima tristeza. Esta noticia me mostraba que hasta entonces mis días habían pasado atropelladamente y advertía lo mucho que me costaba adaptarme a los cambios. Noté que la sonrisa que había puesto, poco tenía que ver con lo que sucedía, esperé que pase el efecto de la noticia, pero igualmente esta noche medió entre nosotros una traición encubierta. Clara, cada tanto, nos dejaba solos con cualquier excusa, pero cuando regresaba, nos encontraba en el mismo silencio en que nos había dejado. No sé que me dolía más, el que se fuese esos días o el de haberme enterado así, como de pasada, y que me hacía sentir excluido de algún lugar donde tenía la seguridad de pertenecer.

En su última excursión a la cocina, Clara calentó café. Cuando le iba a servir a Susana, ella no aceptó y dejó ver en su ademán su malestar. Yo apuré el café y dije que tenía sueño. Me paré, saludé con la mano a Susana, le di un beso a Clara y me fui.

## CAPÍTULO XLIV

La máquina se me presentó de frente. Entre la luz de su foco y los rayos del sol daba la impresión que emergía de un espacio inexistente y que recién al entrar en el último tramo ganara consistencia. Cuando comenzó a disminuir la velocidad, sentí una presión insoportable en las piernas producidas por los cimbronazos del tren y me alejé unos pasos hacia atrás. Miré ligeramente al tipo que venía en el primer vagón y también vi a los perros que ahora caminaban sobre el andén, se estiraban arqueándose y bostezaban con un vago interés. Imaginé que muy pronto todo el andén les pertenecería a ellos, a las ratas y a los yuyos que comenzarían a expandirse a lo largo de la vía. Ya nadie renegaría por la limpieza de la estación o por el cartel despintado.

Un instante después, el Maquinista se asomó y me preguntó si pensaba subir, le contesté que no y vi el gesto visible de asombro. Quizás habría pensado que yo era el loquito que le tocaba a cada pueblo. No me importó mucho. El tipo tocó un pitazo corto, se metió en su lugar y el tren arrancó nuevamente. Me quedé parado ahí, aguardando que se pierda en ese camino que yo no había recorrido nunca, Intenté amortiguar la agonía con la insólita decisión de mandarme a mudar hoy mismo, antes de las seis, caminando, en micro, o vaya a saber cómo, pero irme, para no tener que ver el espectáculo de la última vez. Quería quedarme con la imagen de ese paisaje en movimiento que era el tren llegando y partiendo, pero no partiendo definitivamente y mucho menos llevándose a Raúl y a Clara.

Volví a sentarme en el mismo banco y los perros regresaron al suyo, me quedé mirando hacia abajo, me vi el sobretodo descolorido, gastado, aguanté para no llorar pero algunas lágrimas débiles cayeron y se enfriaron rápidamente.

El último círculo se estaba cerrando alrededor de mí y me sentía absolutamente cercado, limitado a soportar el devenir, admitía que aunque lo quisiera ya era tarde para cualquier intento, que el

mazo ya estaba vacío y que el último naipe lo había arrojado al pozo cuando Susana vino a casa a despedirse, o como dijo Raúl, a darme el último comodín.

Cuando me paré para regresar a casa, del bolsillo del sobretodo, cayó el sobre con la carta de Susana, me senté en el banco otra vez y la sopesé un par de veces, no esperaba que contuviese la solución final, sabía que ante la duda lo abriría y posiblemente me lastimaría aún más, entonces decidí romperlo ahí mismo, en ese lugar, que había pasado a ser un símbolo. Y lo hice. Ni siquiera quise guardarlo de recuerdo, lo rompí en cuatro partes, lo revoleé en el andén y me fui.

## CAPÍTULO XLV

Otro domingo más que pasaba tirado en el sillón esperando que anocheciera para que llegasen los chicos. Había pasado una semana de tira y afloje conmigo mismo en una disputa de índole más bien psicológico, algo que tenía que ver con la dignidad de un hombre, con la vanidad, si se quiere. Una sensación que posiblemente se habría gestado en estos días que Susana viajó a Buenos Aires y que creció al calor de la humillación de esta última semana.

Los días que siguieron al regreso de Susana fueron de una tensión intolerable, nos saludábamos en la calle como dos conocidos más y, para colmo, descubrí, que a la inversa de lo que yo hacía, ella intentaba evitarme a toda costa. Este hallazgo lo comprobé efectivamente el sábado por la mañana, y la certeza la tuve por la noche, en su casa.

Por la mañana, todavía no llovía, salí a comprar yerba y fósforos al almacén, crucé la plaza y entré en el negocio. Allí fue donde tuve el primer encuentro del día. Estaba de espaldas, llevaba puesto un pantalón azul y un pulóver blanco que no le conocía, seguramente comprado en Buenos Aires. Ella no me había visto, pero no me miró ni cuando Elvirita, desde atrás del mostrador, me saludó, ni tampoco cuando escuchó mi voz. Era evidente que sabía que yo estaba allí. Después pagó, saludó, giró bruscamente y salió leyendo el frasco de mayonesa y mirando el suelo. Para peor, tuve que tolerar que Elvirita me preguntase si estábamos enojados ya que a Susana la había notado algo extraña desde que regresó de Buenos Aires. Le respondí que sí, no dejé crecer la conversación, pagué, saludé y me fui.

Ya en casa no quise pensar en el asunto, encendí la radio para que haga ruido y aguardé la lluvia que no se hizo esperar demasiado. Después de almorzar, me recosté en el sillón para dejar pasar de largo la tarde. Me desperté a eso de las seis y media, había dormido sin proponérmelo, eso me alegraba, era un buen síntoma de independencia, de no necesitar que todo funcione a las mil maravillas para que la vida continúe naturalmente su curso. Fui al baño, me enfrenté con el espejo, me miré alternadamente los ojos, después me alejé un poco para observar si mi cara todavía mantenía los mismos rasgos con los que me identificaba y me apené de lo que vi. Llevaba la angustia de los últimos días apretada en los ojos, mi aspecto era menos deseable que un plato de sopa en verano. Decidí bañarme y afeitarme para mejorar mi aspecto, me di todo el tiempo del mundo, cuando salí del baño estaba más relajado. Ya había oscurecido y seguía lloviendo, preparé el mate para hacer un poco más de tiempo y no llegar a lo de Clara tan temprano.

Después de apurar el mate, me puse el sombrero y salí, caminé planteándome situaciones, saludos, reproches o simplemente practicando la indiferencia que ella misma había puesto en juego. Con todo eso llegué a lo de Clara, encendí un cigarrillo antes de entrar, era un dato llamativo lo del

cigarrillo y ahora me daba cuenta, siempre que necesitaba darme valor encendía uno. Me hizo bien, entré más flojo, saludé a Clara que estaba sola, pasamos a la cocina hablando del tiempo y agradeciendo a Dios que existía el mal tiempo, o mucho calor, o mucho frío, o mucha lluvia, o mucho cualquier cosa que servía para poder sostener cualquier conversación. La mesa ya estaba preparada, cuatro platos hondos, cuatro vasos, cuatro tenedores, eso significaba que cenaríamos fideos. Iba a decir algo del colegio cuando escuché pasos en la escalera, era Claudia, se acercó y me dio un beso, le pregunté por sus vacaciones en Buenos Aires, me dijo bien, lindo, que fue a muchos lados, yo sólo estaba atento a la escalera. Clara habría interpretado mi ansiedad e intervino en la conversación preguntándole si le faltaba mucho a su hermana.

—Ya baja —dijo y subió otra vez.

Clara me miró y dijo nuevamente—. Volvieron contentas, parecen las mejores amigas, se ríen todo el día, se cuentan cosas, hay que dejarlas.

—Sí...

—¿Te contó algo Susana? —preguntó.

—No hablamos de nada todavía.

—Parece que Claudia conoció un muchacho allá, y hay posibilidades que mi hermana le consiga un trabajito. Vamos a ver, ojalá tenga suerte.

—¿Y Susana también?

—No seas tonto —respondió.

—No soy tonto, pregunto nada más.

—Preguntale a ella —sugirió.

Volvímos a escuchar pasos en la escalera y otra vez comencé a hablar del tiempo con Clara, las hermanitas entraron en la cocina tomadas del brazo y Susana vino a saludarme, me dio un beso y me dejó una sensación de tibieza, a pesar de eso noté un vago desinterés. Se sentaron a la mesa, encendieron la tele, hablaron y se rieron entre ellas toda la noche, dejaban entrever un código en el cual yo, y presumo que también Clara, quedábamos excluidos.

Después del café se excusaron y se fueron arriba, Clara me mostró las fotos que habían sacado en Buenos Aires, me dijo que las chicas habían quedado maravilladas con la ciudad. El momento de incomodidad llegó cuando pasó la foto de Claudia y el muchacho que había conocido en Buenos Aires, foto que se completaba con Susana y otro tipo sonriente, que ella misma se apuró en aclarar “creo que es el primo del otro”

Después del tercer café, me paré y le dije a Clara que me iba, que salude a las chicas por mí, era inútil disimular mi malestar. Me pidió que no me haga problemas, que deje pasar estos días y que después todo volvería a acomodarse, le sonreí para complacerla. Saqué un cigarrillo, le di un beso y me fui con la certeza que desde hoy todo había cambiado, que de ahora en más, ni este ritual sería el mismo.

Me levanté del sillón y miré por la ventana, llovía perezosamente, la lluvia caía sin prisa y sin pausa, alcancé a ver el tren que partía de la estación, huía hacia el llano resguardándose en el silencio de la misma lluvia. No tardarían en llegar el poeta y el Negro, sabía que no se demorarían, el Negro se había quedado sin el laburo de la municipalidad y ahora no tenía problemas con la hora, se la pasaba todo el día trepado al camioncito del viejo tratando de arreglarle cualquier cosa y se la rebuscaba con la changa de los viajes al Valle a cargar y descargar frutas u otras cosas. Al poeta todavía le quedaban dos meses en la municipalidad, como a Susana. Cuando volví a mirar por la ventana, el tren ya descendía en la última curva antes de desaparecer de mi vista. Ya era de noche. Seguía lloviendo.

## CAPÍTULO XLVI

Llegué a casa con la languidez que produce el pasar toda la noche despierto. Calculé que serían las siete de la mañana y pronto vendría Clara a despedirse, Quizás también Raúl, pero él vendría más tarde. Fui a la cocina y decidí prepararme un poco de mate cocido con la sobra de la yerba que había quedado del mate de ayer. Era seguro que Clara me dejaría las llaves de su casa como ya lo había hecho en otras oportunidades para que le eche una ojeada cada tanto, le diese de comer a la tortuga y le regase las benditas plantas. Como siempre me dejaría café, galletitas y algo de comer para los primeros días. Revolví el mate cocido para que tomara un poco más de color y me asomé por la ventanita del fondo, se había empezado a nublar lentamente. Encendí la radio, escuché algunas noticias sobre el estado de las rutas, los proyectos insólitos de don Felipe, también anunciaban que en La Angostura había nevado y entonces me asomé y volví a mirar el cielo que seguía cubriéndose.

Saqué la jarrita del fuego, serví todo en una taza y la abracé con las manos para combatir un poco el frío. Me quedé en la cocina que estaba más aceptable que la sala y especulé con la idea de pedirle a Clara que me permitiera quedarme en su casa mientras ella estaba ausente. Ahora el frío y el sueño se debatían palmo a palmo para ver quién me derrotaría primero, me aferraba a la taza como si fuese la solución a todos los problemas, sentía los músculos abarrotados y el cuello rígido como el de una monja. En la radio decían que en Zapala hacía dos grados bajo cero. Acá tomábamos esa temperatura como nuestra, era la más parecida o lo más cerca que teníamos como referencia.

Terminé con dificultad el mate cocido y fui al baño a mojarme un poco la cara y a mear. Ni el más distraído de los seres humanos negaría que por esta casa no habría pasado una mujer en años. Los rincones del baño eran un suburbio de telas de araña, el papel higiénico apoyado en el piso junto a una revista, un jabón derretido detrás de la canilla, una manivela rota, y detrás del espejo, dos maquinillas de afeitar usadas.

Cuando salí del baño, el sol todavía no daba en la ventana, recién comenzaba a pegar en los álamos más altos. El alba se extendía a través de la llanura desde donde llegaba el tren y penetraba en la oscuridad del pueblo. En ese momento, según desde cual ventana observase, podía ver el amanecer desde una y la penumbra desde la otra.

Para combatir el sueño, busqué entre los apuntes unas hojas que le había escrito a mi madre y que Clara se había ofrecido a llevárselas junto con algunas fotos. De repente me vinieron deseos de verla, de viajar también, nos necesitábamos como nunca, rápidamente desistí de la idea y busqué un sobre por todos lados, como no encontré ninguno las guardé en uno de una vieja carta suya, pero antes le escribí unas frases más. Si mi madre me conocía como yo pensaba, develaría que estaba triste, igualmente Clara se encargaría de comunicarle algunas apreciaciones propias.

El primer rayo de sol trepó por la ventana, alumbró el piso y le dio vida a las mil y una partículas de polvo que flotaban en el aire. Serían las ocho y diez o y cuarto a lo sumo, sufría la necesidad del mate, regresé a la cocina y abrí todas las puertas, revisé todos los frascos, no me daba la suma para entender cómo podía ser que me había olvidado de pedirle a Raúl o a Clara un poco de yerba, sabía que más que un descuido había sido desidia, tenía ganas de putear a los cuatro vientos, todavía no me había dado por vencido con la búsqueda cuando escuché los golpecitos en



la puerta, sin duda sería Clara, miré la hora en el despertador de la pieza, ocho y media ¿quién otro podría ser a esa hora? Cerré la puerta para que no viera el desorden de la pieza y fui a abrirle.

## CAPÍTULO XLVII

(I)

La noticia cayó como un balde de agua fría en el pueblo, era el tema obligado en el almacén, en la escuela, en cada casa, después del traslado de la municipalidad, creíamos que habíamos quedado vacunados contra cualquier cosa, pero por lo visto no era así. Desde ayer se rumoreaba por la radio que el gobierno nacional estaba decidido a retirar los ferrocarriles que le daban pérdidas al Estado y que los que no se privatizaran, las provincias mismas deberían hacerse cargo.

Si de algo empezaba a estar seguro, era de la insensibilidad con que se decían y cumplían las cosas. El pueblo había comenzado a transitar un espinoso camino sin anestesia, algunas personas que habían tenido la suerte de ser trasladados a la municipalidad de Junín de los Andes o Zapala ya habían recogido las cosas y se habían marchado, sin embargo no sólo la municipalidad se había trasladado, también el Banco Nación había retirado la sucursal que tenía en Humiquel y algunas fábricas habían quebrado.

(II)

Hoy habíamos quedado con Raúl, el Negro y un primo del Negro que estaba de paso, almorzar juntos cuando saliera del colegio. Nos encontramos en la casa de Raúl y el Negro preparó unas pizzas.

Mientras comíamos el Negro contó una anécdota con un travesti en Neuquén y el primo asentía dándole veracidad al relato, después de reírnos un rato, dije—. Che, ¿así que dicen que van a sacar el ferrocarril?

—¿Quién dice eso? —preguntó el Negro sin darle demasiado importancia al tema.

—¿Quién? El gobierno —contesté.

—Tu gobierno —le dijo Raúl acentuando el “tu” y señalándolo con el dedo—, porque yo no lo voté.

—Yo sí, ¿y qué? ¿qué hizo Alfonsín? Pelotudo.

—Bueno, bueno —quise intervenir pero Raúl le respondía por encima de mi voz.

—Tampoco lo voté, pero Alfonsín al menos no te dejó sin trabajo como este hijo de puta.

—Callate gil, qué no lo vas a votar...

—Bueno, bueno basta...

—Claro que no lo voté, pero lo prefiero mil veces...

—Andá, andá, andá felices pascuas, andá a cagar pelotudo...

—Che paren un poco —grité—, parecen dos chicos.

—Éste, que todavía tiene el cerebro de quince años y...

—Guarda, miralo al escritor, a ver si te la creés...

—Che, paren porque me voy, eh... —y amagué a pararme. Así conseguí tranquilizarlos un rato. Raúl se fue a preparar el mate, el primo del Negro no pronunciaba una palabra, el Negro ya se

había olvidado del asunto y comenzaba a contar otra anécdota. Cuando Raúl volvió hablábamos de cualquier otro tema y el Negro se reía a carcajadas, pero Raúl no hizo más que sentarse para decir—. ¿Pero al final, se sabe algo si los van a sacar?

—Otra vez con eso, poeta. Dejate de hinchar las pelotas, no vez que te amargás al pedo.

—Quiero saber, nada más...

El Negro hizo un ademán y me pasó el mate.

—No sé —dije yo—, es lo que dicen, pero no creo...

—No cree.

—Es difícil, ¿qué van a hacer con tanta gente?

—Qué le importa la gente a éste.

El Negro se reía, me hacía gestos para que no le lleve el apunte, aproveché el mate para quedarme callado. Miré al primo que parecía aburrirse, que recorría con la mirada toda la casa, las paredes, las puertas, cada tanto se detenía en algún detalle como si le interesase y después volvía a nosotros.

—¿Vos sos de Cipolletti? —pregunté.

—De Roca —respondió. Todos lo miramos, él se quedó esperando otra pregunta. Raúl le preguntó.

—¿Trabajás en la municipalidad?

—Sí —contestó.

—Y, mirale la carita de vago que tiene. Es de la familia —dijo el Negro. El primo se reía, asentía todo, nosotros lo mirábamos como a un bicho raro, no sabíamos si hablarle o tirarle galletitas. Le dije otra vez:

—¿Qué primo te tocó, eh?

Hizo otro “sí” con la cabeza y mantuvo la misma carita de estar recibiendo un regalo. Insistí nuevamente para convencerme que no fingía.

—¿Y hasta cuándo te quedás?

—No sé —dijo y lo miró al Negro que se apresuró a responder.

—Hasta el viernes o el sábado que voy para allá de nuevo.

Raúl se levantó, encendió la radio y se fue a calentar el agua. Yo tenía que regresar al colegio. Me paré los saludé y me fui con pena de abandonar a Raúl a merced del Negro.

### (III)

Caminé hacia el colegio consiente del futuro que le esperaba. Sabía claramente que muy poco quedaba por hacer. La sombra de un ave, de pronto, se posó sobre mí y me acompañó unos metros, cuando alcé la cabeza, vi el águila que trepaba el cielo y regresaba en un vuelo moderado a colocarse nuevamente sobre mí. Era un fenómeno extraño, en estos quince años muy pocas veces las había visto y jamás sobre el pueblo. Me llamó poderosamente la atención la inmovilidad del ave, era como una figura colgada del sol que se sostenía, no muy alto, sobre mí. Ahuyenté la posibilidad de que me atacase, pero busqué en ella alguna señal y durante todo el día no pude dejar de combatir la idea de que ese hecho era una especie de presagio que me auguraba alguna noticia precisa.

Con esa idea rondándome pasé el día. Ni la presencia de Clara, ni Raúl, el Negro y su primo pudieron disuadirme. Durante toda la semana, esa imagen me persiguió, se me presentaba en las largas meditaciones, la llevaba en los pensamientos y regresaba en los sueños. Aparecía suspendida en el aire, observándole con un dejo de malicia y haciendo caer sobre mí toda la

fuerza de la predestinación.

No tenía una clara idea de mis creencias y todas esas manifestaciones reforzaban mis dudas. Durante unas cuantas noches me confiné en casa, miraba nevar, llover, parar y empezar a nevar otra vez sin poder desembarazarme del águila. Recién cuando el viernes por la noche escuché los dos golpes tímidos en la puerta, supe que era la señal que esperaba, la otra punta del ovillo. Abrí la puerta y me encontré con la cara de Clara, con la frase que ya estaba esperando y con un dolor inmensamente estúpido. Por la noche caminé por todo el pueblo sin mirar el cielo. Nevaba en silencio. En esa tristeza se iba mi padre.

## CAPÍTULO XLVIII

Junto con la confirmación de que levantarían el ramal del ferrocarril a principio del próximo año, llegó la noticia del ministerio que, por razones de presupuesto, el colegio quedaría reducido únicamente a la enseñanza primaria, dejando por ahora en suspenso algunos detalles de carácter administrativo y la posibilidad de algún proyecto alternativo. Lo que quedaba claro era la supresión de todos los talleres que dependían del ministerio de educación.

Clara ya me había adelantado algo sobre el caso el mes pasado, pero decidí hacer oídos sordos y esperar el desenlace. La profesora de matemáticas y la de literatura que habrían intuido el desastre, pidieron para fin de año el traslado a Neuquén para asegurarse un lugar aprovechando que su puntaje se había acrecentado bastante por haber ejercido algunos años aquí, como decía el profesor de física: “en el culo del mundo”.

Estaba en un momento de la vida en que ya no me interesaban algunas cosas y dirigí todos mis esfuerzos en el sentido de mis necesidades más urgentes. Ya habían pasado seis meses del viaje de Susana a Buenos Aires y el tema sólo se hallaba en mi recuerdo. Sabía que Claudia mantenía correspondencia y algún que otro llamado por teléfono con el tipo aquel de la foto, pero mi relación con Susana había vuelto a la normalidad, como me lo anticipara Clara “Es cosa de un tiempito y todo vuelve a ser como antes”. Mejor aún, como si tuviésemos una deuda pendiente, los dos intentábamos acercarnos más de lo corriente, y para esto, cualquier excusa era legítima. Volvimos a caminar por los lugares de antes, pero que ya no eran los de años atrás, llegábamos bajo el frío, hasta el molino abandonado, nos demorábamos en conversaciones hasta extraviarnos en los vericuetos de los recuerdos y pasábamos horas recreando el pasado, desandando los lugares y las horas.

Así, otra vez, dejé irse los días y los meses. Susana, cada tanto, tenía esos raptos de silencio que demandaban atención especial y algunas palabras que yo no siempre tenía. Llevaba ya cuatro meses sin trabajo y sin la más mínima posibilidad de conseguirlo. Ese motivo sumado a otras cosas lograban quitarle la sonrisa y eso comenzaba nuevamente a asustarme.

Hoy, con Raúl, habíamos acordado reunirnos en su casa alrededor de las seis de la tarde. Salí un rato antes porque quería saber si había noticias recientes sobre el colegio y Clara utilizaba estas ocasiones para llevarme a la cocina y tirarme alguna información.

Caminé entre la nieve pisoteada que se mezclaba con el barro mientras presentía que este verano iba a ser de lo más sombrío. Llegué esquivando charcos, golpeé y entré directamente. Me recibió

Clara con un beso y una sonrisa algo indecisa. Me estudió un buen rato mientras me retenía de las manos.

—Pasá a la cocina.

La seguí sacándome la campera, los guantes, el sombrero que de pasada los tiré sobre el sillón. Clara me sirvió café—. Las chicas ya vienen. Fueron a comprar algunas galletitas.

Aproveché la soledad, y como quién mucho no le interesa la cosa, pregunté—. ¿Alguna novedad?

—¿Sobre qué?

—Sobre el colegio —contesté.

—No... no, hay que esperar, tomá, secate los pies un poco. —me tiró un trapo de piso.

Apoyé las botas sobre el trapo y volví a ordenar.

—Sacatelas...

Me las saqué y las dejé en un costado. Clara registraba lo que hacía implacablemente. La miré y le dije—. ¿Está bien así?

Me respondió con una sonrisa. Después se sentó, me miró un rato largo y dijo—. ¿Cómo andan las cosas con Susana?

Puse mi mejor cara de asombro pero no me la creyó y le respondí con un gesto de obviedad—.

Bien...

—¿Qué es bien? —insistió.

—Bien es bien. Andamos bien, no sé...

La respiración se me iba acelerando, Clara avanzó por el territorio que más le gustaba, quería hacerme confesar mis sentimientos por Susana y casi lo consigue de no ser que escuchamos ruidos de botas que zapateaban en la puerta.

—Llegaron —dije.

—Después vamos a seguir hablando —dijo y me acarició la mano. Le miré la cara, Clara ya pisaba los cincuenta y cinco años y comenzaba a dar los primeros indicios de su declinación física. Le vi todos los pliegues que cruzaban su rostro, las bolsitas que comenzaba a colgarle bajo sus ojos e intuí su preocupación por Susana y por mí.

—Ale —gritó Susana desde la puerta. Me paré para saludarla y de paso para demostrarle a Clara lo bien que andábamos.

—Sacate las botas —le dije guiñándole un ojo.

Las tres se rieron. Susana miró a Clara y después a mí.

—¿Te hizo sacar las botas?

—¿Qué hay? La que limpia soy yo después —reprochó Clara.

Entre risas parodiamos una discusión, Claudia no intervenía, Susana cada tanto me tocaba con el codo y Clara registraba cada movimiento, cuando el simulacro se extinguía, aprovechando las risas, Clara dijo—. ¿A ver cuándo se casan ustedes dos?

—Yo, el año que viene —dijo Claudia.

—Yo cuando consiga novio —apuró Susana.

—¿Y vos?

—Yo soy joven todavía —respondí.

—¿Joven? —dijo Clara riéndose—, a tu edad ya tenía a estas dos, y bien crecidas.

Miré a Susana y le hice otro guiño. Claudia nos miraba.

—Sí. Ríanse de mí los tres, ¿no sé qué están esperando?

—Mamá....

—¿Qué? No digo nada malo.

—Bueno, pero no te metas en la vida de los demás.

Ahora la cosa era en serio.

—No se van a pelear ustedes, ahora, ¿no? —pregunté.

—¿Alguno quiere café?

—Yo —dije.

—Yo también —dijo Claudia.

—¿Vos Susana?

—Bueno —asintió, resignada.

Media hora después llegó Raúl, traía nieve sobre la cabeza y el hombro. Saludó a todos, se sacó el sobretodo y lo sacudió en un costado.

—¿Está nevando otra vez? —preguntó Clara.

—No. La levantó del piso y se la tiró encima —le respondió Susana, mientras Raúl y yo nos reíamos, sabíamos que Clara odiaba ese tipo de respuestas.

—Pregunté nada más —dijo ofendida.

—A ver, ¿a vos qué te parece? —me dijo mirándome.

—No sé...

—Andá chupamedias, tienen razón los pibes que te dicen chupamedias de Clara.

—Me quiere, soy como la mamá, ¿no es cierto? —preguntó. —Claro.

—Chupamedias.

Raúl y Claudia se reían sin participar. Mientras Clara le traía la tacita

de café a Raúl, le dijo a Claudia.

—Contale a los chicos la carta que te envió tu tía. Mi hermana —nos aclaró a nosotros.

Todos la miramos. Claudia la miró a su madre esperando que ella misma se encargue de contar.

—Deciles que te consiguieron un trabajo allá.

—Contale vos —dijo ella. Nosotros mirábamos a las dos como en un partido de tenis.

—A ver —dije yo—, ¿cómo es eso?

Clara dijo entonces mirándola a ella, como sacando las palabras de su

cabeza.

—Mi cuñado tiene una sociedad con un amigo, un negocio de ropa deportiva en pleno centro, y para fin de año, la empleada que tienen, se casa y deja de trabajar, así que le mandaron una carta a Claudia para saber si quiere tomar el lugar.

—¿Y? —dijo Raúl.

—Más vale que sí...

—Así que te vas entonces —dije.

—Sí. Después de las fiestas. Todavía faltan seis meses.

Seguimos conversando un par de horas más. Había parado de nevar pero hacía más frío que antes. Clara nos invitó a cenar pero le dijimos que no, habíamos quedado con el Negro encontrarnos en casa a eso de las diez, pensé que sería una lástima ya que estábamos cómodos aquí y la conversación daba para un buen

rato.

Nos despedimos media hora después, cuando estábamos en la puerta, Susana dejó ver en sus ojos una señal, pero más que para mí, fue para que Raúl dilucidara nuestra relación, Había sido una estrategia para instaurar el tema entre nosotros, y vaya si dio resultado, porque no fue más que empezar a caminar y Raúl me preguntó—. ¿Y? ¿Para cuándo? Me quedé mirándolo.

## CAPÍTULO XLIX

Clara traía en la mano una bolsa repleta de comestibles que estaban empezados, una bolsa de papas fritas, galletitas, salamines, fruta y todo tipo de porquerías. Me sonreía mientras me ponía todas esas cosas en la mano. No era necesario darle las gracias, las llevé a la cocina y las apoyé sobre la mesada. Miré otra vez por la ventana y el día ya estaba instalado, Clara que me había seguido hasta ahí.

—Bueno...

—Ya se va...

—Ya me voy... te digo la verdad, me voy un poco triste. No dije nada. No había nada por decir que valiera la pena, mi boca estaba sellada por la melancolía. Estábamos ahí los dos sin nada que decirnos. Me acarició la cabeza, le dije—. No le ofrezco nada porque en realidad ayer me olvidé de comprar... —después me rectificué—, y además, hasta mañana que cobro no tengo un mango partido por lo mitad.

Me miró como si fuese un chico desobediente y casi retándome dijo—. Andá a casa a buscar lo que quieras, café, té, yerba, lo que quieras.

—Está bien, es hasta mañana nada más.

—Bueno, ¿pero hoy? Vení a casa ahora, conmigo...—pidió.

—Está bien Clara, no se haga problema.

—¿Yerba tenés? —preguntó.

Negué con la cabeza. Ella también negó con la cabeza en ademán de incompreensión. Después abrió el bolso, pensé que iba a darme dinero pero sacó las llaves, me las alcanzó y me dijo—. Bueno. Ya sabés. Te recomiendo la tortuga y la llave de gas si los encendés para algo, después, como siempre, la casa es tuya.

—No se haga problema, vaya tranquila.

—¿Te veo después o directamente en la estación?

—En la estación no, pensaba salir. En una de esas me doy una vuelta al mediodía.

—Dale te espero —dijo caminando hacia la puerta—, te espero, vení y tomamos unos mates.

Abrió la puerta, miró el cielo, puso cara de asco, me miró y volvió a decir—, te espero, eh. —Y se fue.

Cerré la puerta detrás de ella y recordé la carta de mi madre, se la llevaría al mediodía, miré el reloj y todavía no eran las nueve.

El comedor estaba entrando en calor, me senté en el sofá con temor a quedarme dormido, hoy iba a ser un día largo. Me quedé tirado ahí sin saber cuánto tiempo, no sé si me dormité, pero no había pasado mucho cuando escuché la puerta otra vez, miré la hora, Raúl habría madrugado, me paré de un salto, troté hasta la puerta y la abrí. Otra vez la sonrisa de Clara.

—¿Qué se olvidó?

Me puso en la mano otra bolsa con un paquete de yerba y algo más que no me atreví a mirar delante de ella y dijo—. En el almacén podés retirar lo que quieras y anotarlo a mi nombre, ya avisé. —Dio media vuelta y se fue. No me dio tiempo a reaccionar para agradecerle ni darle el sobre.

## CAPÍTULO L

Esperé sin ningún apuro que llegase Susana. No era la primera vez que venía a casa y hablábamos, pero me intrigaba que me haya pedido que nos encontráramos en casa porque necesitaba hablarme a solas. Me fijé si había café hecho y miré el reloj. Desde la cocina podía ver la mesa del comedor llena de papeles, iluminada por la luz que entraba por la ventana. Fui a sentarme y releí lo que había escrito anoche. Iría por la primera página cuando escuché los pasos en la calle y volví a mirar el reloj. Seis en punto. Esperé que golpease para ir a abrir. Crucé el comedor, encendí la luz y abrí la puerta.

—Hola, pasá.

—Hola Raúl, ¿Estás solo? —preguntó Susana.

—Mi mamá duerme...

—¿No está Alejandro?

—Está escondido en el cajón del escritorio —respondí.

—No, tonto, te pregunto porque vengo a hablarte sobre él. —Ya lo sé. Por eso le dije que se escondiera ahí.

Susana se rió y me dio un beso—. Sos un loco —me dijo. No era la

única que lo pensaba.

—¿Tomás café? —pregunté.

—Un poquito.

Susana me siguió hasta la cocina y agarró las tacitas.

—¿Dónde está el azúcar? —preguntó.

—Allá —le señalé la mesa contra la pared.

La agarró y la llevó hasta la mesa del comedor, sacó los papeles que

tenía encima con la prolijidad que seguramente le habría enseñado Clara, los puso sobre el sillón, levantó un par de hojas sueltas que se habían caído, también los acomodó y se vino para la cocina.

—¿Seguís escribiendo? —me preguntó con sincera curiosidad. —Nunca dejé.

—¿Qué estás escribiendo ahora?

—Un cuento —contesté.

—¿De qué se trata?

—Después te lo doy y lo lees.

—Quiero que me lo cuentes ahora —insistió Susana.

La miré dándole a entender que lo hacía sólo por ella y nos reímos. —Qué sé yo, es la vida de un tipo, de un fracasado, un tipo que llega

tarde a todos lados, algo así, entendés, un tipo que va desparramando partes de su vida por todos los rincones y que se va doblendo sin reaccionar hasta el final.

—¿Y cómo termina?

—Y, el fin es como una continuación de sus fracasos, cíclico, enfermizo. Entendiste algo. La miré a los ojos y encontré ese brillo viscoso como el de los caballos muertos y entendí todo lo que había venido a decirme.

—¿Ya lo terminaste?

—Me falta el nombre nada más —admití.

—Es muy triste.

—Es la vida —dije absolutamente convencido.

Agarré el jarro del café y las cucharitas y salimos para el comedor. Susana se sentó frente a mí y no dejó de mirarme mientras le servía el café, me hizo un gesto con la mano y me serví yo.

—¿Sabés de qué vengo a hablarte? —me preguntó.

—Creo que sí.

—Vengo a hablarte de tu amigo —confesó.

—¿Por qué, tuyo no lo es?

—Sabés que lo quiero mucho más que para amigo —admitió.

—¿Por qué no se lo decís?

—Porque a él le corresponde decírmelo —respondió Susana. —¿Quién dice eso?

—Dale Raúl ¿qué estás diciendo?

—Lo que pienso. Si Mahoma no va a la montaña...—comencé a decir.

Susana me miró con un gesto de duda, intentando, sola, de convencerse de lo que le había propuesto, estimulándose para hacerme caso. Después de un rato dijo:

—¿Y qué le digo?

—Que estás enamorada, qué sé yo, que necesitas saber cuánto tiempo más le llevará decidirse.

—Vos estás loco Raúl.

—Ya lo sé, pero es lo que yo haría —aseguré.

—Decime Raúl, ¿él te habla de mí, te dice algo? Vos me entendés.

—Sí, te entiendo, pero qué querés que te diga, Alejandro no es de hablar mucho, es bastante reservado con esas cosas.

—Mirá. Yo sé que sabés algo y no me lo querés decir. ¿Él te pidió que no me digas nada? decime la verdad —rogó Susana.

—No.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué? —me reí.

—Decime. No seas podrido.

—No soy podrido, nunca me dijo nada con respecto a vos.

—Está bien, pensá que si tenemos un hijo vos vas a ser el padrino —amenazó.

—Hablale. Jugate vos si él no se anima.

Se quedó un rato pensando, aproveché para tomar el café que se enfriaba rápido. Ahora era yo el que la miraba. Después levantó la cara y con aquella sonrisa pícaro que la había caracterizado en su adolescencia, me dijo:

—EL AVE QUE NUNCA EMIGRÓ —dijo repentinamente.

—¿Qué?

—El título del cuento. —dijo señalándome las hojas.

—Lo voy a pensar... te digo la verdad, me gusta, puede ser. —Yo también lo voy a pensar...



## CAPÍTULO LI

Cuando desde la ventana lo vi venir a Raúl, dejé de disfrutar las galletitas y el mate con la yerba que me había regalado Clara, como si fuese el último de los pordioseros, y me senté a esperar.

Me sentía basureado y ofendido, pero no por ellos. Me veía sin trabajo, sin familia, sin Susana, sin proyectos y después de hoy, sin ferrocarril, sin Raúl y sin Clara. Me habían dejado afuera del mundo, estaba parado en lo más oscuro de la vida, huérfano y desnudo, parecía los más tristes personajes de Dostoieski, los más arrumbados y oscuros de las arrumbadas historias de Onetti, los más absurdos de las absurdas historias de Soriano, así me veía hoy, así creo, me verían los demás.

Cuando golpeó la puerta le grité que pase y entró. Entró con una sonrisa que ni él se creería y que se le fue apagando y transformándose de a poco en una mueca de donde le colgaba el cigarrillo. Después se sentó, me dijo que había visto a Clara, que se la había cruzado en la calle. Le comenté que había pasado por acá, que me había traído las llaves de su casa. Le alcancé un mate y fui a la cocina a calentar otra vez el agua. Lo dejé un buen rato solo, era una pequeña venganza, algo así como un castigo. Cuando volví, no hablé, me quedé esperando que él lo haga.

—Va a nevar —dijo.

“Qué importante” pensé, parecía que hoy todos decían lo mismo, esperé que diga algo más interesante, sino no hablaría. Le di otro mate y le ofrecí galletitas que no aceptó. Tampoco esperaba que lo haga. Sabía que estaba buscando un diálogo, algún argumento con la fuerza necesaria para darle vida a alguna conversación. De repente me sorprendió y dijo.

—Clara me pidió que pase al mediodía por su casa que me iba a entregar sus papeles.

Lo miré con cara de ofendido, pensé en recriminar la actitud de los dos, pero de todas maneras, hoy, nada tenía mucho sentido, alcé los hombros, le di a entender que hagan lo que quieran y Raúl volvió a decirme—. También me dijo que a la tarde usted iba a salir, que no iba a venir a despedirnos a la estación. ¿Es verdad?

—Más o menos...

—¿Por?...

—En realidad no tengo muchas ganas de verlos irse... bah, en realidad no quiero ver al tren irse.

—¿Pero qué tenemos que ver nosotros? El tren es un pedazo de fierro y nada más.

—Y bueno, ¿qué querés que haga?

Ahora el que alzaba los hombros era él.

—Antes que me olvide le digo que el viernes a la noche estoy acá.

—¿Por qué el viernes?

—Porque a las dos de la tarde salgo del trabajo y a las tres y media tomo el micro, llego a eso de las once, mire que vengo directamente para su casa porque me bajo en la ruta. No se vaya a ir a ningún lado, eh.

—¿Dónde voy a ir?

Raúl se asomó otra vez a la ventana y la claridad que se filtraba a través de las nubes le aclaró el cabello.

—Va a nevar —volvió a decir. Después me contó que los viejos del Negro habían recibido una carta de él, les contaba que laburaba en un corralón, que había alquilado un departamento con un Sanjuanino más borracho que él y dice que para las fiestas viajaría.

En realidad, no era una noticia que me interesara mucho, una cosa era tener al Negro a mano para llenar un lugar, pero tanto él como yo, sabíamos que no había una gran afinidad entre nosotros y que Raúl era quien nos había mantenido unidos estos últimos años. A ellos al menos los aunaba la edad, los primeros años del colegio, los años en Humiquel, pero que el Negro venga cinco días por año, realmente a mí, ni fu ni fa.

—¿A dónde va hoy?

—Qué sé yo...

—Ah, como Clara me dijo...

—Le inventé cualquier cosa para que no me convenza de ir al andén,

nada más.

Raúl no dijo nada. Sabía que mis palabras estaban gobernadas por el resentimiento. Era como esos tipos que ya no le quedan a quién culpar y encienden el ventilador repartiendo mierda a diestra y siniestra, era como un boxeador acabado, recordé la frase que me había dicho el profesor de física antes de irse, “profesor, usted es el último existencialista virgen, usted sufre el síndrome del intelectual latinoamericano” me había reído, digamos que me había dicho que era un pelotudo, para que buscar metáforas, la diferencia era que en vez de mandarme a mudar como lo hacían todos, yo me quedaba, achicharrándome.

Raúl seguía mirándome como si escuchara mis pensamientos, sabía de mi infierno personal, le alcancé otro mate, se paró y otra vez fue hasta la ventana.

—¿Va a nevar? —le pregunté.

—Sí, —afirmó. Después se rió, se dio cuenta que le estaba tomando el pelo.

—Nos espera un invierno...

—Ajá...

Esperé para agregar algo, el hablar del tiempo ya me sacaba urticaria y no quería hablar al pedo. Ahora, vaya a saber por qué motivo, me sentía mejor, no diría feliz, sólo mejor, tranquilo, me asomaba una pizca de esperanza desde algún rincón, sabía perfectamente los mecanismos por los cuales el hombre fabrica anticuerpos para todo y por lo visto mi aparato inmunológico funcionaba a pleno, menos mal, lo necesitaría. Raúl me devolvió el mate, sonriéndome, con una risa dudosa en tránsito hacia la pena. —Es testarudo, eh.

—¿Cómo? —me reí.

Se rió y dijo—. Que es un testarudo de mierda, eso.

—Tes ta ru do. ¿Qué es eso?

—Cabeza dura...

—Ya sé, ya sé... ¿pero de qué sarcófago la sacaste?

—No sé, la decía mi vieja.

Después siguió con algunas palabras que hacía uno cuantos años que no las escuchaba, nos reímos un rato con eso, tomamos algunos mates más y quedamos en vernos en lo de Clara. Lo acompañé hasta la calle, le pregunté otra vez si iba a nevar y lo dejé ir.

## CAPÍTULO LII

(I)

Parecía que el invierno se moría irremediablemente, hacía más de quince días que no nevaba y la temperatura trepaba día a día, durante algunas tardes llegaba hasta los veinte grados.

Este año las vacaciones de invierno se habían extendido una semana más, no sabía el motivo, pero igualmente, durante esta última semana, los profesores debíamos concurrir a hacer trabajos administrativos y a tomar litros de café y de mate. Aprovechaba para enterarme de las noticias que traían los demás de Neuquén y los desastres que se avecinaban. La profesora de matemáticas nos decía que había pedido una licencia de dos meses, desde el quince de octubre en adelante, o sea que le quedaban acá, dos meses de calvario y nada más. Algunos la felicitaron.

Después de un momento de distracciones y de otra ronda de café, pasamos a hablar del país, del gobierno (alguien recurrió al “Volvé Alfonsín”) También se habló un poco de fútbol. La profesora de Educación Física, que estaba escribiendo apoyada en la mesa, levantó una hoja y dijo—. Miren.

Nos mostraba la lista de quinto año y se reía.

—Ocho alumnos. Menos éste —y marcó con la lapicera el nombre de uno—, que ya no viene más. Siete. ¿Qué tal?

Todos decíamos sí o no con la cabeza y que en realidad quería decir lo mismo.

—La semana pasada —siguió—, vinieron tres alumnos nada más, conmigo cuatro, ¿qué esperan que haga?

—En cuarto también son pocos, en el mejor de los casos son diez — dijo la de literatura.

Esos datos yo los conocía de memoria, sabía todo lo que pasaba por el colegio, como que después de las vacaciones de invierno unos cuantos no regresarían, sabía que en total este año se habían anotado setenta y ocho alumnos (y eso que estos dos últimos años se sumaron los de las comunidades cercanas que se habían quedado sin colegio), de los cuales no todos habían empezado realmente, y a menos de quince días de comenzado las clases, eran menos de sesenta los que seguían. Ni hablar cuando llovía o nevaba dos o tres días seguidos, ahí la concurrencia quedaba por debajo de los cuarenta. Hubo un día, que en ese mismo quinto año, habían venido dos chicos y los llevamos junto con los de cuarto que eran siete, y dimos una clase que terminó con un paseo por el patio y los corredores.

Esperábamos las doce para irnos, ya no hacíamos nada, los profesores hablaban entre sí, yo me había traído un libro de Andrés Rivera que le había sacado a Raúl y que me servía para evitar al profesor de física que hoy se le había adosado al de química.

Por lo que podía escuchar, las otras profesoras investigaban como debían hacer para pedir licencias y no tener que bancarse los cuatro meses que le quedaban aquí.

Todavía no serían las doce cuando desde la puerta asomó la cara de Clara y dijo:

—Vamos que voy a cerrar.

Ahí nos dimos cuenta porque los pibes salían corriendo apenas sonaba el timbre, sólo nos faltó trabarnos en la puerta. Voltearon el termo del café y voló una silla, salimos riéndonos de nuestra estupidez.

Diez minutos después, Clara, la profesora de literatura y yo caminábamos juntos. Remontábamos la calle hasta la esquina de la plaza donde cada uno tomaba una dirección diferente, en realidad yo

podría acompañar una cuadra más a cualquiera de las dos, pero optaba por cruzar la plaza en diagonal para que ninguna se ofendiera. Como a Clara la vería en su casa mañana a la noche, se lo hice recordar como si fuese necesario, a la profesora la saludé hasta el lunes sabiendo también que de acá al lunes la vería tres o cuatro veces más.

Amagué cruzar la plaza en diagonal y después me volqué hacia una de las veredas, caminé despacio, dejé que las mujeres se alejaran y crucé nuevamente la calle. El día daba para caminar, me asaltó de repente una sensación de no conocer las cosas como creía. Caminé durante horas, descubriendo nuevos recovecos, por último me quedé mirando una casa pegada a mi casa, le vi en un rincón una puerta enrejada en la que jamás había reparado. Llegué a casa con esa percepción de extrañeza, entré y sentí el frío retenido de toda la noche, fui al baño a mear, me preparé un sándwich de queso, agarré una lata de gaseosa y me fui a sentar a la plaza.

(II)

La plaza tenía para mí, el mismo significado que para un beduino podría tener un oasis. Había aprendido, con el correr de los años, a disfrutar de esas pequeñas tonterías que había a mí alrededor y que no siempre las tenemos a mano. ¿Qué más podría pedir hoy? Sentado en ese lugar que tantos recuerdos retenía, con una lata de gaseosa o un termo de agua y el mate, un sol digno, nada de viento y toda la tarde por delante, podría decir que hoy todo era maravilloso, sin embargo sabía que esto era sólo una tregua, una pantalla, diríamos una imagen virtual de la vida. Por las noches me acosaban todas esas voces que me preguntaban lo mismo que veinte años atrás me preguntara mi padre, se me aparecían todos esos designios, como el águila, Acuña o Clara. Pactaba vaya a saber con quién un minuto más de sosiego y de irresponsabilidad, pero sabía que tarde o temprano el mundo me alcanzaría y nada de nada es como lo había imaginado.

Los primeros días de calor me iba a sentar a la plaza a esperar que pasase el tren, eludía cualquier conversación con la gente escudándome en un libro que quizás ni leía. Pensaba que hubiese sido feliz con tan poco y me parecía injusto que la vida se hubiese ensañado de tal modo que no pudiese disfrutar ni siquiera de un mísero día de sol sin que los fantasmas y las voces me asaltasen. Para más, también imaginaba que el destino le estaba tramando una última jugada y que ya no me quedaban muchas cartas en la mano. Tuve mi pequeño acto de arrojo cuando definitivamente decidí hablarle a Susana la noche del sábado y ensayé un plan con cautela.

Con el sol tocándome la espalda, con la complicidad de Clara que seguramente podría darme una mano y por sobre todas las cosas, con la decisión que hoy parecía despertar, regresé al mundo.

## CAPÍTULO LIII

El calor de estos últimos días vino a morir en una tormenta que pasó de largo y nos dejó una lluvia helada. Mientras tanto, los fantasmas que me acosaban, cada vez con más obstinación, al menos me movilizaban a actuar. Sabía que debía decidir mi situación para acallar esas voces que no me permitían vivir en paz.

Caminé bajo una lluvia torrencial que no dejaba rincón seco, ni aun debajo del sombrero. Era inútil detenerse debajo de algún techo o ampararse en los árboles, llegué a lo de Clara hecho sopa, mirando fijo hacia adelante, silencioso, dejando caer el agua alrededor de mi cuerpo

inmovilizado por la incomodidad, como si me hubiesen violado y no encontrara explicación. Cuando Claudia abrió la puerta, le ofrecí un gesto eficaz para que interpretara eso de estar debajo de la lluvia. Ella se quedó mirándome unos segundos, se rió y dijo—. Pasá, pasá que te estás empapando.

Entré y cerré la puerta detrás de mí, la vi asomarse a Clara desde la cocina y a Susana por la escalera. Susana también se rió, yo simulaba al tipo derrotado por la desgracia y las inclemencias del tiempo. Clara me sacó el sombrero, me ayudó con el sobretodo y le pidió a Claudia que trajese una toalla. Sin mover la cabeza, alcé los ojos hasta Susana que retenía una carcajada, mi sonrisa le permitió reírse y escuché a Clara que protestaba en voz baja.

—Clara —le dije.

Clara me miró interrogándome con los ojos.

—¿No sabe cuándo va a llover? —pregunté.

Clara se guardó la sonrisa, la disimuló apretándola entre los dientes y

dijo—. Andá, andá estúpido... no ves que te vas a agarrar una pulmonía.

Claudia trajo la toalla y mientras yo me sacaba las botas, Clara luchaba con mi pelo.

Después del secado a mano pasamos a la cocina, me obligaron a tomar un té con limón y pusieron a secar el sobretodo. Demoré el té lo más posible hasta que se enfrió y quedó la mitad de la taza.

Clara dijo que si seguía lloviendo así, me quedaría a dormir allí. Acudieron a mi mente todas las cosas que había pensado ayer y hoy, busqué entre ellas alguna frase oportuna pero sólo dije que sí, evidentemente éste era un buen síntoma, necesitaba nada más que la lluvia se sostenga.

Nos sentamos a la mesa con la disposición correspondiente de los sábados a la noche. Clara de espaldas a la cocina, yo frente a ella, Susana a mi izquierda, Claudia a mi derecha y entre Clara y Susana el hueco para ver el televisor.

Clara trajo la fuente con el pollo y las papas y Susana la ensalada, todo lo demás ya estaba en la mesa desde antes que yo llegara, incluso las bebidas.

Mientras cenábamos pensaba en cómo dejar señales que remarcaran un interés especial por hablar con Susana, pero se me hacía difícil pensar y actuar a la misma vez, entonces dejé que las cosas se diesen solas, hasta ahora todo venía bien, afuera seguía cayendo agua y el ambiente aquí era el apropiado. Yo me sentía decidido y tenía a Clara como la mejor de mis aliadas, sin embargo, la suerte, que siempre fue tan ingeniosa conmigo, decidió cambiarme el curso de los acontecimientos, mejor dicho, ya lo había hecho antes de que yo llegara, y como de costumbre, yo era el último en enterarme.

Estaríamos en lo mejor de la noche, nos reíamos de los viejos años, algo que nos sucedía cada vez con más frecuencia y que era producido por el hecho de no tener mucho de que reírnos ahora.

Lo cierto es que nos reíamos, quizás era una pantomima urdida por las tres mujeres para que no me doliese tanto el pinchazo, Clara dio el puntapié inicial con la preguntita a Claudia—. ¿Le contaste a Alejandro que te escribió otra vez la tía?

Claudia dijo que no, pero divisé en Susana un gesto veloz de fastidio y bajó la vista. Si algo había aprendido en todos estos años, era a pronosticar las lluvias, las nevadas y mis desgracias, y ahora comenzaba a desenmarañar una, una desgracia por supuesto.

—Me escribió mi tía —dijo y miró a su madre como diciendo “ya está”

—Mi hermana le envió una carta, le mandó a decir que la chica que trabaja con ellos se va el treinta de octubre...

Yo miraba a las tres con desconfianza, parecía un cazador acorralado por tres fieras y sin saber a cuál de todas dispararle primero. Mis ojos saltaban de Clara a Susana, de Susana a Claudia y volvían a Clara nuevamente pero la nueva buena no llegaba. La lluvia había cumplido, pero por lo visto el correo me había jugado una mala pasada. De a poco mis nervios se mudaban a Susana. Clara, que había sido la que abrió la boca para que este malestar se instalase en la mesa, tuvo que dar la explicación, o al menos el porqué de repente había cambiado la situación. Por suerte casi habíamos terminado de cenar y no hubo que lamentar el fracaso de tener que levantar los platos llenos. Claudia, desentendiéndose del asunto, se ofreció a servir el café. Susana se quedó con la mirada en la mesa y con la trompa de elefante viejo que ponía cuando todo andaba para el culo. Clara entonces dijo:

—Mi hermana nos manda a decir que si Claudia piensa aceptar el trabajo, tendría que estar allá al menos una semana antes de que esta chica se vaya, así puede explicarle el trabajo que tiene que hacer, y qué querés que te diga, a mí me parece bien. —dijo Clara.

Yo asentía con la cabeza, pero sabía (o me imaginaba) el final.

—Tienen razón, mi cuñado no es el único dueño —siguió—, está bien que sea la sobrina, pero... No quise hacerle dar más vueltas y se lo facilité.

—Y vos vas a viajar con ella ¿no? —le dije a Susana.

Por cómo me miraron, mi tono les habrá sonado hiriente, pero dado las circunstancias no dijeron nada. Susana levantó la cabeza y dijo que sí, y ese gesto más que acobardarla le dio fuerzas y dijo

—¿Qué querés que haga?

—Pregunté nada más...

Claudia apoyó las tacitas en el centro de la mesa y se acercó la suya. Clara distribuyó las otras. Después de un momento donde sólo se escucharon los golpecitos de las cucharitas y la voz de la televisión que volvió a ganar presencia, Susana dijo:

—Voy a acompañarla, esa es la idea, no pienso quedarme, al menos...

—¿Al menos qué..?

—Al menos que encuentre trabajo —admitió.

—O un novio.

Susana hizo un ademán, creo que insultó en voz baja y esa era una señal de gravedad, quizás me estaba pasando de la raya.

—Che, bueno —intervino Clara—. Tampoco es para tanto. A mí no me gusta que Claudia viaje sola. Y a pesar de que allá están los tíos se va a sentir extraña, ¿o no te acordás cuando vos llegaste acá?

—Fue diferente. Pero está bien, me duele que todos busquen la solución fuera de aquí.

No aguanté más y escondí la cabeza un segundo antes que se me humedecieran los ojos, cuando la levanté nuevamente, Susana me escrutaba con esa mirada que había sabido conocer, me reconfortó, pero supuse que era una mirada de lástima, de tiempo perdido, no nos habíamos dado cuenta pero había mucha distancia en estos años, era realmente como me lo habían anunciado las voces, el mazo se estaba acabando.

## CAPÍTULO LIV

Cuando Raúl se fue, quedé otra vez ante la inmensa soledad. El sueño otra vez me alcanzaba y la luz que pasaba a través de esas nubes rosadas me hería los ojos. Pensé en la soledad de los exiliados, de los presos, de los monjes tibetanos, pero no podía igualarme con ninguna de ellas. Reducía toda la vida a mi drama personal y tal vez ese fuera el problema. Me tomé otro mate que

ya estaba tibio y vi cómo de pronto la casa se sumió en la oscuridad. Una nube compacta se adelantó al sol y me dejó una sensación de frío tan eficiente como el frío mismo. Era inútil acostarme, dentro de un par de horas iría a lo de Clara, me quedaría ahí hasta las tres o cuatro de la tarde y después esperaría las dos últimas horas para comenzar a organizar mi futuro. Era necesario estar absolutamente solo para poder analizar qué deseaba hacer con lo que restaba de mi vida, me estaba cansando de coleccionar fracasos, pero, por otro lado, creía que también me comenzaba a atraer mi historia, que a esta altura del partido estaba tomando ribetes románticos, me sentía el último de los mohicanos, el último de los intelectuales vírgenes, me había gustado aquella frase del profesor de física, a pesar que en algún momento me resultó algo traumática, me sentía el faro del fin del mundo. Se me agolpaban los nombres de películas y libros que de alguna forma me alegorizaban, también algunos personajes, Larsen por ejemplo, Erdosaín, Sandokan viendo caer Mompracem, Crusoe. Qué bien me hubiera descripto Faulkner o Pavese, que buen personaje hubiera sido para Kordon en vencedores y vencidos, no hubiera sido difícil encontrarme en alguna novela de Soriano, estoy seguro que si me hubiera conocido, el gordo me hubiera metido en “una sombra ya pronto serás”, también podría ser el personaje de alguna película francesa, lenta y pesada. Así se había puesto mi vida.

Podía pasarme las dos horas dando ejemplos de este tipo, como también podría enunciar mis errores. Pero lo cierto era que desde mañana, que digo mañana, desde hoy a la noche, mi vida estaría signada por los recuerdos y los pocos momentos de felicidad que había juntado. Sentía realmente mucho miedo, ya una vez había destruido todo lo que podía hacerme recordar el pasado, con la diferencia de que aquella vez, abandonaba lo que detestaba y tenía la fuerza de los veintitrés años, casi veinte años menos. Era muy fuerte todo lo que tenía que romper ahora, sabía que nada de lo que perdería lo volvería a recuperar, ni las sonrisas, ni las voces, ni el colegio, ni a ninguno de ellos, ni siquiera el paisaje que se adueñaba de mi ventana todos los mañanas y que como un dibujo comenzaba a ajarse y a perder color.

Fui hasta la cocina y calenté otra vez el agua, después decidí bañarme para hacer tiempo y sacudirme un poco el sueño, saqué la pava de la hornalla y me metí en el baño.

Una hora después salí del baño envuelto en la toalla, con el cabello mojado, los testículos apretados contra el cuerpo, encorbado y flácido, parecía un muñeco sin huesos que se iba a desarmar a cada paso, sin embargo me sentía bien y sabía que con algo caliente me sentiría mejor. Regresé la pava al fuego y vi con un dejo de desprecio, que en el patiecito de atrás caía una lluvia delgada, era irremediamente el preámbulo de la nieve, no había ninguna duda, hoy nevaría para hacer más triste la tarde del domingo. Me propuse que si por la noche nevaba, iría con el termo a la plaza y me sentaría en mi banco a tomar café y fumar.

Mientras el cuerpo se adecuaba nuevamente a la temperatura normal, me quedé parado junto a las hornallas, encendí la radio, enganché LU19, la voz del Comahue. Hablaban dos tipos, no sé de qué, la dejé y me empecé a vestir en la cocina. Me senté en el banquito y apoyé el pie en la silla, me tomé todo el tiempo del mundo, me daba lo mismo un segundo que una hora, me puse una media y me cebé un mate, bajé el pie y subí el otro, me puse la otra media y me volví a cebar otro mate. Ahora uno de los tipos de la radio le preguntaba al otro, ¿qué pasaría de ahora en más con el ferrocarril? dijeron un par de giladas, medio en serio medio en joda y mientras tanto el operador mandaba de fondo “No voy en tren”. Dejé el mate, me paré y me calcé el slip, me cebé otro mate. Así, entre un mate, una ropa y una canción, se fue la hora necesaria para ir a lo de Clara.

Antes de salir agarré el sobre y me lo metí en el bolsillo, me tomé el último mate y apagué la radio, habían puesto “El último tren a Londres”.

Caminé buscando algún pretexto para animar mi cara, que era un despojo. Luego de unas cuabras desistí, saludé al viejito del kiosco que fue lo único vivo que encontré en el camino, el viejito apenas hizo un gesto muy lento, todavía guardaba ese recelo hacia todos los que habíamos llegado de afuera. Cuando faltaba media cuadra para llegar, decidí que por hoy le daría un poco de descanso a mi hipocresía y haría y diría lo que se me cantaran las pelotas, si al final, ya no había mucho que perder.

## CAPÍTULO LV

Con bastante preocupación presentí la agonía de cierta dignidad que, a pesar de mí, había logrado conquistar. Un decoro que, por supuesto, estaba mucho más emparentado con la hipocresía que con la honradez humana. Sin embargo, esa era la postura con que me había enfrentado a todo el pueblo de Humiquel desde el mismo momento en que lo había pisado y que precisamente hoy veía sucumbir.

Los dos meses que siguieron a la decisión definitiva de tomar distancia de Susana por medio de algunas medidas arbitrarias, fueron de extrema terquedad. Me proponía un sábado no ir a cenar a lo de Clara con cualquier excusa, y que en el mejor de los casos terminaba siendo un pretexto infantil. Y lo cumplía.

Sin ir muy lejos, ayer, el Negro, que no era un tipo que ejercitaba la observación del comportamiento humano muy a menudo y que más bien actuaba por instinto de conservación, me preguntaron qué me sucedía. Yo les decía que nada y me reía, pero era una sensación estimulante, como si esas ratificaciones denotaran un progreso.

Hoy pondría en práctica la propuesta que me había hecho el viernes pasado y no pude realizar por motivos más bien financieros que de otra índole. Viajaría en tren hasta Neuquén e iría a visitar al profesor de química (que también se había encargado de pedir un mes de licencia por un trabajo personal). Más de una vez me había insistido en que nos encontráramos en su ciudad para ver una película y después tomarnos unos vinitos por ahí. No lo dudé, le avisé a Raúl que hoy no me encontraría, agarré el bolsito, metí dos o tres cosas, por las dudas, y esperé que se hagan las seis menos cinco para ir a la estación.

Llegué a la estación a las seis en punto. Desde casa había avistado al tren al salir de la última pendiente y sabía que llegaría a la estación en ocho minutos. Tuve tiempo de acomodar algunas cosas, sacar la basura y salir.

Desde el andén, al tren, se lo veía aparecer recién a un kilómetro de distancia, después de eludir la depresión del río se perdía nuevamente detrás de los álamos, los sauces y los ranchos del fondo del pueblo y renacía otra vez abandonando el serpenteo y ganando nuevamente la linealidad. Me quedé esperándolo junto al último banco del andén, tenía algo de fantástico esta tarde, la primavera progresaba en su embestida veraniega con un viento tibio, desde allí me permitía divisar las orillas del río que en estos tiempos comenzaba a crecer y a desbordarse superando a veces los troncos de los sauces.



Cuando se detuvo, alguien descendió del primer vagón, levantó el brazo para saludarme y después se lo tragó la escalera. Sentí una sensación extraña al subir al tren, me estremecí con la posibilidad de que algún día podría tomármelo para el otro lado, ese era un sueño que dormitaba ahí y que ahora no me resultaba tan improbable.

Apoyé la cabeza en la ventanilla mirando la nueva perspectiva que me ofrecía el pueblo, sentí el golpecito cuando arrancó y el bamboleo del tren que me arrastró una breve modorra. Mucho más rápido de lo que esperaba me ganó un sueño liviano, una vigilia conciente que me llevó sin resistencia hasta el fondo de mi memoria, entonces apareció mi niñez como un pedazo de culpa. De mi infancia no me quedaban más que unos cuantos veranos y las vacaciones en Miramar, la Plaza repleta de flores, mi madre alquilando esos cochecitos a pedal mientras mi padre se cruzaba hasta el casino. Cada tanto abría los ojos para observar lo que le restaba de la luz al día. La ventana recuperaba un horizonte parejo limitado por la sombra de la cordillera que se extendía hacia el fondo. Mientras nuevamente me adormilaba, pensé en las miles de personas que habrían visto pasar estas montañas, una sucesión inagotable de memorias de sueños ajenos pasaban a una velocidad que no dejaban detenerme a pensar en ellos, era una explosión de imágenes, de visiones que como verdugos sonrientes querían mostrarme la inutilidad de no querer aceptar el destino.

Había una desolación ficcional en el paisaje, una soledad que le agregaba yo, soledad de atardeceres vacíos. En mi tristeza era fácil ponerle significados hasta a lo más insignificante, pero a pesar de todo disfrutaba y no me reproché esas sensaciones.

Dentro de una hora y media llegaría a Neuquén. Afuera, la tarde se extinguía definitivamente mientras el desierto y algunos animales que se movían por allí completaban la noche y le quitaban a todo esto su aspecto de eternidad, de plana transición entre un punto y otro del mapa.

Hubo un amague de vacío en mi estómago, sabía absolutamente que era el momento de pensar en el futuro, reforzar el empuje que había nacido con la decisión de alejarme un poco de mis pequeñas posesiones, también suponía que esta noche no iba a ser muy piadosa conmigo, por más que todo resultase bien.

El tren se detuvo repentinamente en algún punto del desierto, la noche ya estaba alojada y en el horizonte una cantidad de luces apretujadas, delataban un pueblo. Busqué algún signo a todo eso pero pronto desistí y cerré los ojos. El tren arrancó a los tirones, con un movimiento epiléptico y luego se detuvo, después otra sacudida más volvió a moverlo y rápidamente recuperó el bamboleo adormecedor. Miré a mi alrededor la dejadez en que habían caído los vagones. También vi pararse a un paisano y buscar unos paquetes que fue acercando de a uno hasta la puerta. En su cara se reflejaba el paso del tiempo y la dureza del viento desértico, una sucesión interminables de arrugas desembocaban en dos o tres zanjas que cruzaban su cara desde la oreja hasta la comisura de la boca y el pelo negro le caía por cualquier parte. Me quedé pensando en ese rostro que sería una geografía intransitable para cualquier caricia. Cuando el tren frenó, volví a cerrar los ojos y recién los volví a abrir en Neuquén.

El taxi me dejó en la esquina de la casa, era bastante lejos de la estación. Le pagué al tipo que aguardaba con una impaciencia ciudadana para regresar a la estación.

Crucé la calle y busqué en el bolsillo del pantalón el papelito con la dirección. Lo leí nuevamente a pesar que la retenía, "Gob. Elordi 686" miré la hora, nueve y cuarto, pensé que a lo sumo estaría

cenando, igualmente si no estaba ya sabía qué hacer, caminaría un poco, me metería en un cine, después iría a comer algo y a esperar el tren que pasaba por acá a las dos menos cuarto. Cruzé la otra calle, ubiqué la casa, vi la luz encendida y me tranquilicé.

## CAPÍTULO LVI

Como en los últimos años, golpee y entré después sin aguardar que me vengán a abrir la puerta. Clara se asomó de la cocina y me gritó que estaban ahí.

Tiré el sobretodo y el sombrero y me saqué los guantes en el comedor y pasé. Raúl ya tenía los papeles en a mano. Les sonreí. Acerqué una silla y dije—. ¿Están conspirando?

Se rieron. Clara me alargó un mate, me ofreció galletitas y una caricia que no quise despreciar. —Le di los papeles a Raúl —dijo.

—Ya sé.

Raúl los alzó mostrándomelos.

—Algo va a salir —dijo después.

Clara se paró y fue a buscar algo a su pieza, regresó con una hoja y una lapicera y se puso a escribir. Me pidió que siga con el mate.

Miré de reojo. Era una nota para la dirección o vaya a saber para quién, sobre mí.

Sabía que Clara volvería, había pedido un año de licencia, pero no dejaría el colegio así nomás en manos de desconocidos, el colegio era la mitad de su vida. Yo había aprendido de a poco que no era tan dura como quería aparentar, imaginaba también que guardaba la ilusión que sus hijas regresaran con el tiempo a Humiquel, nos cuidaba a todos como a un rebaño, como al despojo de una generación a la que había que vigilar para preservar su especie. Cuando terminó la nota la firmó y se la dio a Raúl, él la guardó con los otros papeles.

—Seguí el mate te dije —y se paró otra vez, se perdió en la pieza y después de un rato escuchamos su voz plana que llamaba—. Raúl, vení... — Raúl salió de la cocina sonriendo y un instante después entraron los dos con gestos de complicidad.

—Cosas de nosotros... —dijo Clara.

Levanté los hombros y le alcancé un mate a Raúl que no se sentó, me devolvió el mate, le dio un beso a Clara, me saludó y me dijo que cualquier cosa me vería después, supuse que querría estar con su madre, en un acto reflejo le dije que la iría a visitar en la semana, me lo agradeció y se fue.

Clara lo acompañó hasta la puerta, me alegraba verlos bien, sabía que algo entre ellos había sucedido en aquella visita de Clara, pero no imaginaba qué, ni siquiera sospechaba el motivo. Se demoraron demasiado, le estaría dando instrucciones, me paré y miré los retratos que descansaban sobre la heladera: en uno, estábamos los cuatro, me sentía parte de su familia y me lo hacían saber con todas estas cosas. Me detuve en Susana y pensé que una de las tantas cosas que su ausencia me hizo comprender fue lo irreversible del tiempo. Desde aquella tarde se habían puesto en marcha todos los relojes, se habían ordenado los planetas y el mundo regresaba a su orden sagrado. Había envejecido los diecinueve años de golpe, necesitaba su sonrisa cada vez más, sufría el vicio de la melancolía que progresaba junto con mi vientre y mi pelada.

Recién cuando escuché la puerta, acudí a la silla, Clara igualmente se hizo esperar unos minutos, la escuchaba en la pieza abriendo y cerrando cajones, llegó con una carpeta en la mano.

—Me das un mate —me dijo.

—Está frío.

—Calenté el agua —volvió a decir sin levantar la voz ni la vista de la carpeta.

Puse el agua en el fuego y no le presté atención a lo que leía Clara, sabía que era algo que tenía que ver conmigo, sino no lo hubiera traído. Me asomé a la puertita de la cocina, todavía caía agua, tosi un par de veces y Clara levantó la vista para mirarme. Me quedé mirando esa lluvia que pronto sería nieve. Regresé y saqué la pava del fuego. Clara se estremeció como un gato y no me pareció que fuese por el frío, le alcancé un mate y lo agarró sin mirarme. Volví a toser.

Inesperadamente levanto la cara y me apuntó con la nariz, como sabía hacerlo cuando se enojaba, tenía los ojos enrojecidos pero no lloraba, creí que estaba leyendo una carta de Susana pero me parecía raro que estuviese escrita a máquina. La vi parase y rodearme. Me abrazó y apoyó su cabeza en la mía, no podía verla, era una situación incómoda, arrojó la hoja sobre la mesa, no la miré pero advertí que era para mí y la escuché balbucear algo que no comprendí. Era evidente que lloraba, Temí que el fantasma de Susana me atormentara otra vez y le iba a decir que estaba todo bien así, pero nuevamente dijo algo que ahora si escuché pero no entendí.

—No pude.... no pude —repitió varias veces.

La miré sin comprender, me obligaba a girar la cabeza más allá de lo que era posible, lloraba con una tristeza que no le supe conocer, era un llanto ancestral, en esas lágrimas amontonaba toda una vida y me señaló la hoja para que allí encuentre el motivo, no quise soltarle las manos.

—No pude —volvió a decir... no pude Alejandro, no pude...

Me miraba esperando que la absolviera de algo que no comprendía, las lágrimas se le mezclaban con la pintura y con los mocos, yo le decía que estaba todo bien, que íbamos a sobrevivir igual, hasta le di un beso en la mano y me acaricié con temblor la mejilla.

—No pude Alejandro, no lo pude salvar... no pude salvar a Horacio, hice todo lo que estaba a mi alcance, pedí por los tres, también por el hijo de unos amigos...

Lloraba con espasmos.

Le pedí que se tranquilizara, pero intuía que más que eso, era un ruego mío, un respiro para poder asimilar todo este nuevo material que recomodaría mi historia. Mi asombro comenzaba a transformarse en un enjambre de dudas, presentí mi llanto y me paré a buscar un vaso de agua, tomé y le ofrecí a Clara que bebió con fruición, después siguió más tranquila, pero sin dejar de llorar.

—Apenas me enteré, preparé tres notas iguales y fui a la comisaría, nombré a mi esposo, entregué el petitorio, después de una o dos horas me llevaron a la municipalidad donde había algunas oficinas militares. —Ahí se detuvo y volvió a acariciarme, después siguió—. Me recibió un coronel que me trató muy bien, me hizo muchas preguntas, de dónde los conocía, ya ni me acuerdo, después hizo unas cuantas llamadas averiguando y salió con un coche, no dijo dónde iba. Ahí me quedé esperando, pensé que se habían olvidado de mí. Como a las tres horas apareció con otros dos tipos que metían miedo, le decían que ellos no sabían nada. Cuando se fueron, este coronel me mostró fotos tuyas y de Horacio, con Cardozo y no sé cuántas cosas más, después se fue y me dejó ahí. Me quedé ahí dos horas más, serían como las dos de la mañana y empezó a sonar el teléfono, un instante después entraron los dos tipos de antes riéndose. Atendieron. Me miraban. Más tarde vino el coronel que me había atendido en un primer momento, era el que parecía dar las órdenes y agarró el teléfono, les hizo un gesto a los otros para que se vayan y pidió con un tal Pasini, ese nombre no me lo olvido más....

Le alcancé el vaso porque vi que lloraba otra vez, pero hizo un gesto negativo y siguió.

—El tipo tenía un papel con los nombres de los tres y una lapicera, recuerdo que no me miraba pero yo veía lo que anotaba. Le dijo a ese Pasini los tres nombres y esperó un rato.

—*Sí escucho. Sí, sí. ¿El pibe? Sí. Está bien, está bien.*

—*Y sin mirarme tachó el nombre de Alfredo en la hoja, comprendí enseguida lo que quería decir eso. Después siguió.*

—*Ajá. Dame el nombre. Bueno. Bueno, bueno. Qué va. ¿Y el otro?*

—*Hizo una cruz junto al nombre de Horacio que no supe interpretar y esperó otro rato.*

—*Hola. Sí. Bueno, dejenlo. Pasini. Pasini, che, la puta que te parió. Está bien, está bien. A la mañana eh. Bueno chau.*

—Cortó y me miró con cara de preocupación, serían como las tres de la mañana, recuerdo que hacía mucho calor. Lo miré a los ojos para que me dijese algo, me devolvió ese papel y el de Alfredo, el tuyo lo rompió y casi me desmayo. Entonces me dijo “El pibe murió en un enfrentamiento en Neuquén, nosotros no tenemos nada que ver”. Después me señaló la hoja de Horacio y me dijo “A éste no, está muy metido, se lo llevan para Buenos Aires”. —Clara aprovechó para hacer una sonrisa melancólica y seguir—. “A Alejandro Ragoni puede ser, no está comprometido ni hay más antecedentes que esas fotos”. El tipo vio que empezaba a llorar y agregó “A la mañana lo dejan en libertad. Ahora sí, ni una sola palabra más de Horacio Guerrero ni de Alfredo Romano con nadie, se fueron lejos, muy lejos, no hay nada que hacer”. Después dijo que lo hacían por mí y por mi esposo, que no lo olvidara y que te diga a vos que no jodas más, así como lo escuchás, con esas mismas palabras.

Quise volver a besarla pero me quedé mirándola, le pedí perdón por haber pensado tan mal en aquel momento, me devolvió otra caricia. De a poco fuimos tranquilizándonos, saltando de temas, hasta que me dijo que pensaba volver en menos de un mes y decidiría qué hacer. Le dije que sí y me entregó una sonrisa breve.

Cuando miramos la hora ya eran las cuatro menos cuarto, se nos había ido la tarde y le dije que la dejaba para que termine de prepararse. Tosí dos o tres veces más y me miró preocupada. Me avisó que Raúl la pasaría a buscar y le di un beso de despedida, ella lo acompañó con mil recomendaciones que terminaron en la calle con las plantas.

Le di el último beso y salté la puertita, me gritó si quería un paraguas y le sonreí como respuesta, la dejé en el hall con su risa raquítica y la virgen del Rosario.

Apuré el paso porque el agua que caía comenzaba a espesarse y el viento me la enfriaba en la cara, me metí las manos en los bolsillos y descubrí la carta para mi madre, ya había hecho casi dos cuadras y no pensaba volver, igualmente no decía nada importante, cualquier cosa se la llevaba al andén y listo.

## **CAPÍTULO LVII**

Llegué con el paquete en la mano y Susana lo tomó, me dio un beso y esperó la payasada de todos los años, los tirones de oreja hasta que ella se encargara de detener la cuenta.

—¿Treinta y tres?

—Ocho menos que vos. Contá...

Estaban Raúl, Clara, Claudia y doña Tránsito (La vieja de al lado que

mucha simpatía no profesaba por nosotros, entiéndase por Raúl y por mí). Clara vino a saludarme y de paso mangazo.

—El lunes tenés que darle a los chicos de cuarto y quinto, literatura,

¿podés?

—Creo que sí.

—Bueno, ¿querés una porción de pizza? —ofreció.

—¿Y a qué vine?

Clara se detuvo de golpe y me miro reprimiéndome esa forma de

hablar, después dijo sonriendo—. Allá está Raúl —me señaló el patio—, se le está escapando a doña Transitó.

Lo fui a buscar.

Pensé que ya había asimilado el viaje de Susana como algo necesario y me parecía imperioso que lo haga, cuando regrese hablaríamos seriamente, esta vez sin excusas, y si no regresaba, sería porque así estaba escrito en el guión. Lo grave era que ahora también Raúl se pronunciaba por nuestra relación. Con el correr del tiempo, lo nuestro comenzaba a ser un dilema popular a resolver, como si fuese la deuda externa sentimental del pueblo.

Me le acerqué por atrás y lo saludé, le di un beso a Claudia y busqué una silla para sentarme junto a ellos. Le dije a Raúl—. Doña Tránsito me preguntó por vos.

—Decile que ahora voy.

Claudia se reía. La vi salir a Susana con un plato lleno de cubos de queso y rodajas de pan y un vaso. Lo apoyó sobre la mesa y me sirvió gaseosa. No hablábamos de nada importante, Claudia contaba que sus tíos tenían una casa en Córdoba, no me interesaba el tema y me dediqué a comer. Susana se fue otra vez para adentro y regresó con otro plato con salamines y una pizzera. Raúl le despejó un lugar en la mesa para que pudiera apoyarla, se sentó y preguntó de qué hablábamos.

—De nada —dije.

—¿Tu mamá se quedó con la vieja? —preguntó Raúl.

—¿Y, qué querés que haga? No la iba a dejar sola.

Raúl estaba en otra. Susana me miraba más que de costumbre o al menos más que en estos últimos tiempos, Claudia se paró y dijo que se iba a buscar un saquito.

—¿Tenés frío? —le preguntó Raúl.

—Un poco...

Claudia se metió en la casa y nos quedamos en silencio escuchando el murmullo de los árboles, simulábamos disfrutarlo. Lo miré a Raúl y tuve la estúpida idea, por darle algún nombre, de decirle que hacían una buena pareja ustedes dos.

Me quedé mirándolo como se le apretaba la sonrisa hasta transformar la cara en una incrédula interrogación. Raúl no podía creer lo que había escuchado, los ojos se le llenaron de reproches y perdiendo toda postura me contestó.

—¿Por qué no se miran ustedes dos?

—Eh... viejo... no es para tanto. Ni que hubiese...

—¿Por qué no se fija en lo que no quiere ver...?

Susana se reía, yo no quería admitir que había dicho algo fuera de lugar por la simple razón que no había querido decir nada dañino. Cuando Claudia regresó, me sentí mal por que ninguno decía nada y Claudia miraba a todos sin entender. Además Raúl y yo sabíamos que Susana se lo contaría después. Raúl estuvo ofendido toda la noche y se fue temprano. Susana me lo recriminó

cariñosamente, Claudia se había ido a dormir sin comprender porqué todo cambió en esos minutos que fue a buscar el saco y Clara seguía soportando a la vieja. Fue ahí que aproveché para preguntar—. ¿Cuándo se van?

—El veintiséis.

—pronto —dije.

Asintió en silencio. Se estaba levantando un poco de viento y miró los

árboles.

—¿Vuelven para las fiestas?

—Sí. Yo antes —prometió.

—¿Y si encontrás trabajo?

Alzó los hombros y las cejas, fue un movimiento tímido y después atacó ella.

—¿Y vos, qué pensás hacer?

—¿Con qué?

—Vamos...ya sabés.

—No, no sé.

—¿Cuándo termine el año, qué pensás hacer?

—¿La verdad?

—....

—No sé, no tengo la más mínima idea.

—Volvete... —rogó.

—¿A dónde, a Buenos Aires?

—¿Por qué no? —preguntó.

—Como dijo Menéndez, Con los pies para adelante.

—Pero Menéndez volvió.

Nos reímos. La risa de ella, hoy cargaba con más tristezas que nunca.

Escuchamos la puerta de la calle y un minuto después apareció Clara. —¿Te la sacaste de encima?

—dijo Susana.

—¡Susana! Al fin y al cabo vino a saludarte a vos.

—Es amiga tuya.

—Pero es tu cumpleaños, y vino a saludarte.

—A comer...

Clara la miró asomándole la risa y dijo—. ¿Y Claudia?

—Se fue a dormir.

—¿Y Raúl?

—También. Pero a su casa —agregué.

Susana me miró y me pegó en el brazo.

—¿Qué te pasa hoy a vos? —dijo Clara—, estás zafado.

Nos quedamos una hora más, aunque al otro día había que despertarse temprano. Cuando el concierto de bostezos se hizo patético, Clara dijo que la disculparan, que no daba más y se fue. Yo también dije lo mismo. Susana me acompañó hasta la puerta y me dijo que tenía una cosa en mente y que quería hablarla conmigo, pero otro día. Le dije que bueno y ahí

murió la conversación, así que preferí no estirar el silencio y me fui.

## CAPÍTULO LVIII

Tuve un chucho de frío.

No me quedaba mucho margen para la especulación y según desde donde lo mirase, no me quedaba nada. La idea era irme a acostar y despertarme después de la seis de la tarde, pero sabía que no iba a poder dormir. En este momento me daba cuenta de lo pequeña que era la distancia que nos separa del dolor. Si me acostaba y me despertaba después de las seis, nada sería igual ya, el pueblo sería otro. Quizás estuviese nevando, no estaría ni Clara ni Raúl, y el tren... Dios mío, el tren. Ahora me empezaba a alcanzar la última angustia del condenado a muerte, comenzaba a agitarme y la respiración parecía crecer y hacerse más veloz, busqué un cigarrillo, tosí y tuve un temblor, el frío se había enquistado en la casa y fui a encender todas las hornallas, además sentía odio, no tener a nadie a mano para desquitar mi furia, para gritarle que no había querido hacer esto, que quería, únicamente, ser feliz, rogar vaya a saber a quién una oportunidad más, un nuevo juicio, una ocasión para demostrar que sabía lo que quería.

Las voces anónimas ahora eran risas, apenas pude encender el cigarrillo y puse a calentar el agua para prepararme otro te, no quería tomar nada pero el frío me invadía el cuerpo. Veía siluetas en los rincones, figuras ensombrecidas que pasaban a gran velocidad, sin rostros. Me toqué la frente y me pareció que tenía temperatura, esta semana había tomado mucho frío y andaría con las defensas bajas. Me asaltó la posibilidad de enfermarme y no tener a quién acudir, el temor a la soledad se extendía en toda su amplitud y no encontraba refugio ni miedos subalternos, era un gran horror sin fisuras. Temblaba y apenas podía maniobrar las manos, saqué como pude la pava del fuego y busqué la yerba, quería recordar buenos momentos pero en mi memoria ya no quedaban más que los repetidos, mi presente ya no lograba retener ni una alegría precisa, recuperé en pocos minutos las tristezas de los últimos años. Ahora tiritaba, eso quería decir que la fiebre avanzaba y se apoderaba de mí. Miré el reloj, cinco menos cuarto, en un poco más de una hora todo se habría terminado, el pueblo comenzaría a transitar su rigor mortis y ya no nos quedaría ni el recurso emblemático del tren a las seis de la mañana y a las seis de la tarde. Eché la yerba en el colador y se me volcó por cualquier lado, no sabía si era el frío o los nervios, recordé que estaba sin dormir, pero presagí mi enfermedad con la temeridad con que los vikingos señalaban a sus víctimas. La escalada de la fiebre venía acompañada por cierta sensación de flojedad, me serví el te como pude y me arrastré hasta el sillón del comedor. Sentí los párpados vencidos por un dolor que descendía del mismo centro de la cabeza, no podía comprender como hacía sólo una hora estaba lo más bien. Intenté por todos los medios dejar en blanco mi mente, pero los recuerdos se licuaban como en un sueño y veía recortes de historias y personas, entonces aparecía mi padre y Clara besándose debajo del molino, o Raúl torturando a Horacio y a Cardozo y gritándome “a vos te salvó la vieja” o yo cuando era chico en el cumpleaños de mi madre, pero en la casa de mi tía, jugando con Samuel y Susana. Abrí los ojos y busqué la taza que se me borraba sobre la mesita de madera, pero no tuve fuerzas para llegar hasta ella porque el frío me inmovilizaba.

Traté de acurrucarme y taparme con un saquito que había sobre el brazo del sillón y descansar un poco, pero no era más que cerrar los ojos y acudían a mí todas las inmundicias que sobraban en mi inconsciente, igual me dormité un rato, fui perdiendo la noción del tiempo y cada vez que me despertaba miraba la hora, apenas habían pasado veinte minutos, eran las cinco y cinco y sufría

pequeños sueños maltratados por la fiebre, le eché otra ligera mirada a la taza que ostentaba una forma dudosa y cerré los ojos nuevamente. Tenía la sensación de tener toda la humanidad colgada de mi espalda mientras trepaba el Everest. No aguanté más y me recosté en el sillón a aguardar que el divino decida qué mierda hacer conmigo y me abandoné a la suerte.

## CAPÍTULO LIX

El pueblo, de a poco, se iba hundiendo en la primavera, entonces yo aprovechaba la tarde para moverme a mis anchas bajo el sol. Estaba por salir a caminar cuando escuché los golpes en la puerta que sonaron con cierta dulzura displicente. No esperaba a nadie. Sin asombro pero con expectativa caminé hasta la puerta y la abrí. Susana se apuró a decir “Hola” para quebrar mi sorpresa.

—¿Puedo pasar?

Dudé una milésima de segundo en hacerla pasar que fue el tiempo exacto en que me di cuenta de lo que estaba sucediendo.

—Sí... sí pasá, pasá.

—¿Estabas ocupado?

—No. Iba a salir a caminar...

—Paso después.

—No, no, iba a dar una vuelta por ahí, nada más.

—La vuelta del perro —dijo sonriendo.

—Sí. Y de un perro aburrido —dije.

Intentó una risa pero se puso seria enseguida y volvió a decir.

—Igual es un minuto nada más y me voy.

—¿Por qué? Una vez que venís a visitarme, tomate unos mates o un café al menos.

—Yo por vos....

Calenté café mientras le preguntaba algunas tonterías como si ya había preparado las cosas, o a qué hora llegaría allá y si las esperarían, todas pavadas que perdían valor con sus respuestas cortas.

Con la tacita de café en la mano y la decisión de escucharla hasta el final me abandoné a esperar sus palabras. Le dio un sorbo al café, me miró y me dijo:

—Alejandro. Quiero que sepas que me costó mucho decidirme a venir a hablarte. Lo único que te voy a pedir es que no me la hagas más difícil todavía.

Puse cara de no saber qué había hecho ahora, y si digo que no temblé ante esas palabras, miento inescrupulosamente, tenía más cagazo que pelearle a Tyson con una mano atada. Le busqué los ojos y me encontré con esa seriedad que ya había visto alguna vez en su madre.

—No sé si conseguiré trabajo allá, —dijo—, o si Raúl se va a quedar acá o si mi madre seguirá en el colegio o si Humiquel va a desaparecer del mapa. Lo que vengo a averiguar es qué pensás hacer vos con tu vida.

—¿Así nomás?

—Sí, así nomás —respondió.

Supuse que esta vez no se iría sin una respuesta definitiva, así y todo intenté jugar hasta donde ella me lo permitiese.

—No sé, me agarrás frío...



—Entonces entrá en calor rápido porque vengo a traerte una oferta y no tenés un siglo para decidirte, te queda un día, nada más.

Yo escuchaba como cuando tenía ocho años y mi padre me llevaba al Parque Rivadavia y me hablaba del peronismo, de Evita, de la revolución libertadora y no entendía ni jota. Así escuchaba a Susana.

—Acá no hay futuro. Para nadie. Si pensás que no me duele decir estas cosas, te equivocás. Pero esta es la realidad y hay que aceptarla.

Susana remarcaba las frases para conseguir más fuerza. Seguía—. En Buenos Aires tenés la casa de tus viejos, más posibilidades para trabajar, y estoy yo además, ¿me entendés?

Hice un gesto afirmativo y dije—. Eso quiere decir que pensás quedarte allá. ¿No?

—Tarde o temprano, mi mamá se va a ir para Buenos Aires, donde tiene a la hermana.

—Las hijas —dije.

—Las hijas posiblemente...

Ahora yo le estudiaba los gestos, los ademanes, la voz que utilizaba para decir ciertas cosas. Susana seguía.

—Yo te pregunto, por no decir te propongo, ¿por qué no viajás con nosotras? Mi mamá te cubre en el colegio y hace los trámites para la licencia, eso lo resuelve ella, vemos cómo está la cosa allá y si no funciona, volvés.

Me quedé esperando algo más, el postre, pero por lo visto Susana había agolpado todas las palabras que pudo en esa síntesis de mi futuro y respiró profundamente.

—Ya está...

Le dio otro sorbo al café y volvió a decir.

—Ahora no me contestes nada, lo pensás.

Le dije que sí. Que lo pensaría, me preguntó si quería caminar solo, le contesté que no y se sumó a la caminata por el pueblo.

Cruzamos en silencio la plaza y caminamos hacia la ruta. La llevé por el caminito que tiempo atrás habíamos adoptado Raúl y yo. Ninguna conversación se apoderó de nosotros, sólo frases sueltas y sin sentido o con el sentido de desviar la atención hacia algún lugar ambiguo. Pensé en la larga lista de artificios que me había inventado para doblegar esta situación de supuesta hermandad que nos unía, y cómo dicha mentira fue anclándose a fuerza de costumbre. Sabía que Susana no lo aceptaba ni lo aprobaba y, mucho menos, comprendía mi postura ante esta situación.

Remontamos el camino hasta la ruta y caminamos por la banquina, eludimos el esqueleto de un perro y nos internamos nuevamente en un camino de pasto que nacía en la ruta y moría a unos trescientos metros, frente a un grupo de árboles.

Cuando llegamos a la arboleda, nos sentamos bajo una acacia. Desde allí veíamos enflaquecer las siluetas de las casas que se dibujaban en el piso. Miré a Susana y advertí, nuevamente, aquel gesto de tristeza que tan a menudo la visitaba, ella ahora, como si recordara algún momento adormecido, miraba el cielo y el pueblo. De pronto dijo—. Cuando murió mi papá yo tenía nueve años.

La miré sorprendido.

—Era militar —dijo—. Oficial. No me acuerdo el grado que tenía cuando murió... Fue en un accidente, volcó cerca de Junín de los Andes. Vivíamos allí en aquella época.

Pensé en porqué no había visto ninguna foto de él en lo de Clara.

—Mi mamá estuvo muy triste durante un par de años, después se recuperó. Sólo guardó las fotos del casamiento y una que tiene en la mesita de luz, que está vestido de militar. Claudia era chica. Casi ni lo recuerda, pero yo sí —hizo una pausa. Me miró para ver si estaba interesado en el tema y siguió—. Recuerdo que me llevaba a caminar por el regimiento, me enfrentaba con la bandera y me decía. Esta es nuestra bandera, la creó Belgrano, frente al río Juramento, en Rosario, dudaba un poco y después seguía con todo el Billiken...

Nos reímos.

—Después me llevaba hasta la estatua del General San Martín, sobre un caballo, saludando con el gorro y el brazo extendido vaya a saber a quién, quizás a O'Higgins después de la batalla de Ayacucho.

También sonreímos.

—Era un buen tipo. No llegué a conocerlo como me hubiese gustado. Tuve que crearme una imagen fragmentada de él, fue difícil, muy difícil.

Me vinieron deseos de abrazarla pero los reprimí

—Vamos —dije.

Me levanté y la ayudé, buscamos el camino de pasto, recuperamos el calor del sol que se había corrido hacia la llanura y ganaba la pendiente. Cuando llegamos a la ruta, vimos emerger al tren, pensé en mañana.

## CAPÍTULO LX

(I)

Fui a almorzar a lo de Clara. Me invité solo. Quería decirle algunas cosas a Susana antes que se fuese, Excusarme y dejar alguna puerta abierta.

Me recibió ella, me entró tomándose del brazo, hasta la cocina. La sonrisa a Clara no le entraba en la cara, le di un beso y le dije—. ¿Me invitaron a cenar, no?

—Por supuesto, milanesas con puré —dijo Clara.

Susana me miraba. Por sus gestos deduje que pensaría que me iría con ellas y me estremeció la obligación de tener que decirle que no, que al menos todavía no, pasó cerca de mí y acompañando una mueca dijo—. ¿Y?

—Después hablamos —dije. Susana se quedó buscando la respuesta en mi cara y creo que la encontró porque después de un instante del que sólo nosotros captamos, siguió de largo, pero le cambió la expresión.

En la mesa, nadie se animó a preguntar nada. Clara dedicó su discurso a la escasez de alumnos, recordó lo del jueves, dijo—. Con la lluvia, el jueves, había en todo el colegio veintisiete alumnos.

—Peor es nada —dije.

—Peor es nada —repitió.

Susana no hablaba. Clara advertía eso y me miraba de reojo. Yo miraba la hora cada dos minutos, entonces me preguntó si tenía que ir a algún otro lado. Le dije que no. Claudia, que tampoco había pronunciado palabra alguna, de repente dijo:

—¿Se acuerdan de Marcela Ferreyra?

Todos negamos. Yo tenía una vaga idea de quién podría ser, pero esperé.

—Era una compañera mía...

—¿Una flaca media narigona? —pregunté. —Sí, que vivía en el barrio. El padre era rengo...

—Ya me acuerdo —dijo Clara—, ¿te acordás quién es? —le dijo a Susana que hizo un ademán de indiferencia.

—Se casa —dijo Claudia—. Me la encontré en el mercado. Me dijo que se casa a fin de mes. El tipo es de San Martín de los Andes. Se va a vivir allá.

—Qué suerte tiene —dijo Susana.

Todos la miramos. Claudia le preguntó—. ¿Qué se casa o qué se va a vivir a San Martín?

—Las dos cosas.

La conversación murió ahí. Ya habíamos terminado de comer y Clara amontonaba los platos y los cubiertos para llevarlos a la cocina. Claudia se fue a preparar café. Cuando Clara se paró y se llevó las cosas nos dejó toda la incomodidad del silencio. Me serví jugo.

—¿Querés?

—No.

—¿Estás enojada? —pregunté.

—No.

Clara miró de reojo. Nos quedamos callados. Bebí para hacer algo con las manos, después saqué un cigarrillo y lo encendí.

—Seguí fumando —dijo Clara de espalda, seguramente habría escuchado la ruedita del encendedor.

Soplé el humo con reacción de fastidio. Clara movía la cabeza. Susana se paró y dijo que no quería café y se fue para arriba. Clara me miró y me hice el boludo.

—Me van a matar —dijo en voz baja.

Como supuse que no regresaría por un tiempo a la mesa, les resumí a las dos mujeres, qué era lo que pensaba hacer. Les dije que había decidido terminar las clases, más que nada por los chicos, era un mes nada más y después vería. Clara hacía gestos como que le parecía razonable lo que decía. Nos quedamos una hora más y a eso de las tres, me paré y les dije que a las cinco y media las pasaba a buscar. Me dijeron que Raúl también vendría a esa hora.

## (II)

No habría pasado una hora y escuché la puerta. Me había recostado pero no dormía. Pensé en Raúl, pero no había escuchado sus pasos. Cuando abrí y encontré a Susana, me llené de preguntas. Se rió y dijo—. ¿Puedo...?

—Me reí y le hice un ademán para que pase.

—Es sólo un minuto —dijo sin dejar de reírse.

Otro ademán.

—Vengo a pedirte perdón por lo de hoy. Me contó mi mamá. Tenés

razón. Te vuelvo a pedir disculpas.

Ni me moví ni hablé. La seguí mirando. Esperando. Como no dijo nada, hablé—. Está bien... perdonada.

—Además quería saludarte —dijo.

—Pensaba ir a despedirte... no estoy enojado.

—Ya sé, pero quería saludarte acá, no en el andén, donde están todos. —Me miró y me abrazó. Se apretó contra mí y la sostuve. El contacto con su cuerpo me aceleró la respiración y percibí que a ella también. Por primera vez sentí tan firmemente sus pechos. Tuve un vago deseo de

acariciárselos, de deslizar mis manos por todo su cuerpo, pero me quedé inmóvil.

—Cuidate —dije y la alejé mirándola como a una hermana menor

—Vos también.

—Volvé —le dije.

— ...

(III)

Desde la esquina se notaba el movimiento en la casa. En la puerta estaba Clara con la vieja de enfrente. Llegué, saludé y entré. En la cocina estaba Raúl, Claudia, Susana, una amiga de Claudia con el novio. Susana me mostró la mejor sonrisa de los últimos años y dijo cuando me vio.

—Tanto tiempo.

—Tanto tiempo —dije respondiéndole.

Después me sirvió un café.

Media hora más tarde, caminábamos en procesión. Clara adelante, tomada del brazo de la vieja, atrás Susana y yo, más atrás Raúl y el Negro que había llegado más tarde, y cerrando el grupo, Claudia, la amiga y el novio.

Cruzamos la plaza, que era el lugar donde el verano se insinuaba con más vehemencia, trepamos la estación, espantamos a unos perros y nos dividimos en dos grupos. Clara, la vieja, Claudia, la amiga y el novio por un lado. El Negro, Raúl, Susana y yo por otro. Todos mirábamos impacientes la hora sin prestarle atención a la tarde casi veraniega. El tren se demoró más de media hora, mientras tanto nos prometíamos cartas y vernos pronto. La vieja, ya cansada, decidió sentarse en uno de los bancos y el Negro hizo lo propio en otro, entonces quedamos definitivamente separados. Cuando el tren renació detrás de la arboleda y de los últimos ranchos, corrimos a reunirnos en el centro. Comenzaron algunas lágrimas contagiosas. Clara se las pasó a Susana y a la vieja y se expandió a la amiga de Claudia, Claudia y a mí. Cuando el tren se detuvo, Raúl tomó una valija y el Negro la otra. Susana se multiplicó en abrazos, a mí me saludó igual que a los demás y me gritó—. Acordate de lo que hablamos.

El tren arrancó y se produjo un instante de histeria y de saludos hasta que nuevamente se instaló el silencio que me dejó con un nudo en la garganta y en el estómago.

Esa última frase de Susana sirvió para que el Negro me manejara toda la semana.

## CAPÍTULO LXI

El frío retrocedía lentamente y miré la hora. Cinco y media. Me paré como pude y tuve la sensación de estar parado sobre las piernas de otra persona. Las moví con cuidado hasta acercarme a la ventana y sin mirar para la estación, cerré los postigos. Después me toqué la frente y todavía tenía un poco de fiebre. También me dolían los testículos y un poco la cabeza. Levanté la taza llena de té y fui a la cocina que estaba más cálida. Ese calor me hizo bien. Eché el líquido en la jarra y la jarra en el fuego y después me lo serví, advertí que tenía hambre pero descarté la idea de comer. Me asomé al patio, llovía poco y había disminuido el viento, los árboles no se movían. Pensé que Raúl ya estaría en lo de Clara e intenté tomar distancia de esos pensamientos,

rápidamente los espanté, pensé en alguna otra persona que pudiera contenerme ¿quién podría ser? Recordé la carta de mi madre descansando en el bolsillo del sobretodo. Ahora había empezado a llover más grueso, era una nevisca que desaparecía al tocar el piso, como gotas de agua al caer sobre las brasas.

Terminé el té con dificultad y volví al sillón. Ahora no sentía tanto frío. La fiebre iba desapareciendo y de a poco recuperaba la lucidez y el cuerpo. Miré nuevamente la hora, seis menos diez, abrí apenas el postigo y dejé la perspectiva de la plaza a la vista. Me quedé ahí apoyado. Miré a San Martín sobre el animal que ostentaba una pata en el aire en su eterno trote. Me demoré un instante en el colihue, el símbolo de la indiferencia, el único que seguía parado ahí a pesar de todo, después descansé la vista contra el paredón de la estación.

Por el otro lado, desde el rincón más oscuro y más abandonado de la plaza, aparecieron los dos. Raúl arrastraba la valija de Clara y Clara el bolso de Raúl. Inclutados detrás de la cortina de agua espesa, parecían dos enterradores bajo los efectos del último suspiro de luz del atardecer. De ese atardecer llegaban ellos y así treparon a la estación y desaparecieron de mi alcance, entonces abrí un poco más el postigo.

Se refugiaron debajo de los techitos desde donde apenas veía la figura de Raúl, sin embargo lo llamativo era la imagen que lograba recuperar de él, a veces uno cree que la cara o el cuerpo nos identifica, que uno, ante el mundo, es eso, sin embargo, viendo a Raúl así, a lo lejos, me daba cuenta que Raúl era sus manos en los bolsillos, su sonrisa, su humo rondándole la cara, su tos, su voz pausada. Raúl avanzó unos pasos debajo de la lluvia y vi detrás de él, sobre los álamos, espejarse contra el cielo, un arco iris doble. Raúl caminó por el andén, se detuvo cerca del último banco y buscó mi ventana. Sabía que no podría verme. Lo vi entonces agacharse y levantar algo, después se agachó varias veces más. Recordé la carta de Susana.

Escuché el tren y no sé porqué pensé en mi madre. Cerré los ojos y creí que sería bueno ir a visitarla pronto, era una buena idea en estos días vacíos que me quedaban. Le escribiría antes, le diría que para mayo o junio iría a visitarla, la pobre estaría vieja, pero más vale tarde que nunca, cuando abrí los ojos, el tren se detenía, Raúl se dio vuelta por última vez, miró hacia acá y revoleó los papeles que se pegaron nuevamente en el piso, en ese momento me pareció que algo empezaba a cambiar, sentí como que algo se terminaba de quebrar. Clara lo tomó de un brazo y subieron, el tren arrancó sin tocar el silbato y empezó a descender la hondonada por última vez. No sé cuánto tiempo me quedé mirando el vacío que había dejado el tren. La tarde se oscureció aun más y empezó a nevar silenciosamente, un perro se asomó sobre la estación y me pareció que se reía, tras él se insinuaba la noche. Cerré la ventana con furia y me fui a acostar.